

LA NUBE AZUL

Arwen Grey



**LA
NUBE AZUL**

Arwen Grey

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Macarena Sánchez Ferro
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La nube azul, n.º 214 - enero 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-534-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Capítulo 1. El ultimátum

Capítulo 2. Inspiración inesperada

Capítulo 3. Una propuesta que no podrás rechazar

Capítulo 4. Paraíso televisivo vs. realidad

Capítulo 5. Un hoyo muy oscuro

Capítulo 6. Prueba de vida

Capítulo 7. El tiro por la culata

Capítulo 8. El maquiavélico plan de Andrés

Capítulo 9. Lo más parecido a la civilización

Capítulo 10. El pacto

Capítulo 11. Nunca cantes victoria antes de tiempo

Capítulo 12. La no disculpa

Capítulo 13. La tregua

Capítulo 14. Deshonor y ruina sobre esta casa

Capítulo 15. Desenmascarada

Capítulo 16. El arma definitiva

Capítulo 17. Primero la mala noticia

Capítulo 18. Sana rivalidad

Capítulo 19. Un plan como los de las pelis

Capítulo 20. Si todo va bien, sospecha que algo raro ocurre

Capítulo 21. El arte de la guerra

Capítulo 22. La clave es la perseverancia

Capítulo 23. El león duerme esta noche

Capítulo 24. La tontería se cura con natillas

Capítulo 25. Crusoe

Capítulo 26. No se admiten visitas

Capítulo 27. No eres tú, soy yo

Capítulo 28. Si nadie pierde, es que es domingo

Capítulo 29. Tenerlo todo es posible

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1.

El ultimátum

—No sé si recuerdas que me debes algo y que ya te pagué por ello.

Alejandro Escada miró el teléfono con indiferencia. Hacía apenas unas semanas habría sentido miedo ante esas palabras, pero había aprendido a vivir bajo la espada de Damocles. A esas alturas, las continuas amenazas habían perdido su efecto.

Se rascó la poblada barba y gruñó al encontrar algo duro y crujiente entre los pelos. Lo sacó y lo miró con interés. ¿Era un trozo de patata frita? Lo olisqueó y lo probó con la punta de la lengua mientras la voz de Andrés Ordoñez decía barbaridad tras barbaridad en su oreja, dándose por satisfecho con que él se limitara a responder con monosílabos.

—Hace semanas que nadie te ve el pelo. Hay quien insinúa que te has matado. Y no negaré que eso revaloraría tu obra, ahora que pareces incapaz de crear algo nuevo para la persona que hizo de ti el hombre que eres...

Alejandro se negó a morder el cebo que su editor le ponía delante con su delicadeza habitual.

Se preguntó si Andrés tenía para largo con el viejo truco de la presión lastimera.

Si no había funcionado todo lo demás, desde el incentivo económico (que ya se había gastado hacía meses), hasta la amenaza de dejarle en la calle, ¿de verdad pensaba que eso iba a funcionar?

Aunque, si lo pensaba, sí era cierto que debería hacer algo.

¿Cuánto tiempo llevaba sin encender siquiera el ordenador, como no fuera para comprar ropa de importación o encargar una pizza? Las libretas solo las usaba para hacer la lista de la compra. ¿Si hasta había perdido el viejo vicio de comprar material de oficina por el mero placer de verlo rodeándole por

todas partes! Era todo tan tentador, con aquellos colores brillantes, ácidos ¡y hasta con purpurina!

Mientras Andrés seguía hablando y rezongando sin parar, con aquel tono entre amenazante y de pena que ponía los pelos de punta, diciéndole que debía saber si acabaría su novela para poder incluirla en la programación del año siguiente, Alejandro casi echó de menos lo que se sentía al tener la cabeza llena de ideas, cuando apenas podía pensar en otra cosa que una nueva historia, cuando sus personajes eran voces que hablaban sin parar en su mente, sin dejarle dormir, haciéndole temer perder la chaveta por momentos.

Miró a su alrededor. Su piso estaba desordenado y mostraba las señales de que su dueño era poco menos que un ermitaño. O, como los miembros de la empresa de limpieza que iban cada semana a limpiar el desastre decían, con bastante menos diplomacia, un cerdo.

Hacía casi una quincena que no salía de casa. Hasta la compra del supermercado la hacía por internet. Apenas recordaba qué se sentía cuando la luz del sol perforaba sus pupilas. Y tampoco lo echaba de menos.

—Alex, tío, ya sabes que me presionan arriba. Los de la productora dicen que no pueden empezar con los guiones de la nueva temporada de la serie si no saben de qué va el libro. Ya me han dicho, así, sutilmente, que, si no les das nada, tendrán que hacerlo por su cuenta. Que no te quejes después si no te gusta —añadió Andrés con voz lastimera pero amenazante al mismo tiempo—. Dime que lo intentarás, por lo menos.

¿Intentarlo?

Alejandro suspiró de solo pensar en levantarse del sofá para alcanzar el mando de la televisión, que se había quedado a solo dos metros de distancia. Se estiró todo lo que pudo, pero un tirón en la espalda le hizo detenerse, dolorido.

—Si no tenemos nada, tendremos que plantearnos rescindir el contrato. Los de la productora ya lo han insinuado. Ya sabes, en realidad no te necesitan para nada, y todo eso.

Andrés permaneció en silencio, esperando a que esas palabras hicieran su efecto en el lento cerebro de Alejandro.

—¿En serio? —preguntó al fin, con voz rasposa.

—Dime que te importa, por favor.

—Me importa —se apresuró a responder, aunque solo fuera por terminar de una vez con aquello—. ¿Puedo llamarte más tarde? Estoy ocupado ahora

mismo.

Colgó antes de que Andrés pudiera protestar o darse cuenta de que le estaba mintiendo. No por primera vez, pensó que tenía suerte de que la sede central de su editorial estuviera muy lejos de donde vivía, porque estaba convencido de que Andrés era muy capaz de presentarse en su casa para comprobar que seguía vivo y cerciorarse de que trabajaba en su adorado manuscrito.

¿Cómo podía decirle que había firmado aquel contrato y que no había escrito ni una sola línea acerca del argumento que había prometido? Aunque era probable que a esas alturas Andrés lo sospechase por sí mismo.

No sabía muy bien qué era lo que le había ocurrido. ¿El horror a la temida hoja en blanco? ¿Falta de disciplina? ¿Simple pereza? ¿Pánico escénico? Quizás era solo que, ahora que había firmado el contrato de su vida, ya no le apetecía nada lo que hacía.

Alejandro Escada había triunfado a la tierna edad de veinticinco años con su primera novela, *La nube azul*, resultando ganador de un prestigioso premio. A pesar de todo, le había costado encontrar un editor que quisiera publicar su obra, tachada de sensible y poco comercial, y muy alejada de lo que estaba en boga en la literatura de masas. Solo la editorial La joya de papel había confiado en él y, sorprendentemente, la crítica había alabado su trabajo y el público le había acogido entre sus amorosos brazos, perdonándole sus fallos de principiante.

Su segunda novela, cuatro años después, había supuesto un cambio de registro brutal. Alejado del intimismo de su primera obra, Alejandro se había iniciado en un género más popular, probando con la novela negra, comenzando una serie de historias que había calado hondo en el público, a tal punto que había conseguido que fuera llevada al cine e incluso crearan una serie de televisión basada en sus personajes, la pareja de policías Ortega y Gasset. Aunque él mismo decía que sus novelas no eran más que una modernización de un género clásico, basada en clichés, su éxito era innegable. Ortega y Gasset eran un bombazo y el público los adoraba.

Y Andrés también.

El editor, que había fruncido el ceño ante el cambio de registro de su joven autor, no había dudado un solo momento en ofrecer un contrato en exclusiva por tres novelas de la serie que, estaba convencido, serían tan comerciales, entretenidas y, sin embargo, «literariamente aceptables» como su primera obra.

Alejandro, que ya había entregado dos de ellas, ya publicadas, pensó en su trayectoria de los últimos diez años.

¿Qué era lo que hacía que hubiera perdido las ganas de escribir, si era eso lo que había ocurrido? Con una sonrisa irónica, se dijo que, sencillamente, había crecido y ahora conocía el mundo que le rodeaba. Lo que de verdad quería era perderse y no volver jamás.

Su cabeza se negó a centrarse en las amenazas y los miedos de Andrés. Todavía tenía tiempo por delante para acabar esa maldita novela, que sería la última de la serie, por mucho que insistieran en la editorial. Para él, Ortega y Gasset se habían convertido en lo más aburrido del mundo, por muchos cadáveres y mafiosos que descubrieran. Lo que debería ser una diversión se había convertido en trabajo, y eso era lo más terrible que podía ocurrirle a alguien como él, que necesitaba un estímulo continuo para sentirse satisfecho.

Se levantó del sofá y metió un sobre de palomitas en el microondas. Mientras esperaba, encendió la tele y cambió de canal sin fijarse demasiado en lo que veía.

Armado con un arsenal de chucherías, bebida y con el teléfono desconectado, aunque solo fuera por si acaso a Andrés se le ocurría volver a llamar para llorarle un poco más, Alejandro se sentó otra vez frente al televisor, dispuesto a olvidar durante unas horas, o tal vez durante unos años, a su editor y al resto del mundo exterior.

Capítulo 2.

Inspiración inesperada

Alejandro diría después, sin temor a mentir, que era una de las peores películas que había visto jamás a lo largo de sus treinta y cinco años.

Sin embargo, había algo en las imágenes que le mostraba la pantalla de su televisor que le hipnotizaba, que le impedía apartar la mirada.

Desde luego, no era su trama lo que le enganchaba, ni sus diálogos, ni sus protagonistas.

La historia era lo más absurdo que había visto en mucho tiempo. En la película, una mujer, recién separada de su novio infiel, volvía a su maravilloso pueblo de la costa inglesa. El paisaje, pensó durante unos minutos. Era eso lo que le maravillaba. No podía negarlo, los paisajes eran estupendos. Pero no, no era eso. Muy pronto, hasta eso pasó a segundo plano. Porque Maggie, la protagonista, era la típica chica de ciudad que no pegaba ni con cola en un pueblo lleno de palurdos vestidos con botas de goma y anoraks enormes que acarreaban ovejas todo el tiempo, para aquí y para allá, en apariencia solo para que ella pisara las caquitas cada vez que paseaba con sus tacones. ¿Era posible que alguien como Maggie hubiera salido de un pueblucho semejante, donde la gente solo leía la gaceta sobre la cría de ganado o intercambiaba recetas de pudding de riñones?

Alejandro casi la compadecía, aunque tenía que reconocer que era algo pedante y trataba con demasiada altanería a su vieja tía Peg, que la había acogido en su casa, conservando durante tantos años su dormitorio intacto, lo cual era un detalle, y eso no podía negarlo ni siquiera la misma Maggie.

Y luego estaba aquel veterinario que, él podía decir lo que quisiera, pero estaba claro que le guardaba rencor por no haber aceptado ir con él al baile del instituto. Era atractivo, sí, pero se veía a leguas que no era el estilo de

Maggie. A ella le iban los tipos con traje y corbata, los que bebían whisky de un mínimo de veinte años y sabían saborearlo, y no cerveza en botellín sin haber limpiado la boquilla siquiera. Además, alguien con semejante colección de camisas de cuadros planchadas de modo impecable no podía ser de fiar.

El lugar de Maggie estaba en la ciudad, rodeada de edificios altos, de tecnología, de bocinazos, ¡de modernidad!

Un momento... ¡un momento!

¿Cómo que estaba despedida? ¿Después de haber conseguido ella sola las cuentas de todos los clientes importantes del bufete? ¿En serio? Era tan injusto... Debería demandarles, que para eso era abogada.

¿Qué iba a hacer Maggie ahora con su vida?

Publicidad. No podía creerlo, y en un momento tan interesante. Alejandro contuvo el aliento y miró a su alrededor. Bien, al menos podía aprovechar para avituallarse. Si corría, podía ir al baño y volver antes de que la película empezase de nuevo.

Oh, tía Peg, ¡qué magnífica idea! Abrir un bufete de abogados en el pueblo para ayudar a los granjeros con sus asuntos, para que así no tuvieran que ir a la ciudad y acudir a extraños era algo que solo a ella podía ocurrírsele. Porque era bien sabido por cualquiera que tuviera dos dedos de frente que la gente de ciudad no entendía las cosas de los pueblos, así que cualquiera les contaba algo como que si tres ovejas del vecino habían traspasado tus lindes, te pertenecían, más otras cinco por las molestias. Sin duda, solo Maggie podía ayudarles.

Aunque ese veterinario no parecía contento. ¿Por qué? Alejandro juraría que le gustaba... y Maggie también, a juzgar por su cara. Ese tipo con camisa de cuadros no debería jugar con las ilusiones de una chica, por guapo que estuviera cuando cortaba leña.

Maggie decidió quedarse y montar ese bufete. Los granjeros parecían contentos, tía Peg parecía contenta, Alejandro está encantado.

El veterinario no parecía tan feliz, pero a ella no parecía importarle, tenía muchas cosas en las que pensar, como en recuperar una vida, parecer más guapa cada día, en volver a apreciar a sus vecinos, y ellos a ella.

Y llegó la feria de ganado más importante del condado, con su famoso baile, en el que todos vestirían sus mejores galas.

Maggie, sin saber muy bien cómo, se encontraba, persuadida por su adorable tía Peg, a las puertas del consultorio del atractivo veterinario, que no

la recibía con demasiada alegría.

La adorable abogada había decidido tomar el toro por los cuernos y preguntarle por qué diablos a ratos parecía a punto de besarla y a ratos parecía odiarla.

Alejandro sabía lo que iba a ocurrir. Era predecible y ridículo, pero, de algún modo, esa historia tenía el poder de engancharle.

Estaba claro como el agua que el baile del instituto tenía la culpa. Él la había esperado y ella se había largado con un tal Joe, que ahora estaba gordo, divorciado y tenía seis hijos gritones como lechones. Maggie ni siquiera sabía que a él le gustaba.

—De haberlo sabido... —dijo, agitando la cabeza en un ejemplo de sobreactuación digno de un tomatazo.

Claro, de haberlo sabido, idiota con camisa de cuadros.

Mientras veía cómo el veterinario y la abogada de ciudad se fundían en un beso y un abrazo, y los veía más tarde bailando pegados en el baile de la feria de ganado, se notó sonreír. Y se sintió muy idiota.

Mientras preparaba la cena, o más bien metía la pizza congelada en el horno y miraba cómo se doraba poco a poco, no podía quitarse la película de sobremesa de la cabeza.

¿Qué era lo que hacía que ese tipo de historia funcionase?

Estaba llena de clichés, de personajes estereotipados, era la historia más vieja del mundo, mil veces contada, ni siquiera de un modo decente. Y, sin embargo, gustaba, enganchara, y dejaba una sensación de satisfacción innegable en el espectador. Era casi adictiva.

El timbre del horno le sobresaltó.

Casi sin darse cuenta, al tiempo que pensaba, había cogido una hoja de papel y había garabateado varias frases en ella, con letra apenas legible.

Sacó la pizza del horno y comió entre soplidos, contemplando el papel con el ceño fruncido, añadiendo alguna nota de vez en cuando.

Paisajes exóticos o al menos hermosos. Sí, eso también funcionaba, sin duda. Gente guapa, algún viejo encantador, y niños, a veces, mascotas simpáticas. Todo ayudaba. Pero creía que la clave estaba en el entorno.

Claro, se dijo, si él pudiera tener un paisaje así donde retirarse, también podría escribir y hasta enamorarse.

Pensó en esos autores que se vanagloriaban de escribir sus propias experiencias, de su necesidad de sentir todo lo que plasmaban sobre el papel. De hecho, había algunos que hacían gala de ello a todas horas, como si escribir fuera eso y nada más.

Hasta el momento, él siempre había escrito en su casa, imaginando todas las escenas, buscando la documentación de internet o de las bibliotecas, hablando con especialistas si era necesario, pero jamás había necesitado viajar hasta Australia para ambientar una novela allí.

Volvió a mirar sus notas. No era que pensara plagiar la historia de Maggie y de su veterinario, pero, por una vez, no le importaría salir de su apartamento para escribir algo.

Hablaría con Andrés y, con un poco de suerte, le engatusaría para que le pagara algún alojamiento rural en algún paraje de ensueño. Todo fuera por la documentación, le diría.

Ya podía imaginarlo: él, en un paisaje montañoso, con vistas al mar, rodeado de belleza, en un hotel con encanto donde se comiera de maravilla, escribiendo la que sería su mejor historia. Y hasta podía imaginar a la dueña del hotelito, guapa, prendada de él y de su talento...

Sí, casi podía verlo.

Capítulo 3.

Una propuesta que no podrás rechazar

Alejandro esperó varios minutos a que Andrés dijera algo, pero su editor parecía demasiado sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué te parece? —preguntó al fin, más ansioso de lo que le gustaría admitir.

—¿Qué hay de Ortega y Gasset?

La voz de Andrés había sonado seca y lejana, profesional. Alejandro tenía que hacer memoria para recordar la última vez que su editor le había hablado así. Andrés era su amigo, su colega, el tipo al que podía llamar y pedirle cualquier cosa, o casi. Él era su niño mimado, su gallina de los huevos de oro, nunca le había negado nada, y estaba seguro de que no iba a empezar ahora. Además, era el único que había confiado en él cuando nadie más lo había hecho. Nadie más que Andrés debería entender lo genial de la idea que le estaba presentando. ¿Acaso no era la cosa más estupenda que se le había ocurrido hasta ese momento?

Entonces cayó en la cuenta. Ortega y Gasset y el contrato que había firmado para entregar una nueva novela acerca de los dos policías estrella. Y los guiones de la serie de televisión, claro. Aquello era lo más importante para Andrés.

—Se trata justo de eso —improvisó—. Documentación, ambientación, esas cosas de escritores, ya sabes.

Andrés permaneció en silencio otra vez, como si en esta ocasión no fuera a colar, por increíble que pareciera.

—No lo parecía —respondió el editor al fin, con voz cortante—. Si te soy sincero, no quiero decirte lo que me parecía lo que me estabas contando.

Alejandro forzó una risa que le resultó aguda a sus propios oídos. El mismo

Andrés le había dado una pista acerca de lo que tenía que hacer para conseguir lo que quería, así que mentiría. Mentiría como un bellaco para conseguir su casita en el paraíso, y luego ya vería lo que hacía para librarse de esos polis rancios. Al fin y al cabo, era escritor, imaginación no le faltaba.

—Un crimen en una aldea paradisíaca, me da lo mismo montaña o playa, lo que puedas conseguirme. Ortega y Gasset irrumpirán allí a tiro limpio para resolverlo, ya sabes cómo son esos dos.

Andrés emitió un gruñido poco comprometedor.

—El que parece que no sabe cómo son esos dos eres tú, porque eso de irrumpir a tiros en el pueblo no suena muy a Ortega y Gasset —espetó Andrés—. En concreto, así como para que me quede yo tranquilo, ¿cuánto hace que no escribes una sola línea de la novela que se supone que tienes que entregarme dentro de tres meses, Alex? ¿Recuerdas siquiera las características de tus propios personajes?

Alejandro frunció el ceño. ¿Acaso no podía tener un lapsus? Era humano, como todo el mundo, por mucho talento que tuviera.

—¿No ves que necesito descanso? ¿Oxigenarme, alejarme de la ciudad, de mí mismo? —Su propia voz comenzó a sonarle desesperada, ansiosa. Si no convencía a Andrés así, no lo haría jamás. Si hasta empezaba a pensar que lo de aquella película había sido un mensaje divino—. Si no salgo de aquí, no respondo de mí mismo, Andy. Tengo el síndrome ese de la página en blanco, pero ver algo bonito cada día me curaría. Lo he soñado. Creo que de esto puede salir una novela legendaria.

Un nuevo gruñido le hizo saber que se había pasado. Andrés tenía poco de místico.

—Lo pensaré y te llamaré en un par de horas —respondió su editor con tono frío, tanto que Alejandro supo por primera vez que su puesto en el trono dorado peligraba, pero de verdad—. De todas formas, hazme un favor, Alex.

—¿Sí? —preguntó, con un cierto temblor, sintiendo que el mundo se tambaleaba a su alrededor. ¿Qué haría si Andrés rompía su contrato? ¿Tendría que devolverle el adelanto? ¿Cómo? Pero, lo que era todavía peor... ¿tendría que buscarse un trabajo? ¿Él?

—Piensa de verdad si es esto lo que quieres, porque será el último capricho que te concedamos. Ya es hora de que crezcas, chaval. El mundo editorial ha evolucionado, nosotros hemos evolucionado, la sociedad ha evolucionado, y tú te has quedado en tus veinticinco años y en tu momento de gloria. Piensa

que ni siquiera vendes tanto como para que se te sigan permitiendo tantas tonterías. En cualquier momento podemos fichar a otro muchacho con talento y más guapo que tú, que salga mejor en las fotos, y ya no me escucharás metiéndote presión, porque ya me dará igual que me entregues o no ese manuscrito.

Alejandro no tuvo la oportunidad de responder a eso, porque Andrés había colgado el teléfono. ¿Acababa de llamarle niño? ¿Andrés, su amigo? ¿Y feo?

Se arrellanó en el sillón y cruzó los brazos, enfurruñado. Solo se atrevía a hablar así de él porque tenía a otros peleles que le llenaban las arcas. Pero cuando él le hubiera presentado su nueva obra volvería a ser su chico favorito, ¡y entonces se tragaría sus malditas palabras!

Andrés emitió una sonrisa queda mientras agitaba la cabeza en un gesto de conmiseración.

¡Autores!

¿De verdad pensaba Alejandro que iba a engañarle con un truco tan barato? ¿A él, que habían intentado hacerle pagar hasta banquetes de boda con la excusa de que formaban parte de la documentación de una novela? Claro que aquellos eran otros tiempos. Alejandro no sabía que él era privilegiado, que él cobraba anticipos cuando eso era algo que apenas existía ya en esos momentos, excepto para unos pocos.

Pero no, Alex solo deseaba que le pagase varios meses de estancia en una casa de turismo rural (eso sí, le daba lo mismo en la montaña que en la playa, en eso era generoso y abierto de miras), para que pudiese descansar y ambientar una novela con una trama absurda y que nada tenía que ver con la que se había comprometido a entregarle.

Ese tipo olvidaba que le debía una historia de polis que ya le habían pagado en parte. Sus fans la esperaban con ansia y le martirizaban cada día con cartas y mensajes pidiéndole, exigiéndole, noticias sobre Ortega y Gasset. ¿Y qué podía decir él en esas circunstancias, salvo que esperaba poder dar esas noticias muy pronto?

En esos momentos, casi echaba de menos los viejos tiempos, esos que le habían contado su padre, fundador de la editorial, y otras viejas glorias, aquellos en los que se podía obligar a un autor a entregar obras, haciéndole a trabajar de un modo cercano a la esclavitud. Cierto que esos métodos no eran

del todo honrados, pero ¿qué más daba cuando se trataba de dinero?

Autores, volvió a pensar casi con lástima.

Miró por la ventana, que daba a un paisaje feo y poco reconfortante, como el panorama que se presentaba ante Alejandro si no cumplía con su contrato.

Bien, quizás merecía su retiro de escritor. Eso sí, Alex le daría a cambio a Ortega y Gasset. Y si pensaba que iba a salirse con la suya y creía que era idiota, la tenía clara. Si había llegado a ser el dueño de aquella editorial, no había sido precisamente siendo tonto ni blando.

—¿Estás seguro?

Daniela no hablaba a menudo con su primo, no solo porque se tratase de un primo tan lejano que el parentesco era una anécdota, sino porque, desde que había dejado atrás su vida mundana y se había mudado a Venta del Hoyo, apenas había pensado en él, en el tiempo en que habían trabajado juntos y en lo poco que le echaba de menos. Por desgracia, todavía les unían lazos laborales. Era imposible deshacerse de Andrés del todo. Era como las cucarachas, indestructible.

Aún recordaba su sensación de libertad el primer día que había dejado la oficina y lo poco que le había durado esa sensación. Pronto habían empezado a llegar los manuscritos con notas que dejaban bien claro que esa cláusula que había firmado en su momento era una condena de por vida. Su labor en la editorial era anecdótica, pero inapelable: leer todo lo que nadie quería tocar ni con un palo, aprobar aquello que tenía una mínima calidad y que luego otros tumbarían diciendo que no era comercial. Estaba convencida que Andrés disfrutaba cada vez que ella decía que algo merecía la pena, aunque solo fuera para hundirlo. En contadas ocasiones le daba el pase a alguna de sus propuestas, pero solo porque era un éxito asegurado. Que tampoco era tonto del todo.

—Segurísimo —respondió Andrés con aquella seguridad aplastante que tanto la sacaba de quicio—. Y además quiero pedirte un favor. Tranquila, no te quitará mucho tiempo de tus arduas labores diarias con las ovejas y la ardua alfabetización de cazurros.

Daniela apretó los dientes ante el tono de chanza de Andrés. Si creía que era gracioso, tendría que dejarle claro que no lo era. Cuando trabajaban juntos, su primo no había acabado de comprender que su sentido del humor

estaba muy alejado de las burlas personales. A ella, los chistes de gordos, enanos, gente con gafas o acentos no le hacían gracia.

—Cuéntame de qué se trata y ya veré si te mando al infierno o no. Recuerda que tengo experiencia previa en ello.

Andrés chasqueó con la lengua.

—Igual hasta te parece divertido y todo.

—Viniendo de ti, lo dudo.

Sin embargo, a medida que Andrés hablaba, Daniela reconoció que sentía una chispa de interés. Al fin y al cabo, sería una novedad en su vida. Porque, el Hoyo podía ser muy bonito, muy de campo, y muy tranquilo, pero a veces tenía que reconocer que era un auténtico coñazo.

Cuando colgó el teléfono, no sabía dónde se había metido, pero esperó no arrepentirse.

Capítulo 4.

Paraíso televisivo vs. realidad

Alejandro tenía que reconocer que le costaba creer que se hubiera salido con la suya. Eso sí, con condiciones, durante un tiempo muy limitado, pero estaba de camino a su paraíso. Por un camino de cabras, de hecho.

A pesar del GPS, se había perdido como cinco veces ya, pero le daba igual. Parte de la satisfacción de haber conseguido su objetivo era precisamente eso, el haberlo conseguido, saber que se había salido con la suya.

Cuando Andrés le había llamado, no aquel día en que habían hablado, hacía ya casi un mes, sino que había esperado una semana, para hacerle sufrir, estaba convencido de ello, le había dicho que le concedería su retiro de escritor, pero que, a cambio, tendría que darle varias cosas. Y que, en ese aspecto, no habría ningún tipo de negociación.

—La primera: Ortega y Gasset.

—Pero...

—Pero nada. Ni siquiera tendría que decírtelo, Alex. Recuerda que ya te he pagado el adelanto y que los de la productora nos tienen agarrados de las pelotas. La segunda es que tienes dos meses, ni un día más, ni un día menos.

—No es suficiente.

—Dos meses —le cortó Andrés, con tono inapelable—. Y, por último, quiero que me mandes lo que tienes cada semana. Más que nada para que yo sepa que de verdad estás haciendo algo, y no bebiendo margaritas y tomando el sol como las lagartijas en ese sitio tan estupendo.

—Ni hablar, por ahí no paso. Nunca lo he hecho y no pienso...

—Entonces te deseo mucha suerte en tu asquerosa cueva de ciudad. Adiós, Alex. Espero con ansiedad ese manuscrito que me debes.

—¡Andrés!

—¿Sí?

Alejandro suspiró y se dio por vencido, como su editor sabía que haría. Y ahí estaba ahora, camino de un pueblo de montaña perdido pero seguro que delicioso, donde le esperaba una maravillosa casa pequeña, pero cómoda, donde iba a escribir la que sabía que sería su mejor historia. Y, claro, también tendría que hacer algo con respecto a Ortega y Gasset, o al menos intentarlo, aunque solo fuera para que Andrés pudiera entender que la otra era mucho mejor y se olvidara ya de esos polis petardos y le dejara evolucionar.

—En la siguiente salida, gire a la derechaaaaa y después gire a la derechaaaaa —dijo la antierótica voz del GPS, sobresaltándole.

¿Acaso no había pasado antes por ese campo, o es que esas vacas eran exactamente iguales a las que acababa de ver?

—Gire a la derechaaaaa y después gire a la derechaaaaa —volvió a decir el GPS momentos después, cuando volvió a pasar por allí cinco minutos después y las mismas vacas volvieron a mirarle como las vacas suelen mirar a los idiotas como él.

Una rotonda, o lo que a la gente de por allí le debía de parecer una rotonda, plantada en medio del camino, le dirigía una y otra vez al mismo sitio. Era evidente que se equivocaba, porque ahí estaba, dando vueltas como un imbécil, kilómetro arriba y abajo, sin llegar a Venta del Hoyo.

Y lo peor era que no había nadie a quien pudiera preguntar hacia dónde tirar. La única pista, poco fiable, además, era un mísero cartel, con la entrañable señal de disparos recientes, que indicaba el camino hacia Venta del Hoyo en tres direcciones distintas.

Exótico nombre, no podía negarlo.

Sonaba a esos pueblos de los que hablaban los niños cuando él era pequeño, donde veraneaban todos cuando sus hermanos y él tenían que quedarse en la ciudad, casi solos. En su cabeza, imágenes de preciosas casas de piedra, riachuelos cristalinos, bosques frondosos y gente tosca pero amable, le hacían pensar que todo aquello era justo lo que necesitaba para volver a encontrarse a sí mismo. No sería como en aquella película, claro, pero, al fin y al cabo, aquello era España, y tendría que adaptarse a lo que había.

Mientras daba una vuelta más por la misma rotonda y comenzaba a pensar que las vacas le reconocían y saludaban, Alejandro decidió que tendría que buscar a alguien que le guiara, o no llegaría antes de la noche. Así que avanzó

despacio con el coche esta vez, atento al camino por si veía a alguien. Tras diez minutos, evitando adrede el desvío que le indicaba el GPS, y que, estaba convencido, era el que le llevaba a la rotonda maldita, llegó a un descampado sin salida.

—Perfecto —masculló, saliendo del coche y sacando el móvil, que parpadeaba, sin señal—. ¡Perfecto!

Agitó el aparato de última generación, como si así pudiera captar señal con más facilidad, sin conseguirlo.

—Apenas hay cobertura en todo el Hoyo. Ese aparato solo le va a servir para que le despierte por la mañana... si acaso —dijo una voz a sus espaldas.

Se giró y se encontró con un tipo de unos sesenta años, vestido con ropa cómoda, aunque con cierta elegancia, atractivo y bien conservado, como debía serlo todo tipo que vivía una vida sana en el campo.

—Busco Venta del Hoyo.

—Está usted en Venta del Hoyo —respondió el otro, con una sonrisa divertida, extendiendo los brazos a los lados—. Bienvenido.

Alejandro pensó que le tomaba el pelo. ¿Dónde estaban sus casitas de piedra, su bosque, sus lugareños toscos pero amables?

—¿La casa de la Paca?

Entonces sí pareció divertido el extraño. Se limitó a señalar una senda pedregosa que parecía indicar el inicio de una vereda umbría y solitaria, flanqueada de pinos.

—Arriba, sobre dos kilómetros, y luego a la izquierda. El pueblo está algo más allá —explicó—. El GPS se vuelve majara por aquí, yo de usted no me fiaría.

—Ya veo, ya. Soy Alejandro Escada, voy a pasar una temporada en Venta del Hoyo.

El otro miró su mano extendida, como si se estuviera pensando si tomarla o no, aunque al final lo hizo, con un apretón firme y seco, de hombre de bien.

—Antonio Grande, soy el alcalde del Hoyo. Nos vemos, supongo —dijo, haciendo un gesto con la cabeza antes de alejarse hacia el pueblo con paso parsimonioso.

Alejandro lo miró marchar, sin saber muy bien si su bienvenida era sincera o no. ¿Cuántas pelis de terror había visto que comenzaban justo así? Si hiciera caso de su instinto, cogería el coche y se largaría en ese mismo instante sin mirar atrás. Sin embargo, siguió las indicaciones del alcalde y llegó hasta la

casa de la Paca, donde Andrés le había pagado el alojamiento durante los dos meses que iba a pasar allí. Si el encuentro con el alcalde le había resultado descorazonador, la vista de la casa estuvo a punto de hacerle huir, pero a esas alturas sabía que no había vuelta atrás, por mucho que aquella choza pareciera la casa donde se había rodado la Matanza de Texas.

Capítulo 5.

Un hoyo muy oscuro

—Le esperaba hace dos horas. Tengo cosas que hacer.

La mujer que le miraba, apoyada contra la puerta de la casa, parecía aburrida. Como para enfatizar sus palabras, se tocó la muñeca, pero en ella no había ningún reloj, así que el gesto le resultó extraño e incongruente.

—Me he perdido varias veces en la rotonda de las vacas —explicó Alejandro, con una sonrisa que pretendió ser una declaración de amistad—. Aunque al menos he disfrutado del paisaje.

Si pensaba que ella se ablandaría con sus palabras, se equivocaba. La mujer permaneció inexpresiva y quieta, apoyada contra la puerta, sin hacer un solo amago de bienvenida ni de saludo.

—Ya veo —dijo al fin, cuando comprendió que él esperaba una respuesta—. Si no le importa, le explicaré en unos minutos el funcionamiento de todo, porque ya le he dicho que tengo prisa.

—Claro.

Alejandro cerró la puerta del coche y pulsó el botón del cierre automático, ganándose una mirada de extrañeza por su parte. De pronto comprendió que en un pueblo como aquel nadie debía de cerrar las puertas, puesto que todos eran buenos vecinos que pasaban cada día a saludar y a traer tartas y hortalizas frescas.

—Yo de usted, metería el coche en el garaje, o, mejor todavía, lo dejaría en la parte de arriba. Aquí a veces caen lluvias muy fuertes y cuesta sacar las ruedas de los charcos, pero supongo que no hay peligro por ahora —dijo ella, mirando al cielo con expresión dudosa.

Él miró hacia arriba también. Hacía un día radiante. El cielo estaba tan azul que daba hasta miedo, sin señales de contaminación ni humos. En toda su vida

había respirado un aire tan limpio. Aquello debería estar prohibido.

—No tiene pinta de llover en un mes.

—Si usted lo dice —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Luego no diga que no le he avisado.

Desde luego, aquella mujer era la alegría de la huerta para ser tan joven y guapa. Si a los treinta y tantos ya estaba así de amargada, cualquiera la aguantaba a los ochenta. Esa coleta tan tirante tenía que provocarle unas migrañas tremendas. Si hasta le achinaba los ojos.

Nada más cruzar el umbral de la famosa casa de la Paca, Alejandro sintió que también trasponía el umbral del tiempo. Aquello parecía el plató de una película de época. Y la verdad es que aquello no estaba demasiado bien conservado. Estaba aceptablemente limpio, pero eso era todo. Si se fijaba en las esquinas, seguro que encontraba telarañas, así que prefirió no fijarse demasiado.

—No hay televisión, no hay teléfono, no hay...

—¿No hay internet? —la interrumpió él, escandalizado.

Ella le regaló su primera sonrisa, si es que a aquello se lo podía calificar de aquella manera.

—No, no hay internet. En las zonas rurales de Venta del Hoyo no hay cobertura de teléfono móvil, así que aquí no se conoce ni la palabra wifi. Así que, si tiene que llamar, tendrá que ir al pueblo, que queda a un par de kilómetros de aquí.

—¡Pero eso es medieval!

—Entonces no le diré que aquí la luz eléctrica funciona solo día sí, día no.

Alejandro emitió un quejido de incredulidad. Algo le decía que ella disfrutaba viéndole retorcerse de dolor.

—Está usted de broma.

—Pues no, no estoy de broma. La verdad es que esta casa necesita mucho trabajo para poder ser habitable, pero Andrés me dijo que usted había pedido venir aquí y no quiso escucharme cuando le dije cómo estaba todo. Si hasta...

Alejandro levantó una mano para detener sus palabras.

—Un momento. ¿Usted conoce a Andrés?

—Claro, es mi primo, o algo así.

—¿Y él sabía que la casa estaba así?

Ella frunció los labios y le miró con algo cercano a la lástima.

—Por supuesto que lo sabe. Esta casa es de su familia. La Paca es su

abuela.

Al menos la nevera estaba llena, pensó con una lástima indecible hacia sí mismo, ahora que había superado el ánimo revanchista. Más que nada porque había intentado llamar a Andrés para cagarse en su madre y, en particular, en su abuela Paca, y no lo había conseguido, porque no había cobertura, como le había dicho la antipática mujer que lo había recibido y se había marchado tras apenas un gesto de despedida y sin presentarse siquiera, ahora que caía en la cuenta.

Sí, la nevera estaba llena... pero la cocina era de gas, y tendría que aprender a usarla si quería cocinar algo allí.

Por lo pronto, esa noche cenaría un bocadillo y un vaso de leche fría, porque no tenía ánimos de pelearse con los fogones.

¿Y había dicho esa mujer que solo había cobertura de teléfono en el pueblo? ¿Y que estaba a dos kilómetros?

Iba a morir allí.

Volvió a probar el teléfono móvil, pero solo porque era un optimista redomado.

Estaba claro que Andrés se la había jugado a base de bien. A esa hora, tenía que estar riéndose con las manos ante el rostro, como Fu Manchú o cualquier otro malvado de pacotilla.

Debía de estar partiéndose de risa cuando le decía que esperaba sus informes cada semana y que se lo iba a pasar de miedo bebiendo margaritas, el capullo de él. Ja, ja, JA.

Desde luego, sin teléfono, internet, ni televisión, poco más podía hacer que escribir o morirse de hambre y asco.

Capítulo 6.

Prueba de vida

—¿Y qué diablos hace todo el día?

Daniela terminó de completar los datos de la ficha que estaba rellenando y entregó el libro a la usuaria de la biblioteca.

—Recuerda que tienes tres semanas. Si no lo devuelves, iré a tu casa a buscarlo o te mandaré a la Guardia Civil —la avisó, seria.

Ramona abrazó el libro contra su pecho y casi salió corriendo de la biblioteca.

—¿Hola? Daniela, ¿sigues ahí?

Daniela suspiró y volvió su atención a Andrés, a quien había dejado en espera en el teléfono.

—No sé si crees que no tengo otra cosa que hacer en la vida que vigilar a tu pupilo, o lo que sea. Tengo un trabajo y muchas cosas en mi...

—Déjate de tonterías, prima. Conozco ese pueblo en el culo del mundo. Si a estas alturas todavía no te has suicidado del aburrimiento, es por pura cabezonería, y lo sabes muy bien.

Daniela frunció los labios y clavó la mirada en la pantalla del ordenador, pensando si era buena idea volver a hacer una nueva comprobación del catálogo de la biblioteca. ¿Seis en un año eran demasiadas?

—Ya te he dicho que estoy ocupadísima.

—¿En serio? Cuéntame, qué estás haciendo ahora mismo.

—Catálogo.

Daniela se odió por el tono dubitativo de su voz, pero la verdad era que se temía que Andrés tuviera razón. No era que su vida estuviera vacía o fuera aburrida, pero también era cierto que a veces la monotonía llegaba a cansarla. Había acudido allí en busca de calma y tranquilidad, pero, como bien sabía

cualquier amante de los refranes y los dichos populares, había que tener cuidado con lo que se buscaba.

—Suenan interesantes. Hacer el catálogo de veinte ejemplares tiene que ser agotador, cariño.

Si su primo había estado a punto de tocar hueso con lo que decía, en ese momento acabó de tocarle las narices.

—Vete a la mierda, Andresito. No pienso ponerme a espiar a ese tipo. Para empezar, porque hace días que no le veo y no pienso ir a casa de la abuela para comprobar si sigue vivo.

Andrés emitió un gemido grave.

—Cómo que no sabes si sigue vivo. No me acojones. Me dijiste que la casa estaba habitable.

—Habitable para alguien acostumbrado a vivir en el campo y sin comodidades, pero si eres un señorito de ciudad... —El tono de Daniela se volvió resbaladizo y supo que, de tenerle delante, en ese instante estaría evitando la mirada de su primo.

—Dani...

—Le dejé comida y bombonas de gas. Cualquier idiota aprendería a usar una cocina de gas.

Un nuevo gruñido de Andrés empezó a preocuparla.

—Estamos hablando de un tipo que cree que cocinar es meter una pizza o una bolsa de palomitas en el microondas, Daniela. Para él una cocina de gas es algo de museo.

—Pues entonces entiendo su cara de horror cuando le dije que no había cobertura —respondió ella sin poder evitar que se le escapara la risa.

—Joder. Mira, te voy a pedir un favor y te juro que será el último.

Una campanada de alarma sonó en la cabeza de Daniela. ¿Cuántas veces había escuchado esas mismas palabras? Cien. Mil. Y siempre habían venido acompañadas de mentiras gordas como una catedral.

—Ahora no puedo dejar mi puesto de trabajo —dijo, tensa, previendo el desastre, aunque sabía que nadie vendría hasta la tarde, cuando los niños salieran del colegio. Con suerte. Si avisaba en el ayuntamiento que volvería en una hora, no pasaría nada. Aún y todo, necesitaba una excusa, y buena, para que Andrés no la engatusara.

—Dani, por favor, Alex podría estar muerto. Y sería culpa tuya.

Ahí estaba. La baza de «la culpa es tuya». Si es que no fallaba.

—¿Por qué culpa mía? Es tu amigo, o lo que sea. ¿Qué amigo dejaría tirado durante dos meses a alguien en un antro como la casa de la abuela? Yo no dejaría allí ni a mi peor enemigo. Fíjate —añadió, con inquina—, no te dejaría ni a ti, que ya es decir.

Andrés suspiró.

—Vale, no me gusta llegar a este extremo, pero te lo suplico. Imagíneme hincado de rodillas y mirándote con ojitos brillantes y enormes, prima. Para que entiendas que no es por mí, sino por él, te juro que no es un mal tipo, aunque sea algo gilipollas a veces.

Daniela ya se había levantado, y había cogido las llaves del coche y la chaqueta. A su pesar, nunca había sido capaz de dejar abandonado a ningún animalillo herido ni a ninguna otra criatura en apuros.

—Te lo cobraré caro, que lo sepas.

—Gracias, te lo debo.

Daniela ya no contestó. Avisó al pasar por delante de la puerta del ayuntamiento que saldría un rato y cogió el coche en dirección a la casa de la Paca. La carretera estaba fatal, pensó, mucho peor que cuando ella era niña y pasaba las horas muertas allí jugando con Andrés y sus hermanos.

El entorno de la casa también estaba degradado, lleno de zarzas y árboles resecos.

¿Por qué había pedido ese tipo alojarse en un lugar como ese? Andrés no le había comentado nada de él más que eso, que había pedido un retiro campestre, lejos de todo, para poder concentrarse en su nuevo libro.

Daniela había conocido a muchos autores en su vida y sabía de sus excentricidades. Conocía también sus caprichos y manías. Dudaba mucho que alguien acostumbrado a las comodidades de la ciudad pudiera encontrarse a gusto allí, lejos de sus cosas, de todo lo que amaba. Y menos todavía alguien superficial como se lo había parecido el tal Alex.

Al llegar frente a la casa, se la encontró como siempre. Parecía abandonada, sin rastro de su inquilino. Ni siquiera su coche estaba allí.

¿Acaso se había largado ya?

—¿Ha venido a ver si ya he muerto?

Daniela se giró al escuchar su voz, sorprendida. Alejandro había surgido de entre los árboles que rodeaban la casa, como una sombra, y la miraba con aire serio.

—Pues la verdad es que Andrés me ha enviado para comprobarlo, sí. Pero

ya veo que sigue usted vivito y coleando.

En efecto, Alejandro tenía incluso buen aspecto. Despeinado, con la ropa arrugada y con manchas sospechosas, pero su rostro tenía mejor color que el día que había llegado.

—No hace falta que me mire usted como si fuera mi madre. Acabo de caerme por allí mientras intentaba alcanzar un nido. No es que no me lave ni nada de eso... —explicó él, pasándose una mano por el jersey, arrastrando un terrón de tierra por él, manchándolo todavía más.

Daniela ahogó una sonrisa ante su desesperación. Parecía imposible que pudiera presentar un aspecto decente ante ella.

—No sé si sabe que está prohibido comerse los huevos y coger nidos, señor...

—Escada, Alejandro Escada. Y no me iba a comer los huevos, iba a colocarlo en algún sitio seguro. No soy ningún salvaje, señora...

—Sirvent, Daniela Sirvent —respondió ella con la voz ahogada. Se había sonrojado y le miraba de forma extraña de pronto, aunque se rehízo al instante, como si ese interludio no hubiera sucedido jamás.

—Bien. Señora Sirvent, supongo que tengo que invitarla a tomar algo en mi cueva. Pase, le aseguro que no la envenenaré. Al menos no ahora que ya sé cómo usar la cocina.

—No es necesario, señor Escada. Ya he cumplido mi misión de comprobar que seguía usted vivo y debo regresar a mi trabajo. Por cierto —se detuvo, mirándole con interés otra vez—, Andrés me ha encargado que le haga otra pregunta, espero que no se ofenda usted. ¿Ha escrito usted mucho aquí?

Él la miró con una ceja enarcada y los brazos cruzados, en una pose que Daniela imaginó estudiada para hacerle parecer interesante. Y debía serlo, sobre todo cuando iba bien peinado y vestido, pero así, con el cabello revuelto y aquella ropa sucia, solo le hacía parecer divertido y andrajoso, como esos jóvenes que se vestían como abuelos y pensaban que iban a la moda.

—Pues dígame a Andrés que sin internet y sin teléfono no puedo documentarme y no puedo hacer nada más que pensar y pensar... sobre todo en su muerte. Si vuelve a hablar con él, dígame que me río mucho cada noche pensando en su sentido del humor. Adiós, señora Sirvent.

La dejó sola frente a la puerta, sin repetir su invitación a entrar y con la curiosidad de ver cómo había dejado el interior de la casa. ¿Se había

instalado de verdad o se limitaba a dejar pasar el tiempo mirando al vacío?

Sintió la tentación de ofrecerle su biblioteca para trabajar, donde tenía conexión a internet y la tranquilidad necesaria, pero se temía que eso haría que ella perdiera la suya, así que se marchó antes de que la tentación fuera más fuerte que la cordura.

No, era mejor no dejarse tentar. No con Alejandro Escada. Lo mejor era mantenerse lo más alejada posible.

Ojalá le hubiera preguntado a Andrés el nombre del autor en cuestión antes de meterse en todo aquello. De saber que se trataba de Alejandro Escada, quizás no le habría dejado allí tan solo, tan abandonado, tan... ¡Alto!

Capítulo 7.

El tiro por la culata

Alejandro tenía que reconocer que aquello era horroroso. Ante sí mismo y con la boca pequeña, eso sí. Jamás lo haría delante de Andrés, que a esa hora debía de estar descojonándose al imaginarle asilvestrado y muerto de hambre en aquella choza prehistórica.

Porque sí, él le había pedido un retiro en un pueblo, pero aquello se pasaba de retirado. ¡Si aquella casa ni siquiera estaba en el pueblo, hombre!

Y ya no quería entrar en el pequeño detalle de la ausencia de internet o wifi. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir cualquier persona de ese siglo sin conexión con el mundo externo? De solo pensar en todos los capítulos de sus series favoritas que se había perdido desde que estaba allí... Por no haber, no había ni televisión, aunque existía una antena, pero no encontraba el cable que había servido para conectarla en su momento. En todo caso, no había televisor, así que aquello también daba igual. También había una conexión telefónica sin teléfono y las huellas de algunos electrodomésticos desaparecidos. No quería pensar mal, pero era como si antes de llegar él alguien hubiera dedicado un tiempo precioso a hacer desaparecer todos los elementos pertenecientes al siglo XXI.

Jamás había estado en un lugar tan apartado del mundo. Su exacerbada imaginación se desbocaba cuando pensaba lo que podía pasarle si se caía de alguna escalera o se quemaba intentando encender la infernal cocina de gas y no podía llamar a nadie para que le rescatase. Se suponía que el 112 funcionaba incluso sin cobertura, pero ¿y si no funcionaba? Siendo él, seguro que no lo hacía. Y Andrés lo sabía. Sabía todo aquello y le había exiliado allí de todas formas.

Y podría largarse, claro, pero hacerlo significaría admitir que había

cometido un error, que Andrés habría ganado, y tendría que dejar su proyecto y entregarle esa maldita historia de Ortega y Gasset. Y la verdad era que ninguna de esas opciones le apetecía en absoluto. Porque, básicamente, no quería aceptar que la había cagado, pero bien.

Así que aprendió a encender la cocina de gas, con pánico, con horror absoluto, forrado con prendas de ropa hasta el codo para protegerse de las salpicaduras de aceite, y hasta se las apañó para preparar algo de comer sin morir en el intento. Su primera tortilla francesa estaba cruda a trozos y demasiado hecha en otras partes, pero era comestible (o tal vez él tenía demasiada hambre como para ponerle pegas). Mientras comía e investigaba si había algo en la nevera y en los armarios que pudiera comer sin temor de perder la vida con los fogones, pensó que, si Andrés pretendía darle algún tipo de lección con lo que había hecho, le iba a salir el tiro por la culata.

Sobreviviría, escribiría lo que de verdad le apetecía, y además descansaría. Y sería muy feliz allí. Por sus pelotas.

Pero el problema, tuvo que admitirlo días después, era que no era capaz de escribir nada, que no era capaz de descansar, y que estaba muy lejos de sentirse feliz en esa casa.

Se había reconciliado en cierto modo con la vida diaria, y hasta con la vieja cocina de gas. Se había acostumbrado a cocinar sus comidas sencillas, cada vez menos desastrosas y había tomado la costumbre de salir cada día a dar una vuelta por el bosque que rodeaba la casa para despejar sus ideas, pero había algo en su cabeza que parecía no funcionar del todo bien.

Porque, ¿acaso no estaba convencido de que en un entorno así la inspiración acudiría rauda a él? ¿Dónde cojones estaban las famosas musas? ¿Ellas también odiaban el olor a bosta de vaca y que los pájaros las despertasen al amanecer? ¿De verdad había alguien que pudiera considerar música aquel sonido horrendo y chirriante? Cuando no eran mugidos, eran graznidos o ladridos. A veces hasta veía buitres sobrevolando su casa, como esperando su muerte. Y él que empezaba a añorar los atascos y los cláxones de los coches de su adorada ciudad...

Cierto que el aroma de los pinos era delicioso, en nada parecido a ese enlatado de los ambientadores. Caminar por el bosque era relajante, a la par que agotador, con aquellas piedras sueltas tan traicioneras, que le hacían

resbalar y tropezar cada dos pasos. Además, cada día descubría algo distinto alrededor de la casa, desde un nido hasta una telaraña enorme y aterradora capaz de provocarle pesadillas, o un riachuelo claro pero lleno de renacuajos juguetones en el fondo, aunque nada de todo aquello era lo que esperaba.

Tras pelearse con la lavadora, modelo prehistórico, haciendo conjunto con el resto de la casa, rezando para sí por no encontrarse con su ropa destrozada a la vuelta, decidió que saldría a dar un paseo para ver si se le ocurría algo sobre lo que escribir. No debería ser tan complicado, pensó. Tenía el esbozo que había hecho mientras veía la película aquella. Solo tenía que continuarlo, era tan sencillo... Pero no podía. No, no y no. Había perdido su maravilloso don para crear magia de la nada. Había muerto literariamente hablando. Ya no podía ni plagiar un argumento de la tele. Era vergonzoso.

No solía alejarse mucho de la casa, más que nada porque no sabía si se perdería para no volver jamás, como Hansel y Gretel. Estaba convencido de que nunca encontrarían sus huesos, porque a nadie le interesaba encontrarle. Y Andrés ni siquiera iría a buscarle, estaba claro. Le había dejado allí tirado y había escondido la llave.

Mientras murmuraba para sí, lamentándose de su triste destino, Alejandro estuvo a punto de pisar un nido lleno de vociferantes criaturas, que piaban buscando un salvador o a su madre, lo que llegase primero.

Por primera vez en varios días, se sintió útil. Recogió el nido con cuidado y miró a su alrededor, buscando un lugar donde dejarlo. Al final miró hacia arriba, gruñendo, y vio el sitio de donde había caído.

—Tenía que ser ahí, por supuesto.

Con un suspiro, envolvió el nido en su jersey y comenzó a trepar con torpeza. No eran más que dos o tres metros, pero para alguien como él, que consideraba un duro ejercicio el andar un par de kilómetros, trepar hasta ese árbol resultó casi como escalar el Everest. Cuando al final consiguió su objetivo, sacó el nido del jersey donde los había envuelto y miró satisfecho a las criaturas, que abrían el pico, pidiendo alimento.

—Sois muy feos, pero ahora me siento tan bien que me da igual. Supongo que esto es lo que se siente al ser buena persona.

En ese momento ocurrieron dos cosas que le recordaron por qué su instinto le decía que no era buena idea subirse a un árbol, ni aunque fuera para rescatar a unos feos pajarillos de las bestias salvajes del bosque: un coche se acercaba a la casa y la rama en la que se sostenía crujió bajo sus pies.

De ese modo, cuando se encontró frente a frente con Daniela Sirvent, no se encontraba del mejor de los humores. ¿Había ido para comprobar que seguía vivo? Pues ya lo había visto. Aunque esta vez al menos había tenido la decencia de presentarse, a pesar de hacerlo con esa nariz en lo alto y ese aire de superioridad, como si fuera mejor que él solo por saber cómo se encendía un fogón de gas.

¿Dónde estaba la amabilidad de la gente de campo de las películas, cuando se presentaban con tartas deliciosas y comida preparada para un siglo? Esa mujer ni siquiera le había preguntado si necesitaba algo. Eso sí, bien que se había preocupado por saber si estaba escribiendo. Eso era lo único que significaba para todos: una máquina de producir manuscritos.

En ese momento no quería ver a nadie. Le dolía el culo, sobre el que había caído, desde una altura baja, pero dura. Y también le dolía hasta el alma, y echaba de menos sus cosas. Quería volver a su casa y comer una pizza con cuatro pisos de queso. Y no deseaba volver a ver nada verde en su vida, como no fuera detrás de una pantalla.

—Sigue vivo.

Daniela creía que su conciencia se aplacaría en cuanto volviera a sentarse ante su ordenador, en su tranquila biblioteca, en la serena quietud de su santuario. Había descolgado el teléfono para llamar a su primo nada más llegar, pensando que así acabaría todo, que su responsabilidad con respecto al escritor abandonado en la casa de la Paca habría terminado. Pero no, mientras Andrés le hacía el tercer grado acerca del estado de salud físico y mental de Alejandro, no podía evitar pensar que ella tenía internet y wifi, y que él ni siquiera tenía televisión, porque ella se había encargado de que así fuera.

Además, desde que había regresado, había evitado con todas sus fuerzas pensar en que no era un autor cualquiera, sino que era Alejandro Escada. De entre todos los autores de la editorial, ¿por qué tenía que ser justo él?

—Se ha caído de un árbol para salvar a unos pajaritos —le dijo a Andrés en su tono más neutro.

—¿Se ha hecho daño en alguna de las manos?

Daniela rememoró la penosa estampa de Alejandro, con su ropa sucia, su cabello despeinado y su barba crecida.

—No recuerdo haber visto ninguna herida, pero le diré que has mostrado

interés por su salud —respondió Daniela, con ironía.

—Me alegra que tengas intención de volver a ver a Alex, ¿sabes?, porque quería pedirte algo.

Daniela se envaró en la silla. Ahora comprendía que no debería haberle hecho caso a Andrés desde el principio. Siempre que había hecho algo por él, las cosas habían acabado mal, y aquello no iba a ser la excepción. Además, ¿qué era eso de volver a ver a Alejandro?

—¿No te he dicho antes que estoy ocupada?

—Y esa excusa ridícula no te ha servido de nada. Venga, prima, déjate de bobadas y hazme un favor. Y te juro por nuestros comunes ancestros que no volveré a pedirte nada más.

—¿Y por qué tengo que creerte esta vez? Antes me has dicho que sería un favor, solo uno, y ahora repites lo mismo.

—Sabes que te estoy mintiendo como siempre, pero esta vez es por una buena causa, en serio —admitió Andrés sin pudor. Su sinceridad debería ser un consuelo, pero no lo era.

Daniela se maldijo por ser tan blanda. Pensó en Alejandro, allí tirado, con ese aspecto cansado y su ropa sucia. En cualquier momento se quedaría sin provisiones. ¿Qué sería de él entonces? ¿Empezaría a chupar cortezas de árboles y a roer hierbas, creyéndose Robinson Crusoe?

—¿Esa buena causa es llenar las arcas de tu editorial?

—¿Llenar las arcas? ¿Tú en qué mundo vives? Con suerte, mantendremos La joya de papel abierta un año más si Alejandro entrega ese dichoso manuscrito. Ayúdame a conseguirlo, por favor. Sin ti no sé si podré conseguirlo. Además, recuerda que también es tu editorial. No te hagas ahora la digna, prima.

Daniela no podría jurarlo, pero Andrés parecía a punto de ahogarse con su propia saliva. Sin duda, el discursito tenía que estar costándole un esfuerzo sobrehumano, a pesar del tufillo pasivo agresivo. Tanta mentira junta debía de merecer cinco cadenas perpetuas en el infierno. Como mínimo.

—Creo que nunca me habías dicho tantos «por favor» seguidos en una sola conversación. ¿Estás seguro de que no estás enfermo?

Andrés bufó.

—Mira, voy a serte sincero.

—Cada vez que dices eso, tiemblo.

—No finjas, en el fondo estás encantada de verme suplicar.

Daniela no pudo disimular su satisfacción.

—Reconozco que es una agradable novedad.

Y lo era. Hasta ese momento, según su experiencia con Andrés, o bajo el yugo de Andrés, era que él siempre tenía la razón en todo y que jamás pedía nada por favor, sino que ordenaba, como si tuviera derecho a todo y el resto de la gente solo tuviera que obedecer. Ese era uno de los motivos de que ya no trabajase para él. Solo uno de ellos.

—La editorial necesita un bombazo, pero Alex fue el último bombazo que hemos tenido, y de ello hace años. —Daniela no se dejó engañar por el tono plañidero de Andrés, aunque comprendió que lo que había en el fondo de sus palabras era cierto. Conocía la industria y sabía que las cosas no iban tan bien como debieran. Se habían perdido compradores y las cosas no tenían visos de mejorar—. De hecho, ya ni siquiera estoy seguro de que una nueva entrega de Ortega y Gasset sea suficiente para salvarnos. La productora está a punto de rescindir el contrato si no le entregamos ya las pautas para el guion de la nueva temporada de la serie y Alex es incapaz de entrar en razones. Así que perdóname si estoy un poco desesperado después de escucharle decir que quiere escribir una memez romántica en lugar de lo que tiene contratado. No se lo puedo permitir y espero que me ayudes.

Daniela apretó los labios. El tono de Andrés había dejado de ser amable a medida que hablaba. Ya no era el tipo que le pedía las cosas por favor, sino el antiguo jefe sin escrúpulos que conocía. Y le entendía hasta cierto punto, pero sintió algo de lástima por Alejandro Escada.

Durante sus años trabajando en la editorial, había conocido a muchos autores. La mayoría eran gente como los demás, gente que, en general, tenía un trabajo ordinario y solo podía dedicar a la escritura sus ratos libres. Otros, los menos, podían dedicarse a la escritura de forma más o menos profesional. Entre estos últimos había gente endiosada, y también gente que había perdido su don, si es que lo había tenido en algún momento, quemada por las más variadas circunstancias. Y escribir cosas por encargo, alejadas de lo que les dictaba el corazón, era una de las cosas que antes acababa con el espíritu de los autores sensibles.

Se preguntó si Alejandro se encontraba entre los últimos. Sería una lástima, porque Alejandro Escada había tenido un don, o eso le había parecido en su momento. Entre los escritores muchas veces no se sabía cuándo se encontraba una ante el verdadero talento oculto. Cuántas veces, además, ese talento se

perdía por las ansias de éxito y popularidad. Escribiendo novelas de detectives sin sustancia en lugar de novelas más parecidas a su primera obra, por ejemplo...

—¿Qué quieres?

No pudo evitar una pincelada seca en su voz. Nunca le había gustado que Andrés deslizara sus órdenes a modo de peticiones y favores, y menos todavía cuando conllevaban el traicionar a alguien. Y se temía que aquello tenía toda la pinta de ser una terrible traición.

Capítulo 8.

El maquiavélico plan de Andrés

—En mi vida había escuchado una cosa más ridícula.

Antonio Grande, el alcalde de Venta del Hoyo, se había tomado la idea de Andrés como lo que era, una gilipollez. Seguro que eso no se lo esperaba Andrés. Él siempre creía que todo el mundo no podía menos que aplaudir sus ideas, por estúpidas que fueran. Y aquella era la más estúpida de todas las que había tenido, con mucha diferencia.

—Daré vidilla al pueblo —dijo Dani, sin convicción.

Antonio se recostó en su asiento de cuero, que rechinó de modo desagradable cuando el trasero de Su Señoría se repanchingó bien para mirarla con aire de suficiencia, como cada vez que iba a pedirle dinero, más dinero o... dinero. La verdad era que pocas veces pisaba aquel despacho como no fuera para pedirle pasta.

—*Rural noir*.

Daniela sintió que se sonrojaba. Para Andrés todo sonaba sencillo, claro. Eso era porque no tenía que hacer nada. Sentado en su despacho, solo tenía que pensar en aquella chorrada y creer que funcionaría. El trabajo sucio tenía que hacerlo ella.

—Ya sabes que la novela negra está súper de moda, Antonio —se escuchó decir, con voz chillona de vendedora de humo—. Que si *domestic noir*, que si *nordic noir*. El *rural noir* tenía que llegar, ¿por qué no crearlo aquí, en el Hoyo?

Se escucharon más crujidos sospechosos provenientes del sillón de cuero y Daniela procuró mantenerse impávida como siempre. Antonio parecía sin estar convencido, pero al menos había cambiado el rictus de la cara. Las comisuras de la boca estaban unos milímetros más hacia arriba que antes. Eso

quería decir que se estaba ablandando.

—Lo que no acabo de entender es si las novelas tienen que estar ambientadas aquí o son nuestros queridos ciudadanos los que tienen que participar. Y también quiero que me aclares algo que me interesa más que nada: quién pone el dinero del premio. Porque ya sabes que nuestro presupuesto es ajustadísimo.

Daniela se dijo que había llegado el momento de prodigarse con una de sus escasas sonrisas. Dinero, ese era el lenguaje que Antonio mejor comprendía. Aunque tenía delito que hablase de ajustado presupuesto cuando tenía el despacho decorado mejor que un ministro.

—En cuanto a lo primero, las dos cosas. Que las novelas estén ambientadas en nuestro precioso pueblo puede atraer el turismo y será un aliciente que llenará las arcas. Todo eso será bienvenido y, además, seguro que descubrimos algún talento oculto entre nuestros queridos conciudadanos. — Estuvo a punto de atragantarse al decir esto último, pensando en los, a lo sumo, tres visitantes asiduos a la biblioteca, aparte de los niños del colegio. ¿Cuánta gente de por allí tenía el hábito de leer y, menos aún, de escribir? Aquella idea era lo más parecido a un suicidio—. Y acerca del dinero del premio, la editorial que lo organiza se encargará de todo: publicidad, medios, redes sociales...

La boca de Antonio subió unos milímetros más, alcanzando la posición casi horizontal.

—¿Prensa?

Daniela se preguntó si Andrés querría hacerlo tan público o se iba a limitar a hacer un paripé que no saldría de allí. Al fin y al cabo, el objetivo era que Alejandro Escada entregase su dichoso manuscrito a tiempo. Aunque, conociéndole, quién sabía si su primo no aprovecharía a ver si cazaba algún pez interesante.

—Claro —respondió, poco comprometedor.

—Y ¿para cuándo se supone que quieren montar todo este tinglado?

Daniela había hecho cuentas. Como conocía a Antonio, alguien a quien le gustaban las fotos y los baños de masas como al que más, había pensado que un golpe de efecto le encantaría a un aprendiz de César como él.

—He pensado que la entrega de premios podría coincidir con las fiestas patronales. Eso aseguraría que todo el mundo esté presente. A la prensa le encantará. ¡Hasta vendrá la tele!

Una ligera sonrisa se dibujó al fin en los labios de Antonio Grande, el mejor alcalde que Venta del Hoyo había tenido jamás (lo decía hasta la Wikipedia, él mismo se había asegurado de ello). Aquel concurso le pondría en el mapa, y al pueblo también. Tal vez, después de todo, podría dar el paso a la gran ciudad que tanto merecía.

Alejandro no descubrió que la casa de la Paca tenía buzón hasta que llevaba allí unas dos semanas. De todas formas, le daba igual, porque nadie sabía que estaba en ese cuchitril y era imposible que tuviera correo.

De pronto, pensó en su piso en la ciudad, en que no había dado ningún aviso de su ausencia, y que ni siquiera había vaciado la nevera.

Al menos no tenía mascota ni plantas.

El buzón, o lo que en ese antro perdido de la mano de Dios llamarían así, era poco más que una caja de latón con tapa con el nombre «Señora Paca» escrito con letras toscas en una cartulina cubierta por un plástico. Estaba en la parte de atrás de la casa, como era lógico por aquellos lares. Por lo visto, el correo le llegaba sin problemas a la antigua inquilina, porque había cartas que llevaban al menos cinco años allí. Vació el cajetín rebosante de facturas, publicidad y bichos muertos y amontonó su botín en la mesa de la cocina, pensando qué hacer con aquello. Tirarlo era casi como un sacrilegio, aunque la Paca llevara muerta mil años.

Se preparó un café, lo único que le salía medio decente en la cocina de gas, y se sentó.

La libreta de notas seguía en la otra esquina de la mesa, limpia y prácticamente virgen, riéndose de él.

Con un suspiro sin una pizca de lástima, estiró la mano y cogió las cartas de la antigua dueña de la casa. ¿Cuántas veces había visto y leído esas historias donde un visitante encuentra cartas o diarios de alguien interesante y escribe una novela sobre aquello? Quién sabía. Igual la Paca había tenido un amante pirata, o había sido una espía durante la guerra. O cupletista.

Propaganda del súper. Factura de la luz. Propaganda de un restaurante chino, que a saber cómo había llegado hasta allí, porque era de Cuenca. Factura del teléfono. Propaganda de un kebab. Factura del gas. Propaganda de una tienda de muebles.

—La apasionante vida en el Hoyo —empezó a murmurar para sí, casi sin

darse cuenta de que lo hacía—, capítulo 1: Los pájaros trinaban y yo quería morir, pero no sería hoy, porque tenía que hacer la compra y los yogures con fibra estaban de oferta, ¡qué suerte la mía!

Más facturas. Más propaganda. Concurso de *rural noir*.

Cogió el mazo de papeles en bloque y lo tiró a la papelera sin remordimiento. La mesa ahora estaba limpia, aparte de la taza de café con florecitas, modelo años 70, y la libreta casi en blanco. Ojalá pudiera tirar aquello también, pero significaría la derrota absoluta, y todavía no estaba preparado para admitirlo.

Le quedaban menos de dos meses para entregar la puta novela de Ortega y Gasset o lo que fuera y no tenía una mierda.

Y ni siquiera podía ver la tele para pasar el rato, aunque fueran los canales aquellos cutres que en su casa no vería ni muerto. En ese momento, tal era su desesperación, hasta vería un documental de reformas caseras o de mujeres buscando vestidos de novia, asesoradas por amigas criticonas a las que todo les parecía mal. Cualquier cosa con tal de no quedarse más tiempo a solas con sus pensamientos.

Aquello le pasaba por pedir. Sin duda, el destino se estaba descojonando de él.

Capítulo 9.

Lo más parecido a la civilización

En su tercera semana en Venta del Hoyo, Alejandro fue consciente de que no podría aguantar durante mucho tiempo más sin varias cosas: comida basura, wifi, ver gente.

¿Cuánta distancia había dicho Daniela que había hasta el pueblo? Dos kilómetros.

Hizo cálculos mentales, pero luego pensó que aquello nunca se le había dado bien. Él era de letras, para empezar. Y luego recordó su llegada allí. Había tardado media vida en recorrer un tramo minúsculo en un mapa. Aquellos caminos de cabras eran un infierno. Casi le daban ganas de poner una queja al Ministerio de Fomento. ¿En qué se gastaban los impuestos que pagaba cada año religiosamente? En arreglar las carreteras no, eso estaba claro. Ni en señalizarlas tampoco.

Además, si tenía que volver cargado con víveres básicos como patatas fritas, bebidas energéticas y pizzas, bueno, eso no, que no había microondas y el horno de la Paca le daba miedo solo verlo, no iba a volver por el campo andando dos kilómetros eternos cargado como un mulo, no fuera a ser que le asaltaran los lobos.

En el pueblo además podría aprovechar para hacer una llamada a Andrés y cagarse en sus muertos de paso, que seguro que le hacía ilusión escuchar su voz.

Hizo una lista de la compra en su prístino cuaderno de notas, que se alegró de ser usado al fin, y cogió las llaves del coche.

El camino al pueblo no estaba señalado. Esas cosas se daban por sentado, por supuesto, rezongó.

¿Hacia arriba?

Él había venido desde abajo y no se lo había encontrado, así que debía ser por allí. Se arriesgó. Total, solo tenía media vida por delante. Si le encontraban muerto en el coche, Andrés se arrepentiría de lo que le había hecho. O quizás no, visto lo visto.

No le dio tiempo a maldecir los baches más que veinte veces antes de que apareciera la torre de la iglesia ante sus ojos. Muy pronto, el resto del pueblo, como apelotonado alrededor del templo románico, le dio la bienvenida con aire lánguido.

De haber estado de ánimo sentimental, supuso que su mente le habría traído recuerdos de su propia infancia en las calles de la ciudad desértica en verano, donde jugaba como un salvaje con sus hermanos y con cualquier niño que pasara por allí, con pelotas, piedras o palos. Cualquier cosa valía. Cualquier juego era bueno. Ni siquiera las rodillas despellejadas dolían entonces. Cómo había envidiado a otros niños que pasaban las vacaciones en sitios como ese, ordeñando vacas y despeñándose por barrancos, bañándose en charcas llenas de bichos y perdiéndose por los montes. Su infancia, en comparación, siempre le había parecido aburrida, pero quizás no lo había sido tanto.

Ahora todo aquello estaba muy atrás. Supuso que los juegos de los niños allí no se diferenciarían tanto de los suyos, quitando que él no había visto una vaca de cerca hasta los veinte años y que el campo solo lo había conocido en las excursiones del colegio. Pero no tenía ganas de recordar su infancia, las miradas de reojo de sus compañeros de clase mientras hablaban de sus veranos compartidos en los que él no participaría jamás.

Venta del Hoyo era bonito si a uno le gustaban las casas de piedra viejas, construidas de forma práctica y sin mirar demasiado el aspecto estético. Bajas, con tejas rojas, muros gruesos y ventanas pequeñas para no dejar pasar ni el frío ni el calor, con puertas metálicas y rejas de forja elaboradas con más o menos gracia. Y en la entrada, gente que le miraba.

No se movían. No sonreían, pero tampoco sacaron horcas para perseguirle, así que supuso que esperaban sus próximos movimientos para decidirse.

Alejandro se sintió como en una película del oeste. Solo faltaba que alguien escupiera un chorro de tabaco de mascar al suelo justo a sus pies a modo de desafío.

—Joder con la gente amable de los pueblos, cómo engaña la tele — murmuró para sí.

Aparcó junto a la iglesia, en la zona señalada, y bajó del coche apretando la

lista de la compra en la mano. No se veía ningún supermercado a la vista. Claro, eso habría sido demasiado pedir.

Miró a su alrededor, buscando una señal, sintiéndose observado como Clint Eastwood en cualquiera de sus *spaguetti westerns*. Solo que él no tenía un pistolón enorme para defenderse. Como mucho, unas piernas de una largura considerable para salir pitando por si empezaban a perseguirle.

De pronto vio un cartel y suspiró aliviado. Si aquello no era la salvación, nada lo era. No se sentía tan feliz desde que tocó su primera teta.

Daniela estaba inquieta y no podía disimularlo.

Un inscrito. Uno. Y tenía quince años.

Andrés estaba cabreado. Pero es que hasta ella estaba cabreada.

Habían llenado de carteles todo el pueblo, los pueblos cercanos, y hasta habían mandado a Pepe, el que llevaba yogures ecológicos a la ciudad, con carteles del concurso para que los repartiera en su ronda. Y en una semana solo habían conseguido un participante, el más repelente de todos sus visitantes asiduos.

El sonido de la campanilla en la puerta hizo que sus ojos en blanco volvieran a colocarse en su sitio.

Había puesto esa campana para despertarse por si alguna vez se quedaba dormida en su puesto, aunque eso no había sucedido... todavía.

—¿Buenas? ¿He leído bien el cartel? ¿Tienen ustedes wifi?

Daniela suspiró. Otro turista desesperado en busca de una conexión wifi, cómo no. Casi estaba por cerrar la biblioteca y montarse un locutorio, que seguro que se forraría.

—Por aquí, al fondo —dijo—. Necesito su DNI, por favor.

Mientras abría la aplicación en el ordenador para hacerle una ficha de usuario al turista despistado, Daniela pensó que no debería quejarse. Al menos aquel servicio atraía gente a la biblioteca. De lo contrario, pasaría a solas casi todo el día.

—¿Le dijiste a Andrés que le mataré en cuanto le pille? Bueno, espera, que se lo diré yo en un rato. Por cierto, hola. No sabía que eras bibliotecaria. ¿Qué lee la gente en un pueblo como este? ¿Manuales de agricultura?

Daniela se tomó su tiempo para responder. Tecleó con paciencia cada número y después cada letra de su nombre antes de mirar a Alejandro Escada.

—Hola, por cierto —respondió, con tono seco. Y ella que se había preocupado por él—. ¿Te has puesto la ropa de los domingos para venir al pueblo? Peinadito y sin manchas, tan mono él. Casi ni te reconozco sin toda esa mierda por la cara.

—Qué agresividad. Solo he hecho una pregunta.

—Y yo te he hecho un cumplido, te he dicho que estás guapo, no seas tiquismiquis —replicó ella con acidez—. El ordenador está por allí a la derecha. Como solo hay uno, el uso está limitado a media hora. Si no viene nadie, podrás usarlo otra media. El usuario es tu número del DNI con la letra y la clave HOYO18, en mayúsculas. Y no, no se puede cambiar a Hoyo infernal ni nada parecido, ya lo han intentado.

Alejandro la miró con pasmo.

—Se nota que llevas la misma sangre que Andrés en las venas si eres capaz de decir todo eso sin inmutarte.

Daniela sonrió, aunque su sonrisa fue como un relampagueo fugaz.

—Tu tiempo está corriendo. Tic tac.

—Qué cabrona eres.

Alejandro se había alejado para buscar el ordenador, no sin dedicarle antes una sonrisa rabiosa aunque encantadora.

—Imbécil —masculló ella sin poder evitar una mirada a su trasero, que no estaba nada mal.

—Te he oído, oigo tus pensamientos desde aquí.

—Trabaja y déjate de gilipolleces.

Alejandro se había acercado al ordenador. Al verlo dio un grito de espanto.

—No puedo usar esto. Si es de la era de Carlos V, mínimo.

Daniela ahogó una risa desde detrás de su mostrador. No podía negarse que el imbécil tenía gracia.

—Pues pídele a Felipe VI que nos mande uno de esta era, porque eso es lo que hay. Y no, no puedes desenchufar la clavija de red y conectarla al tuyo, eso también lo han intentado.

—Crees que te las sabes todas —la acusó, con inquina.

—Es que me las sé todas. Y ahora calla, que tengo cosas que hacer.

Alejandro rezongó para sí y se peleó no menos de cinco minutos con la página de inicio para poder meter el nombre de usuario y la clave de acceso. Tras varios errores, le asaltó un anuncio machacón acerca del dichoso concurso de *rural noir*. Esa mierda estaba por todas partes. ¡Si hasta había

carteles en la puerta de la iglesia, donde había aparcado!

Lo leyó por encima, pero él pasaba de concursos. Desde que había ganado el primero, y el único al que se había apuntado, se había convencido a sí mismo de que no merecía la pena participar. La verdad era que tenía miedo de hacerlo y no ganar, así que no quería arriesgarse. Los premios solían ser insignificantes y, además, eran adelantos sobre las ventas, lo cual significaba no cobrar durante mucho tiempo. Eso era bastante como para desanimar a alguien como él, que no tenía otros ingresos.

Cinco mil euros. Ese era jugoso. Pero solo había dos meses de plazo de entrega. Ni hablar. Imposible.

Intentó cerrar la página con el anuncio, pero no pudo. Al final tuvo que optar por minimizarlo.

Abrió su correo electrónico. Aparte de varios mensajes amenazantes de Andrés, no había más que anuncios de Viagra barata, ropa y poco más. Spam. Spam. Incluso Andrés era spam.

Un pitido y otra vez saltó el dichoso anuncio del concurso.

—Mecagüentodo ya...

Buscó en el correo las páginas que se había mandado a sí mismo con la documentación que había encontrado aquel día, después de ver la película de sobremesa, pero aquellas imágenes de la costa inglesa, aunque preciosas, ya no le decían nada. Habían perdido la magia.

—Joder, vaya mierda.

—¡Las páginas de porno están capadas!

Capítulo 10.

El pacto

La campanilla sonó por segunda vez en media hora. Aquel era su día de suerte. Lo malo era que no podría estar atenta a lo que hacía su escritor maldito, con lo que se estaba divirtiendo.

—Mi adorado ángel de cabellos de medianoche...

Jonathan de Jesús Martínez, poeta en ciernes, joven promesa de la literatura, que la adoraba en secreto, o quizás no tan en secreto, caminó hasta su mostrador con una seguridad tan aplastante que era evidente que no tenía problemas de autoestima. A sus quince años le escribía poemas tan ardientes que su madre los quemaría si los leyera. Y también a la bibliotecaria.

—Hola, Jonathan.

—¿Tenemos nuevas de algún insigne competidor en la magna lid literaria que nos espera... nos espera?

La cara del muchacho estaba tan atenta a sus reacciones que se perdió a Alejandro asomando por detrás de una estantería. Si se inclinaba más en la silla, se iba a caer de culo.

Daniela no sabía a quién mirar, si a su rebuscado pretendiente, o al divertido autor en horas bajas, que parecía a punto de sufrir una apoplejía de tanto aguantar la risa.

—Pues todavía no se ha apuntado nadie más que tú, pero estoy segura de que pronto habrá nuevos competidores en la magna lid, como tú la llamas — dijo con una sonrisa, a su pesar.

No debería alentarle, pero le causaba una ternura maternal aquel afecto de cachorrillo que le profesaba el muchacho.

—¿Puedo besarte, Dani?

Joder con el niñato. Fuera ternura maternal.

—Largo de aquí. Y escríbeles poemas a tus compañeras de clase, seguro que les gustan.

—Pero...

—Pero nada. Hazlo, o se lo diré a tu madre.

—Pero ellas no tienen tetas como las tuyas, no me inspiran.

Dani se sonrojó. En qué mundo vivían. Si el único que alababa sus tetas era un crío de quince años, ¿era como para sentirse halagada o como para ponerle una orden de alejamiento? Desde luego, para decirle eso había olvidado el lenguaje florido. Nada de musa de cabellos de medianoche, no.

Un hipido le recordó que Johnny y ella no estaban a solas. El imbécil seguro que se lo estaba pasando bomba. Evitó mirarle mientras acompañaba al chico a la salida.

—Tengo una idea mejor, chaval —dijo de pronto—. Olvida a las chicas. Necesitas todas tus fuerzas para escribir esa novela. Seguro que triunfas. Imagina lo que harás con la fortuna que vas a ganar.

Le mintió sin problemas. Lo había hecho durante años a un montón de autores en ciernes. Ella era la encargada de reclutar a los jóvenes talentos de la editorial, y no le había ido mal. Algunos de ellos habían triunfado después. Aunque algunos luego se habían convertido en imbéciles.

—Vale, Dani, pero no olvides que siempre serás mi musa y la primera entre mis grandes amores.

Se fue tan tranquilo, canturreando a ritmo de rap una canción imposible de identificar. Sus andares eran desgarrados, pero apuntaba maneras de autor maldito y rompecorazones.

—Joder con el niño.

—¿Ya puedo reírme?

Como si necesitara permiso. Alejandro se reía tanto que las lágrimas le caían por las mejillas. Si seguía así, al día siguiente tendría agujetas en las costillas, el muy desgraciado.

Daniela miró el reloj y una sonrisa maquiavélica le iluminó los ojos oscuros.

—Tu media hora de internet acaba de terminar.

La risa se le cortó de golpe, como si a él también se le hubiera ido la energía.

—Pero, pero...

—Pero, pero, nada. Te he dicho media hora, y se ha pasado. Ojalá no

hubieras estado haciendo el bobo y la hubieras aprovechado para algo útil — añadió, sin poder evitar un tono de maestrilla.

Alejandro entrecerró los ojos y la apuntó con un dedo manchado de tinta, de hacer la lista de la compra, supuso.

—Has dicho, si mal no recuerdo, que me darías más tiempo si no había nadie más. ¡Y aquí no hay ni Cristo! Así que dame, ¡dame!

Daniela sintió uno de esos momentos que muchos autores le habían relatado en sus mejores tiempos: la inspiración la había visitado. Fue una sensación agradable y le calentó las venas y las mejillas. Sin embargo, procuró disimular su alegría. Porque, si aquello funcionaba, la librería de ese plaza y de Andrés al mismo tiempo.

—Lleguemos a un acuerdo —dijo, tratando de parecer conciliadora y sin querer sonar como un mafioso al mismo tiempo.

Alejandro dio un paso atrás.

—Me das más miedo cuando quieres ser amable que cuando eres tú.

—Soy una persona muy amable —protestó la bibliotecaria.

—Sí, eso dicen todos los asesinos en serie, me he documentado a fondo.

Daniela apartó la mirada y tosió.

—¿En la Wikipedia?

Alejandro se sublevó.

—Es que da la casualidad de que no hay asesinos en serie por ahí a mano ofreciéndose para que los entreviste uno para una novela. Y aunque los hubiera... Pero que no es ese el tema. Que no me documente con la Wikipedia, coño. Además, ¿qué sabes tú de mi vida? ¿Qué te ha contado Andrés de mí? ¿Qué quieres ofrecerme? Dios, ¿no serás como la protagonista de *Misery*? Necesito mis dos pies, mis dos manos, y todos y cada uno de mis apéndices. No me mates, por favor...

Daniela lo miraba con pasmo creciente. No era solo que cada burrada que decía fuese mayor, sino que con cada una de ellas su ego quedaba en evidencia. ¿De verdad se creía tan famoso y tan bueno? Alejandro Escada tenía una novela buena. Una. Y no era ninguna de las que le habían hecho famoso.

—Te aseguro que no quiero nada de tu cuerpo —respondió, recorriéndole de arriba abajo con una mirada casi lastimera—, pero el Hoyo necesita salir... digamos —se encogió de hombros—, y perdona el chiste chungo, del hoyo. El concurso de novela *rustic noir* está estancado y necesitamos darle

vidilla.

—Pues no cuentes conmigo para eso. Si no le doy a Andrés la novela por la que me ha pagado, ¿de verdad crees que voy a darte a ti algo para sacar a esta aldea de la Edad Media? Anda y que te jodan.

Daniela le dio un bofetón sin que ni siquiera se le alterase el gesto. La mano le picó. Se la rascó con aire distraído y siguió hablando como si él no hubiese dicho nada.

—¿Por dónde iba? Sí, vidilla. En fin, el asunto cultural por aquí está bastante muerto, aunque en las ciudades tampoco es que ande boyante la cosa, por mucho que se piense lo contrario. Y hablando de muertos, ¿qué tal tu carrera?

Alejandro, que todavía se masajeaba la cara, más sorprendido que dolorido, la miraba con rencor. Sin embargo, no se atrevió a replicarle nada, o, al menos, no en el tono que hubiera deseado hacerlo.

—No voy a participar en ese paripé que habéis montado, y menos todavía si mi contrincante es tu novio de diez años. Olvídame.

—Te daré una hora de internet por cada diez páginas escritas que me entregues.

Alejandro se llevó una mano al pecho, ofendido.

—Pero ¿tú quién eres, Vito Corleone? ¿Sabes lo que se tarda en escribir diez páginas? ¿Quieres también que te las entregue corregidas?

Daniela sonrió, y hasta guiñó un ojo, haciendo que Alejandro sintiera algo extraño en un lugar donde no recordaba haber sentido nada desde hacía mucho tiempo.

—Si no es demasiada molestia.

Alejandro gruñó. Aquello tenía que ser hambre, indigestión, un tirón... aunque la sensación era como veinte o treinta centímetros por debajo de las tripas.

—Dos horas por cada cinco páginas.

—Ni hablar. Mi internet, mis reglas. Dos horas por cada diez páginas y es mi última oferta. Y soy demasiado generosa. Además, vendrás aquí a escribir.

Él levantó las manos y las agitó ante los ojos.

—Tome usted mi perro, mi vaca, mi casa... lléveselo todo. No puedo trabajar aquí. Esto es demasiado feo.

Daniela supo que había ganado cuando su único argumento era aquella gilipollez. No se podía negar que era gracioso. Hacía años que no se reía

tanto. Hacia adentro, sin demostrar su regocijo, claro. No fuera a ser que él supiera que todo aquello le resultaba refrescante y revitalizante como nada de lo que había vivido en años.

—Tú sí que eres feo —respondió, aunque no era cierto. Podía ser dejado, pero no feo. De hecho, le encantaría poder ver mejor esos ojos azules—. Y ahora corre o te cerrarán el ultramarinos. Está en la Calle Mayor, casi al final. No dejes que Asun te engañe y te cobre precio turista, dile que me conoces.

Alejandro gruñó, bufó, y suspiró. Y esa fue la única señal de que ella había ganado.

Capítulo 11.

Nunca cantes victoria antes de tiempo

—No las leas hasta que me haya ido, que me da mucha vergüenza.

Debería haber estado preparada. Debería haberlo sabido. Debería haberle vigilado. Debería...

Porque aquella sonrisita traviesa cuando le había dado sus diez páginas ya le delataba, pero ella las había tomado, satisfecha, y le había dicho adiós, como una buena profesional, alguien honrado y decente, algo que él no era.

—Te leeré lo que tu adorada estrella de las letras me ha entregado — Daniela se aclaró la garganta antes de comenzar a leer con creciente indignación, con el manos libres puesto, porque temía lanzar el teléfono o aplastarlo de tanto apretarlo contra la oreja—: «Capítulo 1: La bruja me vigila. Estoy aquí en un antro asqueroso que dicen que es una biblioteca, aunque los libros son del año catapúm, fingiendo que escribo, muy aplicado. Hasta me he traído mis bolis de colores y varias libretas para hacer el paripé con más propiedad. Acabo de rascarme la cabeza para que parezca que pienso. La bruja bibliotecaria asquerosa me mira con atención desde detrás de un mostrador como de guardiana de prisión...». Andrés, esto no tiene ni puta gracia. Este cabrón me ha entregado diez páginas llenas de chorradas. Hasta me ha contado un chiste de Jaimito y me ha puesto la letra entera de En la granja de Pepito. Y, por cierto, en ningún momento ha aceptado participar en el concurso, así que ya puedes ir pensando en otra cosa.

Lo último cortó la risa de Andrés de golpe. No, claro, que se riera de ella sí era gracioso, pero que él se estuviera gastando una pasta en publicidad, en crear una web y miles de folletos para que Alex se limpiara el trasero con todo ello no tenía gracia.

—No pensaba que fuera tan listo.

—No creo que la palabra «listo» sea la que lo defina —masculló ella entre dientes.

—Tú le tienes tirria porque te ha llamado bruja, es todo. Si le conocieras bien, sabrías que es un encanto. Solo un poco...

Daniela suspiró.

—Es que me da igual cómo sea. Quiero que todo esto acabe de una vez y librarme de los dos. Si vine aquí fue para no tener que lidiar con gente como vosotros. ¿Qué encanto tiene vivir en un pueblo si tengo que aguantaros igual?

—¿Son imaginaciones mías o te noto algo estresada?

—Vete a cagar —gruñó antes de colgar.

—Tiene gracia el muchacho, hay que reconocerlo. Y ha sabido ver esa faceta de ti.

Daniela miró a la mujer que estaba sentada frente a ella en la mesa de la cocina, pasando páginas y riendo a carcajadas cada pocos segundos. Llevaban viviendo juntas unos cinco años. La anciana había sufrido un infarto, sola, en su casa de las afueras, y el panadero la había encontrado horas después, tirada en el suelo. No había sido tan grave como hubiera podido ser, pero eso había acabado de convencer a Daniela de que había llegado el momento de abandonarlo todo. No quiso admitir que era la excusa que necesitaba. Se había instalado en la casa de sus padres en el pueblo y se la había llevado a vivir con ella. Le había costado Dios y ayuda que no se largara de vuelta a su casa a la primera de cambio.

Era algo así como su tía abuela paterna, pero la llamaba abuela. Todos la conocían como la Paca.

—¿Qué faceta? —preguntó, aunque no debería haberlo hecho, porque las respuestas de la Paca nunca eran de las que uno quiere escuchar.

—Que a veces eres un poco cabrona e intransigente, hija. ¿De verdad le arreaste una hostia?

Daniela se encogió de hombros mientras daba un nuevo sorbo al gazpacho.

—Suerte tuvo de llevarse solo una. Si le tuviera delante ahora mismo, se iba a enterar.

La anciana emitió una de esas risas suyas, que parecía emerger desde lo más hondo del pecho y hacía que todo su cuerpo temblase.

—Como con mi Manuel. Empezamos a hostias y luego menudos revolcones nos dábamos en el pajar, que temblaban hasta los cimientos.

Daniela escupió el gazpacho, poniéndolo todo perdido.

—No jodas, Paca, que estoy comiendo.

La Paca rebuscó entre las ropas y sacó una foto. En ella, un joven Alejandro Escada miraba con intensidad. Sus ojos azules parecían perforar el papel.

—Mírale, qué guapo. Si hasta yo me lo tiraría si tuviera unos añitos menos.

Daniela bufó después de echarle una ojeada a la foto. Sí, Alejandro estaba guapísimo en aquella imagen. Debía de ser de cuando había ganado el premio por *La nube azul*, cuando tenía veinticinco años.

—Pues esa foto será del Pleistoceno, porque ahora parece un zarrapastroso. Y, por cierto, ¿de dónde has sacado eso?

—Le he pedido a Satur, el de la copistería, que me la busque por internet y me la saque en calidad superior. Para criticar, necesito saber de qué hablo.

Daniela decidió que no tenía sentido seguir hablando. Cuando la Paca había decidido abogar por alguien, la batalla estaba perdida. Era una suerte para Alejandro que la vieja no le conociera en persona, porque perdería una aliada.

Por lo pronto, la simpatía que en algún momento pudiera haber sentido por él había desaparecido con aquella bromita del ¿diario? ¿novela?... lo que fuera que estaba escribiendo. Alejandro no sabía hasta qué punto se estaba jugando su carrera literaria con aquello. Si perdía su contrato, podría volver a publicar, claro, pero ¿qué editorial se atrevería a trabajar con alguien que había fallado así ya una vez? Sobre todo, cuando todos supieran que la productora de televisión les demandaría por la ruptura del acuerdo. Alguien tan irresponsable era veneno para cualquier empresa.

Lo peor era que ni siquiera parecía importarle.

Y si a él no le importaba, ¿por qué tenía que importarle a ella?

Porque era idiota y, pese a todo, sentía que aquello no podía acabar de aquel modo.

Se había pasado, y lo sabía.

Estaba rabioso, se sentía coaccionado, y había actuado como un crío.

Y vale, se había divertido mientras lo hacía. Mucho. Casi de un modo pecaminoso. Había olvidado lo que se sentía mientras se estaba concentrado en crear algo durante tanto tiempo, aunque fuera un texto burlón y dañino como aquel.

Al llegar a casa, se sentía tan mal que estuvo a punto de volver para disculparse. Lo malo era que justo entonces empezaba a llover.

Y entonces se acordó de lo que Daniela había dicho acerca de la lluvia el primer día. Cuando llovía en aquel puto sitio, llovía de verdad, no podía negarlo. El agua caía como a plomo, saturando de agua el aire de tal manera que parecía que se respiraba. Y no se veía nada. Se fue la luz. Una marea bajaba por delante de su casa como si hubiera una cascada natural. Fue una suerte que se hubiera acordado de aparcar detrás.

Encendió velas y se preparó un bocadillo de queso.

Y pensó. Poco más podía hacer.

Se sentía mal. Bastante mal. Para ser sincero consigo mismo, se sentía jodidamente mal. Y no podía llamarla para disculparse por varios motivos. El primero era que no había línea, ni cobertura. El segundo, que no tenía su número de teléfono. Y el tercero, que no sería capaz de decirle que lo sentía, porque era un cabrón.

Así que se sentó en la mesa de la cocina, con aquella inspiradora luz de velas tan decimonónica y miró por la ventana. El agua caería durante horas, días o años.

Abrió el portátil y creó un nuevo documento de texto.

Por primera vez en meses escribió. Escribió de verdad. Y lo que escribía era para Daniela.

No llovió durante horas, ni días, ni años, sino que el aguacero duró unos minutos intensos que lo embarró todo, pero limpió el aire y lo dejó como nuevo.

Cuando, horas más tarde, Alejandro levantó la vista de la pantalla del ordenador y vio que todavía era de día, pensó que no era posible. ¿O acaso había pasado un día entero?

No habría visto siquiera la sombra que la cruzaba si no hubiera estado mirando hacia la ventana en ese momento.

¿Quién podía ser? ¿Daniela? Lo dudaba, después de lo que había escrito sobre ella. A no ser que hubiera ido con un hacha para cortarle las pelotas por llamarla bruja asquerosa y desabrida que seguro que no follaba hacía un siglo.

La sombra volvió a cruzar por su ventana, acojonándole en serio. Por allí no había pasado nadie en semanas.

La parte cuerda y profesional de su cerebro comprobó que el archivo en el que trabajaba se había guardado de forma correcta y se levantó, aunque al

principio no supo si para escapar o para salir a investigar. Al fin y al cabo, era un tipo de ciudad en el campo: la lógica le decía que lo seguro era huir. Sin embargo, había creado a los más intrépidos detectives de la historia de la literatura, el cine y la TV: debería salir a ver quién era. Aquello podría servirle de documentación.

Antes de que pudiera decidirse, el rostro de una anciana, enmarcado por el pelo blanco, arrugado y con el ceño fruncido, se pegó al cristal, sobresaltándole.

—Abre, que hace frío, leches —pudo escuchar que decía con claridad, a pesar de que la ventana estaba cerrada.

—¿Eres un fantasma?

No supo que lo había dicho en voz alta hasta que la vio reírse. Estaba claro que la insonorización de aquella casa dejaba mucho que desear. El rostro arrugado se deshizo por completo. Los ojos desaparecieron entre las mejillas y la frente, y la boca pareció ensancharse hasta las orejas. Ahora no parecía un fantasma, sino un trasco o un duende.

—Síiii... —dijo la vieja entre risas—. ¡Soy el fantasma de las navidades pasadaaaasss! Abre, cretino, soy la Paca.

Alejandro se sonrojó y corrió a abrir la puerta, aunque le costó atinar al principio.

—¿No estaba usted muerta?

—Y tú pareces más guapo en foto, aunque eres más alto de lo que pensaba, así que una cosa compensa la otra —añadió, clavando la mirada sin disimulo en su entrepierna.

Desde luego, su escrutinio le ponía nervioso. Y no le miraba de modo halagüeño. Ahora deseaba haberse peinado, afeitado, haberse hecho la raya al lado como un buen chico, y hasta haberse cambiado la ropa interior.

—Siento haberla considerado muerta. Pensé que...

La Paca dio una palmada y le hizo callar. Era una mujer menuda y nervuda de edad que podía estar entre los ochenta y los ciento cincuenta. Le llegaba por la mitad del pecho y le dio un miedo atroz. Si hubiera estado muerta de verdad y se hubiera aparecido ante él de pronto no hubiera sentido tanto pavor como en ese momento. Porque le estaba sonriendo.

Esa sonrisa daba pánico. Dejaba asomar una dentadura postiza de dientes perfectos, alineados y blancos, capaces de arrancar corazones de un solo mordisco.

—De modo que tú eres el que saca de quicio a mi chica. No diré yo que llamar bruja asquerosa sea un método ortodoxo de ligar, pero a veces funciona. En mis tiempos, mi Manuel y yo éramos como el perro y el gato y nos tirábamos hasta bostas a la cabeza, con lo mal que sale eso del pelo, pero luego, ay, hijo... ¡qué reconciliaciones!

Alejandro miró horrorizado a la anciana. No podía, no quería, entender lo que ella decía. No podía estar diciéndole que su Manuel y ella follaban envueltos en mierda. Y que Daniela y él... en fin, que NO.

—Mire, señora Paca, si ha venido aquí a decirme que a su hija, sobrina, nieta, lo que sea, le gusto, debo decirle que no siento lo mismo por ella.

La vieja no le escuchaba. Había empezado a dar vueltas por la cocina, y hasta pasaba el dedo por las superficies, constatando que no había pasado el polvo desde que había llegado. No pareció importarle.

—No, si a ella no le gustas, pero parece que ella a ti sí. Mira qué cosas más bonitas le escribes cuando te pones —añadió, señalando la pantalla del ordenador—. Si yo tuviera unos cuantos años menos, guapito de cara, estaría celosa.

Alejandro suspiró. Aquella vieja estaba mal de la cabeza.

—Vale —respondió, pensando que lo mejor era darle la razón en todo. Lo más probable era que sufriera una demencia y que hubiera ido allí pensando que todavía vivía en esa casa—. Mensaje recibido.

La Paca asintió, satisfecha.

—Ven, dame un beso.

De algún modo, consiguió que él estuviera a su altura. Si esperaba un cándido beso de yaya en la mejilla, estaba equivocado. La Paca le metió la lengua hasta la garganta y estuvo a punto de chuparle la vida. Alejandro solo pudo manotear sin saber si sería de mala educación apartarla. Al fin y al cabo, era algo así como su anfitriona.

Cuando al fin le soltó, Alejandro boqueó para recuperar el aliento, mientras ella se relamía satisfecha.

—Un placer, joven.

Se fue como había llegado, dejándole sin saber muy bien qué pensar.

Cuando se sentó ante el ordenador otra vez, releyó lo que había escrito.

No, aquello no hablaba de mujeres, ni guapas ni feas, y menos todavía de Daniela. Era la escena espeluznante de un asesinato para la nueva novela de Ortega y Gasset. Y en esa escena también llovía, como hacía poco fuera de la

casa.

De pronto comprendió a la Paca y no supo si preocuparse o sonreír. A lo tonto, esa mujer había logrado que escribiese lo que ni Andrés ni él mismo a base de obligarse habían conseguido a lo largo de meses y meses. La maldición de la página en blanco había desaparecido, aunque hubiera sido para disculparse.

Capítulo 12.

La no disculpa

—Diez páginas escritas y corregidas. Me debes dos horas de internet.

Daniela no levantó la mirada del libro que estaba leyendo. Si algo de bueno tenía aquel trabajo, era la enorme cantidad de tiempo que tenía para leer. Eso, cuando Andrés le dejaba leer lo que le apetecía, y no le mandaba los manuscritos que él no quería ni tocar con un palo, cada vez más abundantes y de peor calidad.

Pasó una página y sintió la silla crujir bajo su trasero al cambiar de postura. Sí, sin duda aquella no era una mala vida. Si tan solo la dejaran tranquila, sería la mujer más feliz del mundo.

—De acuerdo, si no me vas a mirar, te lo leeré yo—siguió Alejandro. Estaba claro que ese tipo no sabía comprender una negativa—. Todavía necesita un pulido o dos, pero creo que promete—. Carraspeó e inspiró como si se fuera a poner a recitar a Shakespeare. Dani se negó a mirarle. En ese momento le odiaba. O casi—. Voy a empezar. «Llovía» Esto es el inicio ya. Bueno, sigo. «Llovía, pero a Sandra le daba igual, porque su cuerpo estaba más frío que el agua que caía sobre ella». No sé si es el nombre definitivo. ¿A ti qué te parece, demasiado choni? —Dani sintió que los dedos se le crispaban alrededor del libro. Si no quisiera que él supiera que le escuchaba, se lo tiraría a la cabeza—. En fin, qué más da el nombre por ahora. Aunque es un nombre apropiado para chica joven y moderna. Voy a seguir. ¿Te importa que me sienta?

Alejandro arrastró una silla con todo el ruido posible y se sentó frente a ella. Hizo crujir los papeles y tarareó un poco.

—Dame eso y siéntate allí, lejos y en silencio —explotó Daniela.

Daniela le había tendido la mano y le pedía el primer capítulo de la nueva novela de Ortega y Gasset. O más bien exigía como un teniente coronel al último soldado del regimiento. Su mirada era inapelable, y su coleta estaba tan tirante como siempre. Pero lo que más dolía era que no había ni un asomo de sonrisa en sus labios. Y vale que no sonreía casi nunca, pero seguro que lo hacía un par de veces al año y Alejandro juraría que había visto al menos una de esas sonrisas, no dirigida a él, pero la había visto. Y él la había cabreado por gilipollas.

Le dio los papeles y obedeció. O lo intentó. Pero ser juzgado, o que su trabajo lo fuera, siempre había sido superior a sus fuerzas. Le importaba un carajo que le llamaran imbécil y que pensarán que era un desastre, pero que alguien se metiera con su obra le ponía enfermo, y eso ya pasaba cuando era niño. Solo por eso nunca había vuelto a escribir nada ni remotamente parecido a su primera novela, *La nube azul*. Era demasiado él, demasiado íntimo. Era mejor escribir sobre polis listillos y afectados, asesinatos chungos y un mundo corrupto. Lo podía hacer mejor o peor, pero nadie se molestaba en buscar lo autobiográfico.

La vio pasar hoja tras hoja. En un momento dado había cogido un bolígrafo rojo de la mesa y se había puesto a tachar y a anotar cosas en los márgenes. ¿Quién se creía que era? Andrés nunca se había atrevido a tocar ni a sugerir nada. Siempre le decía que todo estaba perfecto.

—Joder... —murmuró para sí, sin saber si estaba más enfadado por el hecho de que le afectase tanto o cabreado porque ella se creyera con derecho a juzgarle. Una bibliotecaria de pueblo, nada menos.

—Tenías razón en lo de que necesita retoques. Repites palabras, expresiones, y te gustas mucho a ti mismo, demasiado. Recuerda que son los personajes los que deben hablar, no tú. Por lo demás, como inicio no está mal, pero habrá que ver cómo se desarrolla el resto. ¿Lo tienes pensado o eres de esos que va improvisando sobre la marcha?

Seguía sin sonreír. Había unido los dedos ante la barbilla y hablaba en un tono tan serio y profesional que Alejandro se sintió como el día que fue a visitar a un agente literario. No había vuelto y había sido justo porque le había hecho sentir idiota, como si ese tipo supiera más de escribir, crear y sobre su estilo que él mismo. Y ella le estaba haciendo sentir exactamente lo mismo.

—¿Te gusta?

Era lo último que había querido preguntar. Era lo que nunca le preguntaba a nadie.

Entre su lista de preguntas prohibidas estaban esa y si su interlocutor había leído algo suyo. Si el otro quería hablar de sus historias, debía ser él quien debía hacerlo, pero Alejandro jamás sacaba el tema. No, ni aunque se muriese de ansiedad por saber su opinión. Ni aunque a veces la sensación de saber se asemejase a la de tener la vejiga a punto de reventar. Pero se le había escapado, como cuando era un crío y le había preguntado a su profesor de Literatura del instituto si era bueno y creía que algún día podría dedicarse a escribir. Y don Facundo le había dicho que era libre de hacerlo si quería morir de hambre, pero que Anselmito, en cambio, con aquella imaginación que tenía, sí triunfaría en la vida.

Se le escapó un ruido extraño, como un gemido. Quería escapar de allí, pero la mirada de Daniela no se lo permitía. La verdad era que quería escuchar su respuesta, si es que ella se dignaba responder al fin.

Inmóvil, Daniela le miraba como si él fuera su próxima cena. Desde luego, acojonaba. Cualquiera no le devolvía un libro prestado en plazo.

—He leído cosas mejores —respondió al fin, con una frialdad que le heló los huesos—, incluso tuyas.

Alejandro se levantó y se acercó al mostrador. Ella había dejado los papeles con cuidado a un lado, como si ya los hubiera olvidado, pero no apartaba la vista de él. Ahora sí sonreía, pero esa sonrisa no tenía ni un ápice de calidez.

—¿Cuál has leído, *Muerte objetiva* o *Muerte radical*?

Aquella pregunta borró incluso aquel amago de sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que no hablo del texto de la bruja asquerosa que trabaja en la biblioteca? —escupió Daniela con rabia—. Sin duda, eso está entre lo mejor de tu obra. Lo tiene todo: un protagonista que sufre una horrible injusticia, una antagonista horrible que no folla, algo que te has molestado en destacar varias veces, y un entorno claramente hostil. Triunfarás con ella, te animo a continuar. Solo te falta una rubia tetuda que ponga la parte picante. Ya sabemos que la erótica está de moda.

Alejandro apoyó las manos en la mesa y acercó su rostro al de ella. Si pensaba que Daniela recularía, estaba equivocado. Esa mujer no le temía, más bien al contrario. Si lo pensaba bien, era ella la que daba miedo. Y olía bien, además. Y desde ese ángulo podía ver su canalillo, que era de lo más

interesante.

—Por un momento casi me engañas. Pensaba que sabías algo de literatura, pero no tienes ni idea.

Recuperó su manuscrito y cruzó los brazos. Debería irse, pero no podía. Lo peor era que no sabía por qué. ¿Quería que ella le convenciera de seguir, que le diera pautas, que le mandara a cagar? ¿Qué diablos le pasaba con esa mujer, que le atraía y asustaba al mismo tiempo?

—De acuerdo, no tengo ni idea de literatura. Algo curioso teniendo en cuenta que soy bibliotecaria y tengo alguna licenciatura que paso de nombrarte. Ahora, lárgate, que tengo trabajo.

Alejandro bufó.

—Me debes dos horas de internet por estas páginas, recuérdalo.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—De acuerdo, un trato es un trato.

Lo dijo como si no lo mereciera, como si su trabajo no mereciera una mierda. Maldita fuera.

Podría haberse largado, pero se fue directo hacia el ordenador andrajoso y se sentó. Tendría que traerse un cojín si quería seguir trabajando ahí, porque aquella silla le destrozaba el culo.

Debería haber leído el correo para ver si tenía noticias de amigos, familia, sus páginas favoritas. Debería haber aprovechado aquellas dos horas para documentarse en algo que de verdad le apeteciera, ver fotos de gatitos, o páginas de enfermedades raras, pero abrió un documento de Word y se puso a escribir.

Maldita fuera. Maldita mil veces.

Daniela ahogó una sonrisa de victoria. Los viejos trucos siempre funcionaban, aunque le dolía ver que Alejandro era igual que casi todos los autores a los que había conocido: su ego era tan frágil como una pompa de jabón. Costaba poco empujarles en la dirección que uno quería, pero también era sencillo romperlos. Y la piel de Alejandro estaba a punto de desgarrarse.

El texto que había escrito no era malo. Tampoco era lo mejor que había escrito, en eso no le había mentado. Sí, si seguía en ese tono, sus lectores no se sentirían defraudados, pero demandarían más de lo mismo y él no podría escapar de la espiral que le ahogaba.

¿Cuántos autores habían logrado salir con éxito de series o sagas que les habían dado la fama y empezado algo nuevo? Podía nombrar a muy pocos. La mayoría cedían a las exigencias del público y editores y seguían repitiendo lo que les pedían, entrega tras entrega, hasta ahogarse ellos mismos, perdiendo fuerza con cada episodio. Y el ingrato público lo notaba. Sin embargo, pedían y pedían. Siempre querían más de sus ídolos.

Sabía bien que Alejandro había firmado un contrato por un libro más. Si era inteligente, ese sería el último que entregaría. Aunque conocía a Andrés y sabía que intentaría atarle de modo indefinido. O hasta que la saga se agotase por sí misma.

Trató de volver a su libro. No debería importarle lo que Andrés hacía con sus autores, y menos con un tipo que la había insultado. Su primo le había prometido liberarla si él entregaba ese libro. Con suerte, en menos de dos meses acabaría esa especie de triángulo del mal.

Alejandro masculló mientras tecleaba de modo espasmódico.

Se lo había imaginado justo así cuando había leído por primera vez *La nube azul*. Un tipo joven, cabreado y con muchas ganas de ajustar cuentas con su pasado.

Cuando Andrés le había pasado el manuscrito, uno de tantos que él consideraba un «rollo femenino y sensible», ya sabía que no era el tipo de obras que La joya de papel solía publicar. A Andrés le gustaba pensar que su editorial era, a pesar de su nombre, del tipo enfocado a la lectura mayoritaria. Novela negra, *thrillers*, *best sellers* históricos y novelas románticas, todo tipo de libros de probado carácter comercial tenían cabida entre sus paredes. Pero *La nube azul* no era así. Ni de coña. Ni siquiera el premio que había ganado garantizaba su éxito de ventas, y eso Andrés podía olerlo a kilómetros.

Había llegado allí tras ser rechazada en varias editoriales, sin ningún tipo de esperanza. Andrés se la había pasado con la clara intención de que la rechazara también, pero Daniela no pudo hacerlo. Y eso que lo que contaba, a priori, no era prometedor.

Era la historia de un tipo, casi un crío, empeñado en demostrar a todo el mundo que podía ser artista. El protagonista no era escritor, sino pintor, pero el paralelismo entre él y su autor era claro. Adrián quería pintar una nube azul, de un azul perfecto. Todo el mundo le decía que las nubes no eran azules, claro, pero para él lo eran, y estaba empeñado en encontrar ese azul que él soñaba cada noche. Paralelamente a la búsqueda del color, Adrián vivía una

historia de rivalidad insana con otro joven pintor, Josué, el favorito de todos. A pesar de la aparente simplicidad de la novela, la rabia con la que Alejandro narraba la tenacidad de Adrián para conseguir pintar su puñetera nube azul la había atrapado.

—¿En serio, *La nube azul*? ¿Pero tú has visto al niño? Si parece salido de una peli de frikis.

Andrés descartaba la obra por el aspecto del autor. Tan sencillo. Pero Daniela había decidido luchar por él.

—Me da igual su aspecto. Su libro es bueno y él promete, te lo aseguro. Nos traerá alegrías.

Su primo se había reído en su cara, pero había cedido, por una vez. Se le había caído una novela de la programación y quería cubrir el hueco. El niño lo saldría barato. Al fin y al cabo, no era nadie. Harían una tirada pequeña, casi anecdótica. No perderían dinero. Si no funcionaba, no pasaba nada. Aunque sería culpa de Daniela, pudo leer en sus ojos de serpiente.

Nunca le dio las gracias por su buen ojo. Nunca lo hacía.

Daniela nunca había llegado a conocer a Alejandro en persona. Dudaba que Andrés le hubiera dicho que no había sido él el que le había escogido. Quedaría feo que su editor le dijera que pensaba que su primera obra era bazofia para mujeres sentimentaloides.

Poco después de que él se convirtiera en el autor novel más vendido del año, ella había decidido que su papel secundario en la editorial tenía que acabar. Todavía pasarían cinco años más hasta que se mudara al Hoyo, porque, como siempre pasa, necesitamos un empujón muy grande para obligarnos a actuar, y el infarto de la abuela lo había sido, sin duda. Cuando se enteró de su cambio de estilo pensó que era una pena, pero tampoco le extrañó. Escribir siempre con ese sentimiento tenía que doler. Y mucho. Aunque a la vez era triste, porque toda esa rabia tenía que estar en algún lugar, escondida y agazapada, lista para saltar.

Capítulo 13.

La tregua

—Que sepas que solo lo hago por el internet, que no voy a presentarme a ese puto concurso.

Alejandro presentaba cada día sus páginas antes de marcharse, cabreado y excitado, despeinado y barbudo. Cualquiera diría que volvía de la guerra.

Estaba sufriendo, y ella no podía hacer nada por evitarlo.

No quería.

No podía.

No sabía lo que quería.

Ni siquiera sabía si le caía bien, para empezar.

En su interior luchaban las ansias de verse libre de Andrés con el recuerdo de sus sensaciones al leer aquel primer manuscrito, lo que había suscitado en ella, su impresión de lo que debía de haber sufrido el autor. Ese autor que ahora tenía frente a ella cada día, sufriendo también, como podía comprobar. Aunque no por el mismo motivo.

La odiaba, estaba segura de ello. Le oía desde su mostrador maldiciéndola. Lo que había escrito el primer día era una gracieta al lado de lo que escribiría ahora sobre ella.

Abrió la boca para despedirse, pero él ya le había dado la espalda.

—¿Por qué no vienes a cenar luego a mi casa? La Paca me ha dicho que le caíste bien el otro día.

Vio cómo su espalda se erguía. Estaba claro que iba a negarse, y eso le molestó. No debería haberle invitado. A esas alturas debería estar hasta el gorro de aguantarle todos los días, de sentir esa tensión en el ambiente de la biblioteca. ¡Si hasta sus tres lectores fieles la habían abandonado al ver la violencia que se respiraba allí! Ni siquiera Jonathan había ido esa semana.

—Tu abuela me metió la lengua hasta la campanilla y te aseguro que, si le hubiera dado pie, me habría metido la mano al paquete —respondió él en tono neutro—. Me gustaría cenar con ella, igual me voy de aquí con novia.

No se había dado la vuelta para mirarla, sino que se largó sin más. No preguntó dónde vivía ni la hora a la que debía presentarse. Daba igual. El caso es que sonó algo así como a una tregua.

No podía decirle lo bien que sentaba recobrar la rutina, volver a escribir, aunque fuera en esa puñetera silla, ese ordenador prehistórico y una impresora que tardaba media vida en escupir cada página, porque seguro que se lo echaba en cara con expresión de sabihonda. O tal vez no. Quizás no fuera ese su estilo. Tal vez fuera de esas que sonreían beatíficamente, con las manos entrelazadas ante el pecho, con aire satisfecho, como quien sabe que ha cumplido su labor.

El caso era que la muy cabrona lo había conseguido. Y encima le invitaba a cenar, aunque pusiera a la vieja de excusa.

Sí, podía decir lo que quisiera, y arrugar el morro cuando leía su novela, sacar el boli rojo a pasear y chasquear mucho la lengua, pero estaba convencido de que le gustaba.

Y a él le ponía muy cachondo cuando hacía todo eso. No podía evitarlo.

De las dos horas que supuestamente pasaba escribiendo, al menos la cuarta parte del tiempo se la pasaba imaginando que ella se levantaba y le rogaba que le hiciera el amor allí mismo, encima del teclado. Cada vez que la maldecía, no era porque le cabrease, que también, sino porque sentirla tan cerca a cada rato le desconcentraba. Sin embargo, sabía que le afectaría igual aunque no estuviera delante.

Y ahora le invitaba a cenar.

Eso era un avance y un triunfo.

Ojalá tuviera algo bonito que ponerse.

—Alex me ha llamado para pedirme tu dirección.

No era una pregunta. No sabía lo que era. Andrés no parecía contento, estaba claro.

A Daniela le daba igual lo que Andrés pensara de ella. Podía invitar a su

casa a cenar a quien quisiera. No tenía por qué hablar como su madre. De hecho, su madre estaría encantada de que invitara a cenar a cualquiera de sexo masculino. Se pondría a planear la boda desde el minuto uno y a comprar ropa de bebés. Por eso no le había dicho nada. Esperaba que Andrés tampoco lo hiciera, o se enfadaría de veras con él, más que cuando se llevaba todo el mérito de su trabajo.

—¿Y qué? ¿Tú no cenas? Si estuvieras más cerca, podrías pasarte. Es más, ¿cuánto hace que no visitas a tu abuela? Ya no se acuerda de tu bonita cara, la pobre.

—Bonita, dice. Bonito Alejandro, que además besa de miedo, ya verás —terció la Paca junto a ella, participando en la conversación como si fuera lo más normal del mundo.

Daniela tapó el auricular y la hizo callar con un siseo.

—Estoy hablando.

—Pues no hables de mí como si fuera una vieja chocha, y menos conmigo delante. Y déjame tu pintalabios ese rojo, que quiero ponerme mona.

Dani bufó y se levantó para irse a hablar a su dormitorio. Estaba claro que era imposible tener intimidad en aquella casa. Aun y todo, podía escuchar a su tía abuela rondando por allí, cantando las alabanzas de Alejandro. Parecía una quinceañera enamorada.

—Dime que mi abuela no se ha enrollado con Alex, por favor. Casi prefiero que se líe contigo, que sé que mirarás por el bien de la empresa.

Había un aire tan burlón y dubitativo en su voz que Daniela se hubiera cagado en sus muertos de no ser los propios. Claro, era tan fea y seca que Alex no podía fijarse en ella.

—Lo que tú digas. La empresa es lo más importante para mí, ya lo sabes —dijo, mirándose al espejo. Su reflejo hizo un gesto de asco que por suerte Andrés no pudo ver—. ¿Por eso has llamado?

—Dime qué tal va esa novela. Y si alguien más se ha apuntado al dichoso concurso. Desde luego, el día en que se me ocurrió esa idea el caviar debió de sentarme de culo, porque menuda ridiculez. Qué pérdida de dinero y qué todo.

Cada día los mismos lamentos. Que si pobre de mí, pobre editor, pobre Andrés. Daniela dejó el teléfono sobre el tocador y se cambió de ropa. Daba igual, cuando volviera a cogerlo, él seguiría ahí, llorando.

Era una cena con un tío al que ni conocía, así que no iba a ponerse de tiros largos. Unos vaqueros y una camiseta bastarían. Y se soltaría el pelo. Nada

especial. Un poco de brillo de labios y listo.

—Un concursante, prima. Y es un niño. Esto es mi mayor fracaso desde... jamás. Dime al menos que lo que está escribiendo Alex es bueno —seguía diciendo Andrés cuando volvió a coger el teléfono. Nada nuevo en la viña del Señor.

El tono ascendente de su frase, acabada en una desagradable voz de pito, hizo que casi le chirriaran los dientes.

Daniela suspiró.

—Ya sabes lo que pienso de esas novelas de detectives que hace.

Andrés gruñó.

—Que síiiii, que todos sabemos que tú eres la literata y la lista de la familia y que prefieres los eruditos textos intimistas y la poesía, pero dime que está en la línea de los anteriores y me basta, te lo juro.

Daniela decidió hacerle sufrir, y no solo porque en todo lo que había dicho, aparentemente halagos, había un insulto implícito. La verdad era que lo que Alejandro Escada escribía estaba por encima de la media de su género. Y le daba rabia porque, si tan solo se soltase, podría...

—¡Holaaaaa! Primaaaaaaa, sigo esperandooooo...

La mandíbula le dolió de tanto apretarla. Ese maldito cretino. Ojalá pudiera mentirle.

—Está en la línea de los anteriores —respondió al fin.

Andrés ni siquiera se despidió. Colgó y supuso que se había ido a celebrarlo con más caviar. Luego se quejaba de que las arcas estaban vacías, el cabrón.

—¡Ha llegado el plato especial! Y está para comérselo.

Daniela sonrió. Había que ver cómo le gustaba a la Paca exagerar su papel de vieja chiflada en honor a los desconocidos. Salió de la habitación sin echar una mirada a su reflejo en el espejo. Eso habría significado que le importaba estar guapa para Alejandro, y eso no era cierto. Para nada.

—Rapunzel, Rapunzel, tírame tus trenzas.

Se le escapó sin querer al verla con el pelo suelto. Y es que esa melena casi negra como un manto de seda merecía la pena soltarse más a menudo. ¡Que la viera el mundo! Por Dios, quería meter sus manos dentro, los pies, su... todo.

—Lo que te voy a tirar es una cazuela si sigues mirándome así, pervertido

asqueroso. Entra o vete, tú mismo.

Daniela lo dejó en la puerta y enfiló el pasillo de vuelta a lo que parecía la cocina. La casa no era grande y no tenía pérdida, como le había dicho Andrés. La azul cantoso al lado de la iglesia. Era la única de color azul de todo el pueblo, su abuela se había empeñado en que fuera así, y eso que no era suya.

Azul. No podía ser de otro modo.

Era una señal del destino.

Con una sonrisa bobalicona, Alejandro cerró la puerta y siguió a la dueña de aquella fabulosa melena. De la cocina emanaba un aroma a comida casera que hizo rugir su estómago. Y también de la cocina emanó la Paca como una amenaza, mirándole de modo aprobatorio.

—Mírale, él también se ha peinado. Casi parecéis novios, que os preparáis para veros fuera del trabajo. Ven, guapo, ven que te dé un tiento.

No pudo esquivarla. La vieja, para ser tan menuda, tenía una fuerza de titán. Le agarró como un pulpo y volvió a meterle la lengua hasta la campanilla. Y esta vez también le tocó el culo. No una mera palmada simpática, sino un buen apretón. Si se descuidaba, esa mujer le haría un hijo.

—Deja algo para el postre, Paca, que ya está la cena.

Encima a Daniela le parecía gracioso. Ofendido, la señaló con un dedo, porque no tenía fuerzas para hablar siquiera. La Paca le había dejado sin aliento.

—Tú calla, envidiosa. Si no fueras boba, harías lo mismo. Pero los jóvenes de hoy en día tenéis demasiados remilgos. Por eso estáis los dos solteros y sin compromiso a vuestra edad. Podríais aprovechar para echar un polvo o algo, a quién le va a importar.

Daniela ni siquiera los miraba. Se limitaba a poner los platos en la mesa como si oyera llover.

—Ya veremos —respondió Alejandro, por decir algo. Daniela sí lo miró entonces, como si fuera a lanzarle uno de los cuchillos que llevaba en la mano. Él se encogió de hombros—. Es de mala educación no responder a los consejos de la gente mayor.

—No le hagas caso a la abuela, es una vieja chocha y no sabe lo que dice.

La Paca bufó, espurreando migas de pan por toda la mesa.

—No habléis de mí como si no estuviera presente. Y no estoy chocha todavía. Sois vosotros los que estáis dejando pasar lo mejor de la vida. Yo ya aproveché lo mío en mis tiempos, y todavía lo hago si me dejan —añadió,

guiñándole un ojo a Alex con descaro.

Daniela plantó una fuente rebosante de un aromático guiso de ternera y patatas en el centro de la mesa, con tanta fuerza que un par de patatas, amarillas por el azafrán, salieron volando por el mantel.

—Se acabó la charla sobre sexo durante la cena, que se llena todo de pelos.

Ni se habló de sexo ni de nada, pero Alejandro no pudo decir que el silencio resultara desagradable. De hecho, no recordaba una cena así desde su infancia. Se pasaban los utensilios, la sal o el pan sin necesidad de hablar. La comida era sencilla pero deliciosa. Al guiso siguieron unas ricas natillas, con una galleta flotando, espolvoreadas con canela, iguales que aquellas que tanto le gustaban de niño. Ni siquiera recordaba cuánto hacía que no las comía. De pronto echó de menos a su madre, aunque sus natillas eran de sobre.

—Va a llover —dijo la Paca de pronto, asomándose por la ventana.

—Pero si el día ha estado despejado.

Alejandro se arrepintió de haber hablado. Las dos mujeres le miraban como si fuera idiota. Se metió la cuchara con su segunda ración de natillas en la boca y calló. Si decían que iba a llover, era que iba a llover. Y cuando en el Hoyo llovía, llovía de verdad.

—No puede volver arriba si llueve, se matará por ahí, la criatura.

Alejandro experimentó en carnes propias lo que se sentía cuando alguien hablaba como si uno no estuviera presente. La criatura era él, estaba claro, y la Paca le consideraba muy capaz de despeñarse por aquella carretera infernal de camino a casa. En el fondo la vieja era un encanto, aunque tuviera las manos y la lengua demasiado largas.

—No le pasará nada.

Daniela no le quería en el mundo de los vivos. Ya hablaba como si hubiera muerto. Era tan cruel y tan sexy... ¿Cómo no se lo había parecido cuando la había conocido? De pronto sintió una revelación que hizo que la cucharada de natillas estuviera a punto de caérsele a medio camino de la boca. Joder, estaba viviendo en persona uno de esos telefilmes cutres. ¡Aquello era la leche! Lo suyo tenía todos los ingredientes de una de aquellas películas malas, solo que ellos no eran actores y el Hoyo era un antro en lugar de un sitio paradisíaco. ¡Él era la abogada de ciudad que pisaba caca de vaca con los tacones y Daniela era el veterinario de los millones de camisas de cuadros! Si hasta había una anciana encantadora llena de chispa para alegrar el asunto.

Se removió en la silla, excitado. Las dos mujeres le miraban como si le

hubiera picado una avispa, pero le dio igual. ¿Cómo iba a decirles que estaba encantado de la vida? Al final se estaba saliendo con la suya, a pesar de todo, aunque con más mierda y menos glamour.

Con un poco de suerte, follaría y todo.

—Se quedará aquí, y no hay más que hablar.

—Te recuerdo que esta es mi casa. No hay sitio para él.

Cada vez estaban más serias. Con el descubrimiento alucinante de que era el protagonista de una historia increíble, se había perdido algo. Alejandro decidió que, en adelante, debería estar más atento a los acontecimientos, sobre todo cuando Daniela, su coprotagonista, estuviera delante.

—Podéis compartir dormitorio. Tu cama es grande —dijo la Paca, con un guiño.

—Ni hablar.

—Le haré firmar un contrato donde diga que no te tocará un pelo, y menos aún una teta. Y él será un buen chico y lo cumplirá y todo.

Daniela suspiró. No era solo que la Paca la estuviera sacando de quicio, sino que a Alejandro parecía que le hubiera dado un derrame cerebral. La miraba como embobado mientras comía natillas sin parar y empezaba a darle miedo. ¿Era por el pelo? Ese pelo siempre le había causado problemas, aunque nunca se decidía a dar el paso para cortarlo.

Alejandro no podía quedarse a dormir. Y menos en su dormitorio. Allí había demasiadas cosas que no debería ver.

Manuscritos a medio leer, notas sobre trabajos adelantados y nóminas de la editorial.

¿Qué pasaría si veía todo aquello?

Y de pronto fue demasiado tarde. Vio a la Paca levantarse y coger la primera libreta de su montón y un bolígrafo rotulado con el nombre de la editorial. La mayoría de la gente no se habría dado cuenta de algo así, pero él era escritor. Lo más probable era que coleccionara bolígrafos, lápices y todo tipo de material de escritorio solo por vicio. En cuanto viera el bolígrafo, lo analizaría y le haría un control de calidad digno de un especialista.

Notó el momento en que las natillas se le cortaban en el estómago e incluso ella se sintió un poco mal. Bueno, más que un poco.

Capítulo 14.

Deshonor y ruina sobre esta casa

Como en una película mala, pudo verle recorrer las librerías, asintiendo cada vez que veía libros conocidos, hasta un premio a la mejor edición de libro amateur que Andrés iba a tirar porque le parecía feo de cojones y que ahora sujetaba sus clásicos más queridos. Al fin y al cabo, ese premio también era suyo.

Un trueno hizo temblar la casa para enfatizar el efecto dramático de la situación.

—¿Quién eres? ¿Te ha colocado Andrés aquí para hacerme trabajar? ¿Y quién es esta señora, alguien contratado como coartada para que tu papel sea más convincente?

Daniela sabía que la situación era muy seria, pero Alejandro no le ponía las cosas fáciles. Su tono engolado y su postura rígida le parecieron tan sobreactuadas que se le escapó la risa. Quizás era una risa histérica, porque lo último que sentía era alegría, pero no podía evitarlo.

Por desgracia, él se lo tomó fatal. Suspiró, decepcionado y triste, y se dirigió hacia la puerta.

—Tú me gustabas. Y hasta pensé que teníamos algo especial —dijo Alejandro, soltando una frase que podría haber robado de cualquier novela barata.

El chaparrón comenzó a caer nada más abrir la puerta. Lo vio detenerse, como si no pudiera decidirse a salir. Era un chico de ciudad. No estaba acostumbrado a la furia de ese tipo de tormentas, pero es que además tenía razón al temerlas. Le vio dar un paso hacia la calle y corrió tras él.

—¡Alejandro!

El agua caía como una manta y la cegó al instante. Chocó contra su espalda

y estuvo a punto de caer.

—Podrías haberme parado antes de que me mojara.

Ese tipo era idiota y no se merecía todo lo que estaba pasando por su culpa. Pero tampoco él merecía lo que le estaban haciendo.

Entre la oscuridad y la lluvia no se veía nada. Y tampoco podía oírle apenas. Teniendo la casa a dos pasos, era ridículo hablar ahí.

—Soy una cabrona, pero no tanto como crees. Escúchame y júzgame entonces. Y no me des la espalda, que es de mala educación.

—¿Vais a entrar o qué? —gritó la Paca desde la puerta—. Así se llama a las neumonías, niños. Que sepáis que yo no pienso cuidaros si os ponéis malos, que ya tengo una edad.

La primera señal de que él reaccionaba fue el sonido ronco de su risa.

—Me encanta la vieja, en serio —creyó oírle decir, aunque no podría jurarlo. Al menos era un comienzo.

—Andrés...

Alejandro no podía terminar la frase. La verdad era que no sabía qué decir. No sabía si lo que acababan de contarle era bueno, malo, una putada, una encerrona o la mejor patada en el culo que le habían dado en la vida. Al fin y al cabo, le había sacado de la peor crisis literaria de su carrera.

Daniela lo había explicado en pocas palabras: Andrés le había enviado allí, le había dejado incomunicado para que no tuviera otro remedio que ponerse a trabajar. Le había dado lo que había pedido, sí, pero envenenado. Nada que no supiera ya o no hubiera imaginado por su cuenta. Cuando no había funcionado, se las había ingeniado para crear aquel concurso, creyendo que le animaría a participar.

—Sigue pensando que entrarás, que tu ego de escritor no te permitirá dejarlo de lado. Al fin y al cabo, eres el mejor autor de novela negra de tu generación.

La bibliotecaria hablaba de un modo impersonal, como si no tuviera nada que ver en el asunto. Sin embargo, ella había sido la que le había hecho ponerse a trabajar y la que le ayudaba con sus aportaciones diarias. Sabía que jamás habría hecho nada sin Daniela. Sin embargo, incluso al decir eso último, lo decía como si no hablase de él. O como si el halago fuera casual.

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

La vio vacilar por primera vez. Iba a mentirle. Podía notarlo en cada centímetro de su cuerpo. Mentía fatal.

Dani sonrió y señaló todo a su alrededor.

—Ya lo has visto, ya no hay necesidad de ocultarlo. Trabajo para Andrés. Mi trabajo es hacer que escribas y entregues ese libro a tiempo. Estoy deseando leerlo, como todos.

El ruido de un plato al romperse en la cocina hizo que Alejandro se sobresaltara. La Paca les había dejado a solas después de que Daniela hablase con ella. La vieja había rezongado, pero al final había cedido, demostrando su disgusto a cada paso.

Se preguntó cuál de aquellas frases era mentira. ¿Todas?

En todo caso, aquello daba igual. Era como si hubiera perdido las ganas de todo. Ir a la biblioteca a por sus dos horas de internet ya no iba a ser igual. Hasta el espejismo de que su vida se había convertido en una película de sobremesa había desaparecido, y eso sí que jodía.

—Espero al menos que te pague bien.

Un trueno hizo temblar la casa otra vez. Alejandro estaba helado y tembló también. Aunque se había quitado la ropa empapada y se había envuelto en toallas esponjosas con olor a suavizante, el frío se le había metido dentro.

—¡Oh, sí! El sueldo merece la pena, tranquilo.

No le miraba, y eso dolía. La verdad causaba ese efecto a veces. Por unos segundos pensó que casi habría preferido que no se lo dijera, no haber visto ese puñetero bolígrafo. O haberlo visto dentro de un mes, cuando ya estuviera tan enamorado de ella que le diera igual. A lo mejor para entonces a Daniela ya le gustaba un poco también y podían olvidarse de la novela, de Andrés y de todo.

—No hay nada que no cure una buena taza de cacao, jovenzuelos. Porque supongo que hoy no va a haber nada de sexo.

La Paca colocó sendas tazas de porcelana con aromático cacao frente a ellos y los miró con lástima evidente. Sin duda, tener aquella lucidez para todo debía ser una bendición. Ser idiota y pensar demasiado siempre había sido su maldición.

—Lloras antes de tiempo, niña. No hay nada roto todavía.

Daniela había intentado acallar los sollozos contra la almohada, pero había

sido inútil. La Paca tenía un oído supersónico para su edad. Y, sobre todo, una sensibilidad especial para los sentimientos heridos.

—No lloro por él.

La Paca chasqueó la lengua.

—Claro, y el bomboncito no está dando vueltas en mi cama como una peonza. Si sigue así, me la va a descoyuntar.

—Tu colchón es demasiado blando, no hay quien duerma en él.

—Y tú eres idiota por no decirle toda la verdad. No vaya a ser que él sepa lo cabrón que es mi nieto y lo mucho que has hecho por él desde hace años.

Daniela suspiró. No sabía por qué no se lo había contado. Había empezado a hablar y le había salido una mezcolanza de alabanza por los planes de Andrés y su apoyo hacia la obra de Alejandro que le daba rabia recordar. Pero ¿qué iba a contarle? Además, él la había creído. Porque de verdad pensaba que Andrés era su amigo, la persona que siempre había confiado en él, el que le había elegido.

—Ya no hay nada que hacer.

Sintió un empujón que estuvo a punto de tirarla de la cama.

—Y una leche. Levanta y ve a por él. Y no quiero volver a verte hasta mañana por la mañana.

—¡Paca!

—Ni Paca ni nada. Buenas noches, niña. Y échale uno de mi parte.

Un nuevo empujón la tiró de culo al suelo. Daniela bufó. Que no durmiera en su cama no quería decir que buscara a Alejandro. Su sofá era comodísimo y no moriría por pasar la noche allí.

Lo malo era que el sofá ya estaba ocupado cuando llegó al salón.

—Paca, te juro que lucharé por mi virtud con uñas y dientes.

La voz de Alejandro sonaba ronca por el sueño, pero estaba claro que estaba alerta. Se sentía en territorio enemigo. Y la verdad era que no andaba desencaminado.

Encogió los dedos de los pies dentro de las zapatillas, sintiéndose como una niña pequeña. Podía volver al dormitorio como una cobarde, no pasaría nada.

—Soy yo, la bibliotecaria asquerosa.

—Y traidora, además.

Daniela suspiró. Sí, aquello lo hacía más fácil. Insultarse soltaba las conversaciones.

—Sí, también soy una traidora. Y además canto fatal. Me echaron del coro

infantil porque el director decía que el ritmo, la afinación y yo no vivíamos en el mismo planeta. Si seguimos toda la noche encontraremos todos mis defectos. Al menos podrías dejarme parte del sofá, la Paca me ha echado de mi dormitorio y estoy cansada.

Alejandro resopló.

—Este sofá es minúsculo. Los pies me sobresalen por delante —dijo, agitándolos para demostrarle que era así—. Y encima tú pretendes robarme parte.

Daniela no lo dudó. Con su altura, debía de estar encajado como la pieza de un puzzle, pero de todas formas se dirigió directamente hacia él y se sentó en el borde.

—Te recuerdo que esta es mi casa y este es mi sofá: eres tú el que me lo está robando. Y es comodísimo.

Alejandro la atrapó contra sí y la hizo tumbarse. Después la tapó con la manta y le pasó un brazo alrededor de la cintura. Podía sentir su respiración en el cuello y todo su cuerpo pegado al suyo. Hacía calor, pero le dio igual. En el exterior, la tormenta se estaba alejando y los truenos cada vez eran más débiles.

—No sé a qué le llamas tú comodidad, Rapunzel. Y ahora dime a qué has venido.

—Creo que está claro, echaba de menos mi sofá.

Notó cómo él le apartaba el pelo y la olisqueaba en el cuello y detrás de la oreja. Mientras tanto, su mano la apretaba un poco más y sus dedos rozaban con discreción un pecho.

—Hueles a natillas. Me encantan las natillas.

Daniela ni siquiera había probado las natillas, pero no dijo nada. Maniobró a duras penas y se colocó encima de él. La manta cayó al suelo, aunque les dio lo mismo. Apenas había luz en el salón, pero sí la suficiente para ver que él no sonreía, solo la miraba como si no pudiera creer que estuviera allí.

No dejó que hablase. Ella tampoco dijo nada.

Conociéndose, era muy posible que acabasen cagándola, así que decidió que era mejor que fueran sus cuerpos los que hablasen. Se quitó la parte de arriba del pijama y la tiró por encima del hombro.

Alejandro miró sus pechos, fascinado y sin saber muy bien qué hacer. Daniela sonrió. La verdad era que era increíblemente tierno. Despeinado, con aquella barba que le hacía parecer adulto y sus ojos azules entre maravillados

y asustados, parecía un chico perdido. Aunque de cintura para abajo su cuerpo sí sabía lo que quería.

Y muy pronto su cabeza supo también lo que buscaba. Una mano caliente le acarició la boca, el cuello y después un pezón, con seguridad, sin dudas. Su mirada ya no estaba perdida y, cuando la besó, Daniela ya no pudo pensar más en niños.

Solo una palabra inteligible se escuchó entre los gemidos, suspiros y gruñidos aquella noche, y fue un nombre.

Y ese nombre no era el de Daniela ni el de Alejandro.

Capítulo 15.

Desenmascarada

Adrián, había dicho.

Bien, le podría haber llamado cosas peores.

Que una mujer pronunciara el nombre de otro tipo mientras hacía el amor era horrible, pero Alejandro no se sentía mal... del todo. Peor hubiera sido que hubiera dicho Anselmo, estaba claro.

Dani dormía ahora entre sus brazos, con el pelo enredado por todas partes, como Rapunzel. Ese pelo tenía que ser un auténtico engorro. Si a él el suyo propio ya le caía por los ojos, no podía imaginar lo que tenía que molestar tener aquella manta encima todo el tiempo. Con razón lo llevaba siempre recogido en una coleta.

Adrián.

Podía intentar pensar en mil chorradas, pero ese nombre volvía una y otra vez a su cabeza. Y lo malo era que no podía sentirse celoso. Una sonrisa de gilipollas se pintaba en su cara. Porque Adrián era él, no cabía duda. El Adrián de *La nube azul*. Ese papanatas sin sangre de su primera novela al que odiaba y, sin embargo, era tan él.

Y, al parecer, esa mujer estaba enamorada de su personaje. Había que joderse. Ni del perfecto, metódico, aunque estirado Ortega, ni del violento y macho Gasset, que las traía a todas locas con su belleza ibérica.

Pronunciando una sola palabra se había delatado. Daniela le conocía, conocía su carrera. Entonces, ¿por qué se empeñaba en obligarle a seguir en algo que ya no le emocionaba?

Intentó enfadarse, pero no pudo. En el fondo, todo aquello era muy tierno. Le devolvía de golpe a su nube televisiva. Volvía a ser el protagonista de su película de sobremesa y estaba encantado. Plantó un beso en su frente y se

durmió.

El olor del café y las tostadas hizo que Daniela se despertase. ¿Cuánto tiempo hacía que no olía así en casa? Además, una mano nada pudorosa la sobaba a discreción. Y no era que fuera una sensación desagradable, pero una cosa era meterse mano amparados por la noche y la tormenta, y otra hacerlo de día y a la vista de la Paca.

—Dejaos de guarrerías por ahora y a desayunar, niños.

Había que ver la abuela cómo se ponía cuando quería parecer digna. Si hasta sabía sonar puritana y todo. Había puesto la mesa y había sacado todo el arsenal. Diría que había vaciado todas las estanterías para ofrecerle a Alejandro un desayuno de reyes.

—Y espero que hayáis usado protección, que los bebés ya no vienen con un pan debajo del brazo, como antes.

Daniela quería que se la tragara la tierra. ¿Tenían quince años acaso? Miró el condón usado, abandonado, como los restos de un naufragio, a los pies del sofá, junto a las zapatillas de Alejandro. Era una suerte que él tuviera uno en la cartera, porque ella ni siquiera recordaba cuándo había estado con alguien por última vez. Desde luego, había sido antes de mudarse al pueblo.

Una palmada fuerte y seca justo ante su cara la hizo alzar la vista. La Paca estaba allí y la miraba con una sonrisa radiante. Y la mano de Alejandro seguía en su teta, sin nada que la tapara. En el caso de que hubieran querido disimular lo que había ocurrido, Alejandro no lo ponía fácil.

—Arriba, he dicho.

Alex se estaba levantando ya. Le tenía un miedo ancestral a la Paca. Al hacerlo, la arrastraba con él y la usaba como escudo de su desnudez.

Era inútil. La Paca ya había aguzado su ojo de águila y había visto todo lo que tenía que ver y le había dado un aprobado alto. Al verlo de pie y girarse para recoger los vaqueros y los calcetines, le subió la nota a un notable. Su trasero lo merecía.

—Deja de mirar así.

El siseo de Daniela hizo reír a la vieja.

—Como tú ya lo has catado no quieres que las demás disfrutemos. Ay, cómo echo de menos a mi Manuel en estos fríos amaneceres.

Daniela se atragantó con el café.

—Es primavera, Paca. Hace al menos veinte grados afuera.

La Paca le dio una palmada en la mano.

—¿Qué sabrás tú de frío hoy?

Daniela no dijo nada. Miró a Alejandro peleándose con la ropa. La verdad era que era torpe como pocos, pero la sonrisa que le dirigió antes de caminar hacia la ducha la calentó por dentro. Sí, qué sabía ella de frío.

—¿Le dijiste la verdad?

—Claro.

Supo que su abuela sabía que mentía, pero le dio igual. Era complicado y no sabía cómo contarle, así que para qué intentarlo siquiera. Al final era mejor así. Alejandro se marcharía en unas pocas semanas y al menos tendrían una noche divertida como recuerdo.

Por una vez la Paca no dijo nada, lo cual era algo así como un milagro. No se quejaría. Quería disfrutar de ese día mientras pudiera.

—¿Cómo que vamos a trabajar?

—Sí, a trabajar. Me pagan por ello, y a ti también, recuérdalo. Me debes diez páginas.

Alejandro apretó los labios. Si había pensado que algo cambiaría entre ellos después de la noche anterior, estaba claro que se había equivocado. Después de desayunar como un campeón y una buena ducha, se había encontrado con que todo había vuelto a ser igual. Su Rapunzel había desaparecido y allí estaba de vuelta la bruja asquerosa con su coleta apretada y su mirada huidiza.

—No me apetece escribir hoy.

Daniela sonrió al escuchar su voz de niño caprichoso.

—Pues no tendrás internet. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. Tengo trabajo.

Estaban a la puerta de la biblioteca y, para variar, no había ni un alma. ¿A qué le llamaba trabajo esa mujer? Aunque de pronto lo recordó: Daniela tenía un trabajo alternativo en la editorial del que no le había hablado. Y no cabía duda de que, en las horas muertas en la biblioteca, que eran algo así como todas, tenía tiempo para leer miles de manuscritos y hundir en la miseria a cientos de aspirantes a autor con devastadores informes de lectura. Y, de vez en cuando, solo de vez en cuando, escogería a alguien para publicar.

Ya había abierto la puerta y la cerraría muy pronto en sus narices.

Quería a su Rapunzel de vuelta. Y quería que dijera su nombre al correrse.

Al final entró en la biblioteca. Se dirigió al viejo ordenador y esperó, como siempre, una eternidad hasta que se encendió. Era cierto que no le apetecía nada escribir. Quería salir, quería pasear, quería tomar té con pastas, quería hacer lo que hacen los enamorados. Y quería que ella le mirase y le sonriera.

Pero Daniela no le miraba. Miraba la pantalla de su ordenador, mucho mejor que la antigualla que él usaba, y pasaba de él.

Campanillas.

Un visitante. Aleluya.

—Mi musa, mi adorada, mi campánula azul de los Cárpatos...

El inconfundible estilo poético le anunció sin lugar a dudas de quién se trataba. Aquel niño que se creía su competidor. No sabía qué le molestaba más, que creyera que podía escribir una novela mejor que la suya o que podía enamorar a su bibliotecaria.

Alejandro frunció el ceño. Un momento. Él ni siquiera se había apuntado al dichoso concurso de *rural noir*, así que, oficialmente, no eran competidores.

En cuanto a lo de enamorar a Daniela, ese asunto estaba fuera de cuestión: ninguno de los dos tenía nada que hacer, visto lo visto.

—Hola, Johnny.

¿No había demasiado afecto por ese niño en la voz de Dani? Los ojos de Alejandro se desviaron al adolescente. Alto para su edad, desgarrado, con pose atormentada. Y sería condenadamente guapo un día.

—Creo que necesitaré una mano experta con mi proyecto, si no te importa. ¿Puedo sentarme?

El crío hablaba como alguien mayor de su edad. Se preguntó si le habían pegado mucho en el colegio. A él a su edad ya le habían arreado hasta lo indecible. Y encima no era ni la mitad de atractivo. Los compañeros de Johnny debían de odiarle. A su pesar, empezó a sentir una pizca de simpatía por él.

—Claro, cuéntame. Ahora tengo unos minutos.

Vaya, para él sí tenía unos minutos. Para su novio, o lo que fuera, no. Qué graciosa era la bibliotecaria asquerosa. La odiaba. Bueno, no. Le dolía el corazón de verla y no poder tocarla.

Los vio sentarse en una de las mesitas cochambrosas que se suponía que debían usar los estudiantes y lectores para trabajar, aunque nunca había visto a nadie sentado allí. Estaban llenas de marcas, así que en algún momento sí se

habían usado. ¿Qué había ocurrido para que aquella biblioteca estuviera así de muerta? ¿Despoblación, falta de fondos? ¿La llegada del internet a los hogares? ¿Un poco de todo?

Movió su silla con cuidado para que no lo oyeran y poder seguir su conversación.

Sus cabezas estaban juntas sobre lo que le pareció un cuaderno y una tableta moderna. Ese niño le estaba enseñando su esquema de trabajo y tal vez algo más. No podía oírlo todo, pero sí lo esencial. Hablaban de su novela, del argumento, nada especial ni original, aunque seguro que él no lo creía así, y de personajes.

—No quiero hacer nada de lo habitual —decía el muchacho, con esa voz a veces de pito y a veces grave que daba ganas de reír—. Desde luego, nada como esos polis maricas reprimidos de Ortega y Gasset. O, para ser políticamente correctos, diré gays. Ojalá se casen en esta última parte y dejen de marear la perdiz, porque nunca he visto tanta tensión sexual entre una pareja que entre esos dos.

Alejandro abrió la boca, pero no salió nada de ella. ¿Sus protas parecían gays reprimidos? ¡Pero si Ortega estaba casado y tenía dos hijos y Gasset era un ligón empedernido! Había que ver la poca comprensión lectora que tenía la gente.

—No es que los libros sean malos, entiéndeme —seguía diciendo el niño, devastador, arrastrando toda la simpatía que había sentido por él con sus palabras—, pero es todo tan cliché, tan lo de siempre, tan habitual... Me gustaría conocer tu opinión sobre mis ideas para salirme de lo habitual y crear algo nuevo, oh, Musa.

¡Oh, Musa!, sería cretino. Pues buena suerte, chaval, si de verdad pretendía con su edad crear algo original y distinto. Él también había sido así de idealista, y había acabado en un pueblucho de mala muerte, oyendo pestes de sí mismo.

Daniela sabía que Alejandro estaba escuchando todo lo que decía Johnny, así que trató de sonar moderada. A veces los clichés no eran malos si uno sabía usarlos de modo correcto y llevárselos a su terreno. Al fin y al cabo, la gente buscaba un género concreto esperando esos clichés, así que, en cierto modo, se decepcionaban si no se les daba lo que buscaban.

—El genio de un autor se demuestra en su estilo, o, para ser más concretos, en cómo hace suyo un estilo.

Johnny no parecía convencido.

—Pero hay cosas tan convencionales... Mira esas series donde se repiten siempre los mismos patrones. ¿Qué cosas nuevas ofrecen?

Daniela sintió deseos de que se fuera y no solo porque ya habían tenido esa conversación cientos de veces. Johnny, como todo autor joven, solo quería escuchar halagos hacia su trabajo. Y además, se creía con derecho a demoler el de los demás. Solo él podía crear cosas nuevas y buenas. Lo de los demás era rancio, caduco, ya visto.

Sí, Johnny era bueno, y podría serlo aún más si se dejara aconsejar, pero tenía mucho que aprender. Como Alejandro había aprendido en su momento.

Dirigió la mirada hacia él, allí solo en su rincón. Tecleaba con la decisión habitual y parecía tan tenso que cualquiera diría que iba a saltar de la silla en cualquier momento. Sintió deseos de besar su nuca y abrazarle. Pero no podía. No debía.

—Escribe un capítulo y deja que lo vea. Enséñame de qué eres capaz. Quiero ver esa evolución que dices que crees que debe haber en los personajes.

Johnny debió de notar la agresividad en su tono de voz, porque reculó un poco en su asiento. Empezó a recogerlo todo y se levantó.

—Tú tampoco crees en mí, como mi madre. Dice que todo lo que hago no servirá más que para limpiarse el culo un día.

Daniela se arrepintió al instante de su dureza. Se levantó también y le tendió una mano torpe.

—Solo digo que todos los autores a lo largo de la historia se han creído mejores que los de la generación anterior. Y en algunos casos han tenido razón, pero no siempre. No te ciegues, aprende de tus mayores, de sus fallos y de sus aciertos. Pide consejo cuando los tengas a mano.

Escuchó cómo Alejandro dejaba de teclear. Ni siquiera ella misma era consciente de lo que estaba haciendo cuando empezó a caminar hacia él con Johnny detrás.

—Esto te va a costar a ti... ya veré, pero muy caro —dijo Alex sin mirarla.

Daniela sonrió. En el fondo era un cacho de pan. Y tan adorable que le habría besado allí mismo, sin importarle que Jonathan de Jesús estuviera mirando.

—Johnny, te presento a Alejandro. Él podrá darte unos consejos muy interesantes acerca de literatura, creación de personajes y todo lo que quieras saber sobre el mundillo literario. Te aseguro que sabe mucho sobre ello.

Johnny no pareció muy interesado al conocer a Alejandro, que se había dignado al fin a mirarlos. Estaba despeinado como siempre, tenía que recortarse la barba y tenía unas ojeras de campeonato después de la noche casi en blanco.

—¿Y puede saberse quién es este genio? —preguntó el niño con un tono que rozaba el insulto.

Alejandro le sonrió y le devolvió la mirada.

—Alejandro Escada, criatura. Soy el creador de Ortega y Gasset, esos gays reprimidos a los que tanto desprecias.

Capítulo 16.

El arma definitiva

No es que Andrés no se fiara de la palabra de su prima, pero, por si acaso, tenía un truco de diablo guardado bajo la manga. Porque Daniela era muy responsable y eficaz, y tenía, todo había que decirlo, unas ganas tremendas de perderle de vista, las suficientes como para remover cielo y tierra para conseguirle esa novela, pero bien... si ella fallaba, él iría preparando una alternativa.

Mientras tanto, se hacía a la idea de lo que tendría que aguantar solo para conseguir lo que quería.

Nunca había sido del tipo religioso, pero antes de hacer la llamada que garantizaría que tendría ese puñetero manuscrito dentro del plazo, rezó tres Ave Marías y cuatro Padre Nuestros. Sí, aquello funcionaría, pero tendría que esforzarse tanto en parecer buena persona que iba a salirle una úlcera.

Otra.

—¿Cuándo vamos a hablar de mi recompensa?

Daniela pareció sorprendida por sus palabras. ¿Cómo se atrevía? Después de haberle traicionado, de haberle obligado a trabajar a cambio de un internet de bajísima velocidad que no le valía para ver nada decente en el móvil, de no haberle dado ni un solo beso en todo el día, ¡de haberle obligado a aconsejar a ese niño creído que le había mirado todo el rato como si fuera un abuelo desvariando!

—Haberte ayudado a salir de tu crisis creativa debería ser recompensa suficiente para ti.

Se reía, la muy desgraciada. Parecía una maestra de escuela cuando sonreía

así, dando lecciones a los demás, como si ella fuera perfecta.

—Yo no estaba en crisis, estaba de vacaciones. Pero no cambies de tema, sabes de sobra que me debes algo. Y, a ser posible, que incluya carne.

Daniela estaba a punto de cerrar la biblioteca para ir a comer. Había cogido sus diez páginas y ni siquiera había tenido la decencia de mirarlas por encima. No iba a pedírselo. Odiaba suplicar. Pero justo en ese capítulo había una pista importante para la resolución del caso. Sin embargo, había pasado horas hablando con ese crío, ayudándole a crear su esquema y sus personajes. Merecía algo de compasión.

—De acuerdo —cedió ella de pronto—. Te invito a un filete con patatas en el bar. Pero no te acostumbres a ganar siempre. Luego te confías demasiado y pides más y más.

Alejandro bufó. Su idea al pedir carne no había sido esa precisamente, pero era mejor aquello que nada. Además, el filete estaba bueno. Daniela no habló mucho durante la comida, pero se estaba bien así. No hacía falta hablar. El bar estaba lleno de gente corriente que los saludaba y les deseaba buen provecho al pasar.

—Me gusta este pueblo, creo que podría vivir aquí.

El camarero les había puesto delante dos tazas de café y le guiñó un ojo al oírle decir aquello. A Daniela, en cambio, no pareció gustarle tanto su comentario. Había vaciado su taza de un trago, poniendo un gesto de desagrado al notar el amargor de la bebida, y se había puesto de pie.

—Morirías a los dos meses —dijo, con una crueldad inesperada—. Puedes quedarte a terminar el café si quieres, yo tengo que pasar por mi casa para coger algo. Hasta luego.

La vio pagar en la barra y desaparecer tan rápido que no tuvo tiempo a reaccionar.

El camarero se detuvo junto a él y comenzó a recoger lo poco que había en la mesa. Al ver su cara triste, chasqueó la lengua.

—No somos nada sin ellas, amigo. Pero a la vez, quién las entiende.

Sí, quién las entendía. Sin embargo, a él no le importaría hacer un pequeño esfuerzo por entender a Daniela. Si tan solo ella se dejara.

Dani tenía dos largas horas por delante y no le apetecía pensar ni tampoco regresar a casa para responder a las preguntas impertinentes de la Paca.

Porque estaba convencida de que, nada más trasponer el umbral, comenzaría el tercer grado.

Así que se fue a la iglesia, que a esa hora le garantizaba calma absoluta. El templo no era especialmente reseñable en cuanto a su arquitectura, ni tampoco guardaba obras de arte famosas en su interior, pero era bastante bonito y estaba bien conservado para tener ya quinientos años.

Por costumbre, más que por sus creencias, se santiguó antes de sentarse en uno de los duros bancos de madera. Estar allí le recordaba a cuando era niña y veraneaba en el pueblo con sus padres. Ahora ellos ya casi no visitaban la casa ni el pueblo, sino que preferían viajar a la costa para disfrutar de la playa, y solo se veían cuando ella volvía a la ciudad por asuntos de trabajo.

Era extraño pensar en cuánto le había costado al principio adaptarse al silencio de ese lugar, a la relativa incomodidad de no tenerlo todo a mano, y cómo ahora le ocurría lo contrario. En la ciudad todo era demasiado ruidoso, demasiado grande y estaba demasiado lleno de gente. Cuando regresaba al Hoyo se sentía aliviada, aunque el GPS del coche se volviera loco en la rotonda y mandara a todo el mundo siempre en la dirección equivocada.

En el pueblo estaba tranquila y no necesitaba fingir calma todo el tiempo. Tenía tiempo para ella misma y para hacer lo que le daba la gana, aunque Andrés insistiera en dar por saco.

Sí, era feliz. Si no contaba con que estaba sola. Pero también lo había estado en la ciudad. Porque la Paca no contaba.

Y no había pensado en ello hasta que Alejandro había llegado.

—Maldito sea.

Volvió a santiguarse al darse cuenta de que había hablado en voz alta. Más de treinta años de crianza cristiana no podían ser en vano.

Acostarse una vez era una cosa, por agradable que hubiera resultado. Un dulce no amargaba a nadie. Pero si él se planteaba de veras el quedarse allí... Aunque bien sabía que no era cierto. En cuanto Alex pisara la ciudad otra vez, aunque fuera de refilón, ya no regresaría jamás. Y se olvidaría de su Rapunzel.

Se sonrojó al pensar esa bobada.

—¡Oh, mierda!

Volvió a santiguarse. Además, creía que le había llamado Adrián justo antes de... bien, en ese momento. Había sido uno de esos lapsus ridículos, como cuando quieres decir coliflor al mirar la carta del restaurante, porque es lo que recomienda la dieta, pero pides pizza con cuádruple de queso.

No podía gustarle de verdad. Porque Alejandro no era un lumbreras, para empezar, por mucho talento que tuviera. Y a ella siempre le habían gustado listos, del tipo intelectual. Eso, cuando todavía tenía citas. Además, era un autor y ella los evitaba como la peste desde siempre.

No debería haber sucumbido a la tentación. Si no había querido que Andrés le presentara al autor de *La nube azul* en su momento pese a la fascinación que había ejercido sobre ella, ¿cómo se había permitido ahora tirárselo? Estaba claro que lo suyo era un caso de estudio. Estaba colada por el personaje de una novela y se había liado con su autor. Que eran el mismo, pero no.

Como si no tuviera bastante con el concurso, el acoso adolescente de Johnny, las trampas de Andrés y las miradas de complicidad de la Paca.

El teléfono sonando la hizo maldecir una vez más, aunque, en cierto modo, la alivió. Al menos tendría algo que la distrajera.

Corrió hasta la salida, aunque no había nadie a quien molestar con su charla. Le parecía irrespetuoso hablar allí, y más cuando vio que quien llamaba era Andrés.

—No es que piense que eres una inútil, ni nada semejante, pero te he conseguido a otro participante en el concurso de novela. Y, no es que sea adivino, ni nada por el estilo, pero algo me dice que nuestro Alex va a recuperar las ganas de marcha al instante.

A pesar de que ya no estaba en la iglesia, Dani bajó la voz.

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué hablas como si hubiera hecho algo malo? Yo solo miro por el bien de la empresa.

Ahí estaba, la puñalada. Porque ella no lo hacía, claro.

—¿Y puedo saber quién es?

Pudo imaginarle en su despacho, mirándose a ese espejo que había colocado junto a la puerta, para mirarse cada vez que estaba a punto de salir. Al menos esa era la teoría, porque pasaba ahí más tiempo que sentado en la silla, trabajando. Iba a hacerla sufrir. Aunque no contaba con que sus ganas de vanagloriarse de su inteligencia iban a ser más fuertes que todo eso.

—Me ha costado sangre, sudor y lágrimas, pero los beneficios que nos va a traer lo merecen, chata, porque esto va a ser un bombazo...

Blablabla. Había que ver lo que le gustaba a su primo el sonido de su propia voz, sobre todo cuando se trataba de hablar de sí mismo, lo guapo que era y lo larga que la tenía.

—Andrés, tengo que ir al baño, ve cortando el rollo, por favor.

—Tan fina como siempre, la señorita. ¿Estás sentada ya en el cagadero? Porque te aseguro que es muy gordo.

Daniela levantó el dedo corazón en honor a Andrés, aunque él no pudiera verlo.

—Eres genial, Andrés, no sabes lo ansiosa que estoy por saberlo —dijo en tono monocorde.

—Vale, es que estoy emocionado, en serio. Bueno, ahí va la bomba: Hans Gandía.

Daniela deseó haber estado sentada de verdad, porque sus piernas se tambalearon al escuchar ese nombre.

—Joder —se le escapó.

—Ya sabía yo que te iba a encantar.

Andrés ya había colgado. Con soltarlo le bastaba, lo demás le daba igual. Ella, mientras tanto, necesitaba apoyo, y no solo físico.

Hans Gandía, nada menos. O, como Alejandro le había llamado en *La nube azul*, Josué.

Capítulo 17.

Primero la mala noticia

Alejandro se fue directo a casa desde el bar. El camino estaba embarrado y le costó llegar, pero tuvo una sensación extraña al sentarse en la mesa de la cocina con un café frente a él: se sentía como en su hogar.

—Joder, qué cursi.

Lo bueno de vivir solo era que uno podía hablar en voz alta y decir lo que le diera la gana sin que nadie le mirase mal, pero eso le había sonado a culo hasta a él. Más que nada porque aquella no era su casa y no podría quedarse ni aunque quisiera.

Recordó lo que le había dicho a Daniela después de comer, aquello de quedarse en el Hoyo. Lo que no había dicho estaba implícito y era lo que la había hecho escapar como si la persiguieran los lobos: que quería quedarse con ella.

Alejandro no se consideraba un tipo complicado. Vestía más o menos siempre igual, con vaqueros y distintas variaciones de modelos de camisetas y chaquetas o jerseys. Tenía un traje de corbata para las cosas más oficiales, pero al final nunca se lo ponía. En cuanto al pelo, no se rompía la cabeza. Corto, o menos corto, y la moda de llevarlo despeinado le ahorra tener que peinarse. Y la barba, ¡Dios bendijera la moda hípster!

Psicológicamente, la cosa estaba más difícil. Era inmaduro, hasta él mismo lo asumía. Caprichoso, sin duda. Vago, mucho. Algo inestable, demasiado sensible, pero también sabía cuándo merecía la pena luchar por algo.

En su momento, había luchado por ser escritor, aunque nadie daba un duro por él. Andrés le había dado la oportunidad de publicar *La nube azul* cuando en algunas editoriales se habían reído, algunas literalmente, en su cara. Todavía recordaba las palabras del informe de lectura: «a pesar de la aguda

sensibilidad del texto, podría resultar un éxito si damos con el público correcto». Y Andrés había dado con ese público.

Nunca había vuelto a escribir nada semejante. Dolía demasiado. Y además, le traía malos recuerdos.

Desde entonces, no había vuelto a luchar por nada más, que él recordase, quitando las colas interminables para conseguir el último modelo de Iphone.

A su vagancia se unía el conformismo. Era cómodo hacer siempre lo mismo. Trabajar en las novelas de Ortega y Gasset o colaborar en los guiones como consultor era como ponerse tus vaqueros favoritos: podía costar metérselos el primer día, pero luego no te los querías quitar ni para dormir. Porque la rutina era lo mejor para el alma, casi no había ni que pensar. Y no pensar era lo más sencillo del mundo, porque no le hacía plantearse si lo que hacía era bueno, ni malo, ni si podría estar haciendo algo distinto.

La crisis le había cogido por sorpresa. Un día se había puesto delante del ordenador y, en vez de escribir, se había puesto a buscar algo que comprar. Una fruslería. Cualquier cosa con tal de no tener que enfrentarse con la obligación de teclear una línea más. Y así fue cada día durante una semana.

No se planteó el asunto como un sufrimiento, aunque sin duda era una sensación desagradable. Quedaba tiempo para entregar el manuscrito. Meses eternos por delante para comprar, ver series y rascarse las pelotas frente al televisor mientras pensaba o, mejor dicho, no pensaba.

Nunca lo llamó crisis. Llamarlo así habría supuesto tener que enfrentarse a ello como un adulto. Como cuando era niño y en clase le arreaban por escribir poemas. Anselmo, en cambio, también lo hacía y no recibía ni la mitad. Aquello sí que era una crisis y nadie lo llamaba así tampoco. Por aquel entonces, que a un niño le pegaran en clase por ser rarito ni siquiera tenía nombre ni preocupaba a nadie más que al afectado. Él tampoco había sido consciente de lo que le había traumatizado hasta que había sentido la necesidad de escribir *La nube azul*.

Se había pasado toda la vida evitando dar nombre a las cosas, por irónico que resultase, siendo su oficio, básicamente, el de poner por escrito todo lo que se le ocurriese.

Por primera vez tuvo que reconocer que aquella maldita película mala de sobremesa había sido su salvación. Nunca escribiría aquella historia que se le había ocurrido, pero gracias a ella estaba en ese pueblo horrendo.

Como siempre que necesitaba concentrarse, estiró la mano, acercó la libreta

y buscó una hoja en blanco. Comenzó a hacer una lista.

—Cosas a favor de quedarse en el Hoyo —murmuró para sí—: Daniela. He vuelto a escribir, aunque no lo que quiero. Solo dos cosas, pero con puntos dobles. Y cosas a favor de la ciudad: internet, tele por cable, tiendas decentes, pizzerías, la lluvia no te deja incomunicado, y así hasta el eterno infinito. No sé si acaba de convencerme.

Se rio para sí. Aquello era absurdo. En aquel lugar no había nada real que lo retuviera, ni siquiera la bibliotecaria. Igual hasta resultaba que aquel Adrián que había nombrado era un exnovio y él estaba equivocado.

Dejó la libreta a un lado y la miró con ojo clínico. Todavía le quedaban unas semanas por delante para ir añadiendo cosas allí.

Daniela dejó a un lado las diez páginas con el nuevo capítulo de la novela de Ortega y Gasset con un gesto de disgusto. Era correcta, entretenida, estaba bien escrita y a Andrés le encantaría, pero le faltaba alma.

Comprendía que Alejandro trabajaba por encargo, que aquella obra ni siquiera le interesaba, pero tal vez debería poner algo de sí en ella, como sabía que era capaz de hacer. Le dolía que su talento se malgastase en novelas de usar y tirar, por mucha fama y ventas que tuvieran.

Aunque funcionaría, claro. Era efectista, con aquellos *cliffhangers* tan sorprendentes, aquellas frases lapidarias de sus protagonistas y esos asesinatos tan estéticamente hermosos, aunque crueles. Y, aunque Johnny creyera lo contrario, sus personajes, aunque arquetípicos, no eran lo de siempre. Si había algo de Alejandro en esa obra, era en los personajes. La oculta inseguridad de Ortega, la simpática torpeza de Gasset. En el fondo, le caían bien porque le recordaban a él. Y no eran gays encubiertos, no. Solo eran buenos amigos.

Sí, con una buena corrección, aquella sería la mejor novela de la serie, y esperaba que la última. O al menos esperaba que las alternase con algo más personal.

Apretó los labios al imaginarse formando parte de ese trabajo. Alejandro podía crear cosas tan bonitas cuando quería...

De pronto rezongó y se obligó a volver al presente, a centrarse en la realidad.

¿A ella qué más le daba? ¿No estaba decidida a dejar el mundo de la

edición en cuanto pasara ese asunto del concurso? Lo estaba deseando, no tratar más con Andrés, ni con los autores, ni aguantar más manuscritos llenos de faltas de ortografía ni palabrería insulsa. Quería ser libre.

Y ahora sabía que lo conseguiría, porque Hans Gandía estaría allí. Yupi.

—Comprueba las coordenadas, porque creo que nos hemos equivocado.

—La joven del GPS ha dicho en la rotondaaaaa gire a la derechaaaaa, y eso hemos hecho, señor Gandía. Y aquí no hay nadie a quien preguntar.

Hans Gandía se quitó las gafas de sol, que no necesitaba de todas formas, y miró a su alrededor como un explorador en tierras extrañas. Vacas, olor a mierda, hierba todavía húmeda, una carretera asquerosa con una rotonda sin sentido mal indicada. Aquello tenía que ser un error.

La brisa húmeda le movió el cabello rubio y él frunció los labios, pensando. Todo aquello le traía recuerdos de su infancia y no eran precisamente agradables. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó en la agenda el nombre de Andrés Ordoñez para decirle lo que pensaba acerca de su idea de «un agradable entorno rural, pero con todas las comodidades».

—No hay cobertura, maldita sea —gruñó, volviendo a entrar en el coche. El conductor le miró, esperando órdenes. Era tan incongruente allí, con su uniforme negro y su gorra, como un marino en tierra—. Vaya cuesta abajo esta vez, a ver si damos con el puñetero pueblo, Bermúdez. El hotel se llama La Venta.

El conductor no respondió, sino que se limitó a asentir con la cabeza. Hans lo prefería así, porque necesitaba pensar.

No era que se arrepintiera de haber aceptado participar en esa locura de concurso. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer, ni nadie a quien endilgarle lo que acababa de parir. En su anterior editorial lo habían largado después de varios escándalos con blogeros. Según ellos, los viajes que hacía para documentarse eran falsos. Para defenderse, había colgado fotos, miles de fotos, para probar que había estado en India, Singapur, Cuenca. ¿Acaso no le había picado una araña enorme y peluda en México mientras estaba tomando tequila para documentar con fidelidad cómo se sentía un mariachi borracho? Ahí tenían una foto suya con un enorme sombrero mexicano para demostrarlo.

Cualquier editorial se habría sentido encantada con tanta publicidad, pero ellos no.

—Nosotros somos serios, Hans —había dicho Pepa Esteban, su antigua editora, mirándole con aquellos ojos llenos de censura tras las gafas enormes—. Deja de meterte con las madres de los administradores de los grupos de Facebook y de los lectores que te ponen malas críticas. Comportate como un adulto de una vez. Y buena suerte en tu carrera.

Le había tendido una mano, pero él no era de los que se iban por las buenas. Les había denunciado por incumplimiento de contrato, por si había algo que sacar. El abogado le había dicho que había tenido suerte de que no le hicieran pagar algo a él. Y que creciera de una vez.

Así que la llamada de Andrés le había venido bien. Lo más probable era que supiera lo que había ocurrido con Pepa. Lo sabían todos en el mundillo. Pero si a él le daba igual, ¡genial!

Al fin y al cabo, Hans era el autor que más había vendido a lo largo del último año. El más traducido, el más galardonado. Si no contaban a Alejandro Escada, claro.

Ahora tendría la oportunidad de resarcirse. De niños Hans siempre había estado por encima, y era hora de que recuperase su lugar.

—Cuéntame. ¿Sois novietes ya?

Alejandro se había quedado dormido encima de la mesa de la cocina y despertó cuando una mano poco amable le sacudió para despertarle.

Abrió los ojos con esfuerzo y se encontró el rostro arrugado de la Paca a pocos centímetros del suyo. Reculó y estuvo a punto de caerse de la silla.

—¿Cómo has entrado aquí?

La vieja levantó una mano y le enseñó un manojito de llaves con aire triunfal.

—Esta es mi casa, ¿recuerdas? Todavía las tengo. Y ahora, cuenta, niño. Y no te dejes nada.

Alejandro hizo un gesto de desagrado. Se sentía como si tuviera resaca. Echó un vistazo a la ventana y vio que estaba anocheciendo.

—No voy a contarte nada. No hay nada que contar. Y ahora vete, o se te hará de noche para regresar.

La Paca chasqueó la lengua y arrastró la otra silla para sentarse frente a él.

—No te preocupes, conozco esto como la palma de mi mano. Recuerda que nací aquí. No soy como vosotros, los niños de ciudad, que sin teléfono me cago viva.

Alejandro no pudo menos que sonreír. En eso tenía razón.

—Puedo invitarte a cenar, si quieres. He aprendido a hacer tortilla de atún.

La vieja asintió y lo vio moverse por la cocina, criticando todo lo que hacía, aunque luego se comió sin problemas lo que le puso delante. Una tortilla más que decente, ensalada de tomates de pueblo y pan casero.

—Los jóvenes sois muy graciosos. Venís a pedir consejo, pero luego no soltáis prenda cuando viene lo interesante. Con lo que yo me preocupo por vosotros.

—Y nosotros te lo agradecemos, pero creo que esto es un asunto privado. Además, ¿cuándo te he pedido consejo yo para algo?

La vieja se llevó una mano al corazón, ofendida, haciendo caso omiso de sus últimas palabras. Estaba claro que padecía de la conocida enfermedad conocida como sordera selectiva.

—¿Privado? ¿Con quién crees que estás hablando? ¡Yo soy vuestra familia!

Alejandro enarcó una ceja. Pinchó un trozo de tortilla y la miró con los ojos entrecerrados.

—En serio, Paca, tú te aburres un montón, ¿verdad? ¿Qué hacías hasta que llegué?

La vieja tuvo la poca vergüenza de reírse de él, con aquella dentadura blanquísima que daba miedo.

—Pues que sepas que ha llegado al pueblo uno más divertido que tú. Es rubio como los ángeles y me ha dicho la dueña de la pensión La Venta que huele a gloria. Si hasta dice que es famoso, o que eso asegura él. Aunque tú también lo eres y mírate, que no eres nada del otro mundo cuando una te conoce así de cerca.

Alejandro podría haberse ofendido, pero la verdad era que aquello era un halago. Lo de que era normal era lo más bonito que le habían dicho nunca, o casi.

—¿Y quién es ese famoso angelical? Podrías vender la exclusiva a la prensa y forrarte. Igual ha venido a tener una aventura discreta con su amante. Desde luego, este pueblucho es el lugar ideal para que no te encuentre ni la CIA.

La Paca ignoró sus ofensivas palabras y dedicó cinco minutos a glosar las excelencias del nuevo visitante de Venta del Hoyo.

—Ha venido con chófer y todo, fijate qué estilazo.

Oh, mierda.

—Tiene nombre extranjero —siguió la Paca, ajena a que ya no comía ni sonreía—. Humbert, o algo con H. Himmler. ¿Ese no era el nazi? No, espera, ¡Hans!

OH, MIERDA.

Capítulo 18.

Sana rivalidad

—Tú lo sabías y no me lo dijiste.

Dani no podía disimular que no sabía a qué se refería. Todo el pueblo sabía ya lo de Hans Gandía. Hasta habían formado una cola en la puerta de la pensión para sacarse fotos con el famoso. La mayoría no sabían quién era, pero era famoso y eso les bastaba. ¡Si hasta había traído un chófer uniformado, como en la tele! Eso significaba que era famoso y de los buenos. Una foto con él podría valer dinero, incluso.

—Alejandro ha sido muy amable al traerme a casa para que no me perdiera por el monte —intervino la Paca con inusual dulzura, pero ninguno de los dos la miró.

—Me he enterado este mediodía. Andrés me ha llamado después de comer. No he podido decírtelo.

Se sonrojó sin remedio al decir las últimas palabras. La verdad era que no sabía cómo enfrentarse a él.

—Haces bien en ponerte roja de vergüenza —dijo Alex con inquina—. Si tu abuela se ha presentado en casa para preguntarme si somos novios, tú podrías haberme dicho que mi enemigo mortal está aquí, ¿no crees?

Daniela miró a la Paca, que seguía muy atenta su conversación.

—¿Has ido hasta allí a preguntarle si somos novios?

La vieja se encogió de hombros.

—No sé de qué habla. Se nota que es escritor, menuda capacidad de inventar cosas. Yo solo estaba paseando y él me invitó a cenar. A saber qué intenciones tenía conmigo. Con lo guapo que es, podría haber sucumbido, que lo sepas —añadió agitando las blancas pestañas.

Alejandro suspiró. En ese momento no estaba de humor para coquetearías.

—¿De quién ha sido la idea?

Estaba furioso, pero quería confiar en que ella no tenía nada que ver.

—De Andrés. Pero atraerá gente al concurso y dinero a la editorial. Será bueno para todos.

—Debes de ser la empleada del mes, tía, te has aprendido el discurso de memoria. Cuando conozcas a Anselmo, verás lo bueno que es para todos. Buenas noches, ojalá puedas dormir sabiendo que me has roto el corazón, lo has pisoteado y lo has metido en una trituradora de hielo.

Trató de irse cerrando la puerta en un gesto dramático, pero había un enorme obstáculo en el umbral que le impidió salir. Era rubio, alto y fornido, y se reía a carcajadas.

—Tú debes de ser Daniela Sirvent, la editora. Es un placer —dijo Hans Gandía, entrando sin ser invitado. Las fotos no le hacían justicia. Era más guapo y más alto todavía en persona. Y olía a gloria—. Y usted la maravillosa abuela de Andrés, Francisca. A este ya le conozco.

Daniela, que tenía su mano retenida contra los labios carnosos de Hans, pudo ver el gesto de dolor en los ojos de Alejandro. Quizás aquello de que era su enemigo mortal no fuera tan exagerado, después de todo.

—Aquí, en el pueblo, nos saludamos así —intervino la Paca, tomando a Hans por las greñas rubias y plantándole un beso en los labios.

Para sorpresa de todos, Hans reaccionó devolviéndoselo con creces. Cuando la soltó, los dos reían, sin aliento.

—Ummm, querida, me va a gustar quedarme aquí una temporada. ¿Quién es la siguiente, Dani?

Los ojos de depredador de Hans se deslizaban por el cuerpo de Daniela, como anticipándose a la degustación.

—Yo soy de ciudad —replicó.

Si pretendía molestarle, no lo consiguió. Más bien al contrario. El rubio rio y le dio una palmada en el hombro y luego deslizó la mano por su costado y su cadera.

—Me gustas, creo que vamos a trabajar muy bien juntos. ¿Tomamos algo?

—Sí, tomemos algo.

Hans se volvió hacia Alejandro, que era el que había hablado.

—No sabía que seguías aquí —dijo, sorprendido—. Y no me refería solo a

esta noche, chaval. Lárgate ya, anda.

Daniela decidió intervenir. Nunca hubiera pensado que Alejandro fuera una persona violenta, pero en ese momento veía al demonio en sus ojos. Casi le creía capaz de reventar a Hans en medio de su salón.

—Brindemos —dijo—. Paca, saca el champán y las copas.

Paca frunció el ceño.

—¿El champán reservado para las navidades?

—Sí, ese. Vamos a celebrar que tenemos a dos de las mayores figuras de las letras en casa y que van a participar en nuestro concurso.

Fue una suerte que todavía no hubieran abierto la botella, porque estaba segura de que se lo hubieran puesto todo perdido al escupirle el champán en la cara.

Vio que Alejandro la miraba con cara de pocos amigos, pero no dijo nada. Cuando brindó, en silencio, vació la copa de un trago. Aquello era una promesa de participar en el concurso, o algo así. En todo caso, no se había negado a ello.

Al fin había conseguido lo que quería. Y se sentía fatal.

Alejandro sabía lo que se sentía cuando le metían a uno en una trampa, pero era la primera vez que le dolía tanto. Era como si unas pirañas con mil hileras de dientes le estuvieran royendo las pelotas y encima tuviera que sonreír.

Andrés, que tenía un olfato especial para oler la sangre, aunque estuviera a centenares de kilómetros, decidió llamarle justo en ese momento. Estaba sentado en el sillón, con ganas de acurrucarse y morir mientras veía a la Paca y a Daniela escuchando, arrobadas, las aventuras alpinas de Hans al tiempo que se bebían la segunda botella de champán cuando sonó el teléfono. Hacía tanto que no le llamaban que se asustó al oírlo. Alejandro levantó el móvil y gruñó al ver quién llamaba.

—Vete a la mierda. Después de esto no vas a volver a verme más el pelo.

Andrés tuvo la poca vergüenza de reírse, con aquella risa ronca e impostada que juraría que ensayaba ante un espejo cada mañana, como de malo de película.

—Pero qué rencorosos sois los escritores, y qué bobos —protestó su editor con simpatía—. Si es que no veis que la sana rivalidad saca lo mejor de vosotros. Mira tu primera obra, *La nube ocre*, que es un... cómo era... algo

sobre la herida juventud de... no lo recuerdo bien ahora mismo.

Alejandro cerró los ojos. Solo había bebido una copa, y ni siquiera entera, pero le había sentado fatal.

—Se titula *La nube azul*, Andrés. ¿No se supone que deberías recordar los detalles de los libros que publicas?

Andrés suspiró como un hombre ocupado que no sabe dónde tiene ni la cabeza.

—Sois tantos, querido. Y todos buenos y muy cercanos a mi corazón —dijo con tono acaramelado y falso—. ¿Qué editorial puede decir algo así? Pero me alegro de verte tan en forma, en serio. Espero ese manuscrito para el concurso. ¡Vas a ganar, campeón!

Alejandro no tuvo tiempo de maldecirle como quería hacer antes de que colgara. Estaba convencido de que le había dicho lo mismo a Hans. Aunque el rubio idiota no era de los que se conformaban con promesas vacías. Abrió un ojo y lo contempló con mirada crítica. ¿No estaba todavía más rubio que la última vez que le había visto? Y más cachas, eso seguro. Adelantaba los labios al hablar, para enfatizar esa forma de corazón, sin darse cuenta de que, al hacerlo, se le marcaban unas arruguitas alrededor de los ojos. Al fin y al cabo, los treinta y cinco no perdonaban, aunque él declaraba tener muchos menos.

Sus ojos se clavaron en la mano que descansaba en el brazo de Daniela. Esa mano había estado señalando hacia el infinito hacía unos instantes, pero ahora llevaba al menos un minuto parada ahí. Y ella no la apartaba. ¿Cuándo le había permitido a él tocarla tanto tiempo? Si exceptuaban la noche anterior, claro. Aunque eso no contaba, ¿no? Porque ya no iba a repetirse.

Ahora volvían a dolerle las pelotas, pero ya no sabía si era por el dolor de la traición. Creía que estaba un poco enamorado de la bruja bibliotecaria. Solo un poco.

Daniela era muy consciente de la presencia de Alejandro en el sofá, varado como una ballena moribunda, con aquella cara de censura que le rompía el corazón.

Siempre había despreciado a Andrés por sus métodos, sus trampas y sus falsedades, y ahora ella le estaba ayudando. Y tenía una excusa, una muy buena, pero eso no hacía que se sintiera mejor consigo misma.

Su mirada se quedó fija de pronto en los labios de Hans Gandía. ¿Se los había pintado o acaso ella había bebido tanto champán que lo veía todo brillante? Qué bonitos y perfectos eran, con aquel labio superior en forma de corazón y el inferior tan suave y gordito. Además, al hablar hacía como un puchero y parecían mucho más gruesos, como los de un bebé.

Y cuánto hablaba. Blablabla. Hablaba sin parar. Acerca de montañas, lagos, cordilleras, serpientes y ñus. Y él los conocía a todos. A los ñus también.

Fue a servirse otra copa, pero no quedaba más alcohol. ¿Qué había pasado con su reserva? Miró con censura a la Paca, pero esta enarcó una ceja con sorpresa, abrazada a su copa como si fuera a robársela. ¿Cuánto había bebido su abuela, que se suponía que lo tenía prohibido?

La vieja se había adueñado, además de lo que quedaba en la botella, de la silla más cómoda de la cocina. Desde allí, parecía dominar toda la situación, como si fuera la dueña de la casa. Y, sin duda, todo debía de parecerle muy gracioso. Ella aguantando el tipo como podía. Hans vanagloriándose de conocer todo el mundo, casi como si lo hubiera creado él mismo, y Alejandro en el sofá, solo, hundido, con el aspecto de sentirse fatal.

Quería acurrucarse con él en el sillón y besarle. Contarle toda la verdad y ver llover durante un año.

—Esa serpiente se me había enroscado alrededor de la pierna y yo ya no sentía el pie, ¿sabes? —La mano de Hans empezaba a tener una confianza excesiva con su brazo. De hecho, si subía un poco más, trabaría conocimiento con partes de su cuerpo que no debería conocer—. Y entonces noté la cabeza del bicho en mi... en fin... ahí... Como hay damas delante, usaré un lenguaje apto para señoritas: mi entrepierna. —La Paca estuvo a punto de caerse de la silla, no supo si por la borrachera o si por la risa por culpa de su sobreactuación. La verdad era que Hans era la monda—. Le dije: eh, nena, esa parte de mí tiene una cita en el hotel con una rubia estupenda. Le corté la cabeza con mi machete y la asamos para cenar.

A Daniela le dio la risa también, no pudo evitarlo. No era solo que aquella historia fuese absurda, sino que de verdad tenía pinta de creérsela.

Estaba borracha o cansada. La noche anterior apenas había dormido y quería que todos se largasen de su casa y estar a solas. No quería aguantar las bobadas de Hans ni ver la cara de pena de Alejandro, sentir que le estaba traicionando, ni que se traicionaba a sí misma.

Miró el reloj de la cocina y dio un grito tan exagerado que todos dieron un

respingo.

—¡Pero qué tarde es! Cada mochuelo a su olivo, señores.

Hans trató de quedarse, pero la Paca intervino y poco menos que lo empujó hasta la puerta. A Alejandro nadie tuvo que echarle. Se largó sin saludar siquiera, tras lanzarle otra de sus miradas llenas de tormento.

Era un capullo, pero tenía razón.

En ese momento se sentía como la bruja cabrona de su relato.

Podría empezar a escribir una obra de asesinatos nueva basada en hechos reales, porque eso tendría el éxito asegurado. Ya tenía las víctimas ideales: el editor cabrón que le tiende a su supuesto autor estrella una trampa para que escriba, todo mientras le insiste en que le adora, el niño prepotente que cree que lo sabe todo, el rubiales guaperas y creído y enemigo desde la infancia. ¿La *femme fatale* tramposa y traidora?

Alejandro apretó los labios. Dejaría a la traidora para el final, pero solo porque estaba buena y esas cosas siempre daban juego.

Sí, iba a disfrutar mucho con aquella historia. No sabía si podría publicarla, pero iba a quedarse a gusto. Matar, matar, MATAR.

Se giró en la cama y se quedó mirando hacia la ventana. En el Hoyo nunca amanecía, o al menos no ese día. Qué noche más larga, joder. Había dormido poco, y encima había tenido pesadillas, como cuando era un crío y no quería ir al instituto para no tener que aguantar a Anselmo y las palizas de sus compañeros. Era lógico, si lo pensaba, que los malos sueños hubieran vuelto al regresar Anselmito a su vida. Desde luego, se sentía como si le hubieran arreado una paliza de las de antaño.

En su pesadilla, volvía a una cueva a donde les habían llevado de excursión en el colegio. Todos llevaban cascos, linternas y se sentían excitados por el olor a humedad y aventura. Les habían dicho que era peligroso gritar y separarse, pero decirles eso a unos niños de diez años era llamar al desastre. Como era lógico, si había alguien con todas las papeletas para sufrir un «accidente», ese era Alejandro. De pronto se vio solo al doblar un recodo. Su linterna iluminaba menos que un candil y el mero sonido de su propia respiración en el eco de la cueva le provocó un ataque de pánico. Empezó a correr como pollo sin cabeza, haciendo que los murciélagos se asustaran todavía más que él. Había sentido el roce de sus cuerpos peludos y suaves

sobre él mientras corría, sin saber hacia dónde. De pronto, había chocado contra alguien. Se había caído al suelo y había sentido una luz brillante en los ojos.

—Podríamos dejarte aquí y nadie te encontraría nunca, idiota.

Anselmo no se había reído. Había apagado la linterna y le había dejado allí tirado, con la espalda sobre un lecho de guano de murciélago.

Nunca supo si había sido él el que había avisado de que estaba allí o si estaba a pocos metros de los profesores. Siempre había pensado que lo último era lo más probable, porque Anselmo no iba a rescatarle, eso seguro.

Durante meses había soñado con esa cueva, con los gritos de los murciélagos, con su tacto en el pelo. Hasta había pensado que iba a morir de alguna enfermedad extraña, como la rabia o la peste.

Había sido una suerte que no existiera internet entonces, porque habría pasado las horas muertas buscando síntomas que no tenía.

Esa noche, veinticinco años después, ese sueño había vuelto. Estaba en esa cueva otra vez, y Anselmo volvía a estar allí, cegándole con su linterna. Y nuevamente le dejaba encerrado en la cueva sin posibilidad de salir.

Angustiado, se había tenido que enfrentar con una realidad cruda y dolorosa: tenía un contrato y tenía que cumplirlo. Andrés se lo había dicho mil veces, tenía que reconocerlo, pero había algo en su cabeza que le impedía aceptar que era responsabilidad suya. Quedaba tiempo, siempre podía retrasarlo, no había prisa. Pero no, ni quedaba tiempo, ni podía retrasarlo y, sí, había prisa. Y mucha.

El adelanto que le habían dado no era millonario, pero no tenía ahorros para devolverlo, de tener que hacerlo. No tenía ingresos, no sabía hacer nada más. Se había pasado casi media vida siendo escritor, sin pensar que, en realidad, un día tal vez no podría vivir de ello. Que era afortunado y que la mayoría no lo eran. Todo eso había venido a su cabeza, como un rayo de inspiración, a eso de las tres de la mañana.

—Joder — murmuró.

Y encima Andrés le había mandado a Anselmito, como si no tuviera bastante con lo suyo.

Era su Magneto, su Kryptonita, su... no, no iba a llamarle Darth Vader, aquello suponía otorgarle demasiado nivel a ese cretino. Era su caca de perro perpetua en el zapato.

Y todavía se atrevía a decir que tenían que trabajar en sana rivalidad.

Madre mía, Andrés no sabía en qué mundo vivía. Si no fuera ilegal, Anselmo le mandaría a unos matones para acabar con él. O le echaría estricnina en el café. Eso si pudieran quedarse a solas sin que nadie lo supiera y no pudieran culparle después.

Ahora Anselmito, alias Hans, tenía una forma de hundirle inesperada y la iba a aprovechar al máximo.

Alejandro estaba en sus horas más bajas y Anselmo lo había notado. Claro que había que estar ciego y ser muy tonto para no verlo. Y Anselmo no estaba ciego.

Para cuando Alex decidió que lo único que le quedaba por hacer, lo único posible, era morir con dignidad, pero que al menos, antes de hacerlo, le reventaría a Anselmo esa maldita boca perfecta y esos bonitos ojos azules, ya estaba amaneciendo, y se sentía increíblemente bien.

Capítulo 19.

Un plan como los de las pelis

Cuando Daniela vio entrar a Alejandro en la biblioteca como cada día, sintió ganas de gritar de alivio, de levantarse, de besarle, de dar un saltito, pero se limitó a levantar la vista del manuscrito que estaba leyendo.

—Pensaba que no ibas a venir hoy.

—No vais a conseguir hundirme, que lo sepáis.

Alejandro no la miró siquiera, sino que se dirigió directamente a su vetusto ordenador. Mientras esperaba los minutos eternos hasta que se encendía y se conectaba a internet, Daniela lo observaba desde su puesto. Alex no se movía, se limitaba a mirar la pantalla en concentrado silencio.

—Si vas a inscribirte al concurso, tienes que rellenar el formulario que...

—Lo sé —la cortó—. Lo veo cada cinco minutos mientras escribo. Tranquila, lo haré en cuanto se encienda, no vaya a ser que se os joda el plan maestro. Tres participantes, ¡os va a salir redondo!

Daniela sintió sus palabras como una puñalada, aunque las esperaba.

—No es mi plan, a mí me gusta tan poco como a ti. Obligar a la gente a participar en contra de su voluntad no es...

—Algo ganarás con ello si has aceptado —volvió a cortarla él.

Hasta ese momento no la había mirado, pero entonces vio sus ojeras y su rostro pálido por encima de la barba. Ella tampoco había dormido bien, y la cabeza y la tripa le dolían por culpa del champán de la noche anterior. No tenía ganas de discutir, pero no iba a dejar que la insultara.

—Solo te voy a decir que Andrés me prometió algo hace años y lo tendré al fin si consigo que entregues ese manuscrito. No te voy a mentir, es algo que quiero mucho, que necesito.

—Lo necesitas lo suficiente como para joderme a mí la vida. Al menos,

podrías decirme lo que es para que juzgue si merece la pena empeñarme de veras, porque creo que vas a sacar más beneficio que yo de mi sufrimiento.

Estaba cabreado y tenía motivos para ello. Daniela pensó que debería haberlo enfocado de otra forma, que lo había hecho parecer como algo material y que había sonado ambiciosa y materialista, cuando era más bien todo lo contrario.

—Andrés me dejará romper la sociedad si entregas el manuscrito. Seré libre. Fin. —Trató de que su voz sonara seca e impersonal, pero no lo consiguió. A medida que hablaba, sintió que se emocionaba y que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Espero que te guste saber que tu sufrimiento sí merecerá la pena. Y que, por cierto, no eres el único que sufre con esta situación. Y ahora hazme el favor de apuntarte a ese puto concurso de una vez o te juro que te mataré a...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Alejandro se había levantado y había saltado con torpeza por encima de su mostrador. Antes de darse cuenta la estaba besando con ansia, limpiándole las lágrimas con los labios.

—Mira que eres boba, Rapunzel. ¿No podías decirme eso desde el principio?

—¿Y quitarte la sensación de autor maldito traicionado por todos? Con lo mono que estabas.

—Siempre he querido hacer el amor en una biblioteca. Menudo morbazo. Además, aquí nunca entra nadie, tenemos para horas si quieres.

Daniela rio mientras se dejaba arrastrar a la parte trasera del local. Aunque era pequeño, contaba con una zona infantil que nadie usaba jamás. Había unos cojines para que los niños leyesen en el suelo. Lo malo era que no había niños en Venta del Hoyo. O al menos, ninguno que fuera a su biblioteca. Esos cojines los lavaba ella misma una vez al mes solo por costumbre, así que se tumbó sin pudor en ellos.

—Esta biblioteca tiene los días contados. Sigue abierta porque la mantienen los fondos de la editorial. Sin ellos, acabará cerrando como muchas de los pueblos pequeños. Y lo malo es que a los de aquí les dará igual, nadie viene.

—¿Y eso te impediría dejar la editorial? Dios, debería enfadarme contigo por no habérmelo dicho, pero a la vez soy tan feliz de saber que no eres una traidora que creo que voy a llorar.

Daniela sonrió y le acarició el rostro. Se preguntó si se había peinado siquiera al salir de la ducha, pero olía bien, a una mezcla de sándalo y hierbas.

Y a campo. Le metió la nariz en el cuello e inspiró hondo. Luego le dio un lametón jugoso. Además, sabía bien.

—Llora, si quieres, pero que sea cuando ganes el concurso. Hazlo por mí, para darle por culo a Andrés, por favor. Quiero ver su cara.

—La única cara que yo quiero ver es la tuya, Rapunzel —bajó su rostro hasta el de ella, aunque se detuvo justo antes de besarla, mirándola muy de cerca para no perderse una sola de sus reacciones—. Por cierto, sé que fuiste tú la que escogió *La nube azul* para publicarla.

No le dio tiempo a reaccionar. La besó con tal fuerza que la dejó sin aliento. En todo caso, no había mucho más que decir. Ella misma se había delatado y era feliz de que él lo supiera al fin. Lo inesperado fue el calor que sintió en el corazón.

Había sido un tiro al azar, pero Daniela no lo había negado. La última conversación con Andrés le había hecho sospechar y ahora ella se lo había confirmado. Sin duda, ella sabía más de *La nube azul* que su propio editor.

Aquella maldita mujer, ¿cuántos secretos más le ocultaba todavía? Más feliz de lo que se debería ser en la vida, la apretó contra el pecho. Luchó contra el sueño durante unos minutos, y luego ya no fue consciente de nada más de lo que ocurría a su alrededor, más que de su cabello oscuro envolviéndolo.

Lo despertaron las voces. Daniela hablaba con alguien a quien no conocía. Decidió permanecer donde estaba. Para empezar, estaba desnudo y no quería delatar a la bibliotecaria. Y, por otro lado, lo que decían le interesaba.

—Me estás confirmando que lo de ese concurso es una gilipollez, como yo pensaba. Nadie habla de ello y no va a atraer a nadie. Si no les interesa ni a los escritores, para cuanto más a la gente con un trabajo de verdad.

El tipo era un encanto, la verdad. Desde donde estaba, Alejandro solo acertaba a verle de espaldas. Pelo blanco, chaqueta de ante fino, pantalón de pinzas de color beis. Un dandy. Y un cretino. De pronto, cuando se giró, vio que se trataba del tipo que había conocido el primer día y que le había indicado el camino con tanta amabilidad, se dijo con ironía. Nada menos que el señor alcalde.

—Todavía queda tiempo para que se apunte gente. Y no vamos a conseguir nada hablando en esos términos. Como alcalde de todos y todas deberías saberlo, Antonio.

No podía ver a Dani, pero parecía cabreada. Que se la arrancasen de los brazos para decirle algo así tenía que ser una broma.

Volvió a mirar al alcalde. No era de los que le gustaban que le replicasen con sus propias armas. Se había envarado todavía más y había levantado un dedo amenazador hacia su bibliotecaria. Alejandro entrecerró los ojos, alerta. Empezó a manotear, buscando los pantalones.

—No me vengas con esnobismos de intelectuales, Daniela. Sabes tan bien como yo que la cultura es para una minoría y que todo lo que no sea comer, beber y vaquillas está más muerto que Manolete. Así que, ponte las pilas o quito la entrega de premios del programa de fiestas. Tú verás.

Se escuchó un silencio sepulcral. Daniela no tenía nada que responder a eso. Al fin y al cabo, el alcalde tenía razón. Aquel concurso estaba siendo un fracaso.

En cuanto se oyó el ruido de la campanilla que anunciaba su salida, Alejandro salió de su rincón, vestido a medias.

—Cuéntame eso del programa de fiestas, y no me digas que es otro secreto. Quiero saberlo todo, hasta tu talla del pie. Lo llamaremos documentación —añadió, dándole un beso cariñoso en la nariz.

Daniela lo apartó de un manotazo, aunque luego lo apretó contra sí durante un instante.

—No quieras saberlo todo jamás sobre nadie, idiota. El misterio es lo mejor para mantener la pasión. En cuanto al alcalde, me temo que el dichoso concurso iba a ser el plato fuerte de las fiestas patronales y se va a quedar como entremés, o ni siquiera eso.

Alejandro jugueteó con uno de sus mechones mientras pensaba.

—Luego hablaremos de misterios y pasiones, porque todavía te debo diez páginas y tú a mí dos horas de internet. En cuanto a tu alcalde, tengo una idea. Puede ser un desastre, pero al menos puedo intentarlo, si me dejas.

Daniela le dio una palmada a su mano, que jugueteaba con uno de sus pechos sin miramientos.

—Te diré el plan del día: apúntate al concurso primero, luego me escribes diez páginas y luego hablaremos de tu plan. Con un poco de suerte, todavía tendremos tiempo para otro asalto más tarde. ¿Qué te parece?

Él sonrió. Nunca se había sentido tan despejado en su vida.

—Creo que nunca me habían ofrecido un plan mejor en mi vida.

La vida de Hans seguía una estrategia milimétricamente planeada. La había diseñado una empresa de marketing a la que le había pagado una pasta, y garantizaba el éxito absoluto en cinco años desde el momento de la contratación. Hans había seguido ese plan de un modo tan fiel y ciego que el éxito le había llegado mucho antes, pero eso no le había hecho abandonarlo al cumplirse el plazo establecido para su fin, sino que le había confirmado que funcionaba, y ahora lo seguía todavía con más fidelidad.

Se levantaba al amanecer, meditaba durante una hora, comía tan sano que a veces tenía sueños lujuriosos que incluían lonchas de jamón. Y, sobre todo, trabajaba. Y ese trabajo incluía amar a sus fans, y que estos le amasen a él. De un modo pecaminoso y carnal en ocasiones.

Facebook, Twitter, Instagram, miles de redes sociales, de grupos de lectores, y todo lo que pudiera garantizarle nuevos lectores y seguidores formaban parte de su rutina. Le daba igual si le amaban por guapo, por simpático o porque de verdad admiraban su trabajo. Lo ideal sería que fuera por todo ello, porque la verdad era que lo merecía.

Y, quien conocía a sus seguidores, también conocía a sus enemigos y sus redes. Por eso, fue de los primeros en ver el ridículo anuncio de Alejandro.

—Siempre tan patético —murmuró para sí, mientras masticaba una tortilla de claras que se había tenido que hacer él mismo en la cocina del hostel, porque la dueña no entendía lo que le pedía. Desde luego, aquel antro era lo peor que había conocido en su vida. Ni siquiera en África estaban tan retrasados como en Venta del Hoyo, que ya era decir. No le extrañaría pillar tifus o cólera antes de regresar a la ciudad. Al volver a su casa tendría que hacer una cura de desintoxicación triple.

«No hagáis caso de lo que se cuenta, sigo vivo y pido vuestra ayuda. ¡¡Gente con talento, sé que estáis por ahí!! ¿¿Os atrevéis con un concurso literario?? Matem os juntos (no literalmente, jajaja). Bases aquí»

A pesar de que solo hacía media hora de que lo había colgado, el mensaje de Facebook y Twitter de Alejandro ya lo habían compartido centenares de personas.

No había tenido tanta repercusión como sus fotos del último viaje al Congo, pero Alejandro nunca había tenido tantas respuestas en un solo día. Si hasta había algunos que preguntaban dónde estaba para retirarse todos juntos y meditar acerca de la literatura, la vida y escribir juntos sus obras. Sentía ganas

de vomitar y de reír al mismo tiempo.

Y de pronto se fijó en los nombres de los que respondían. Aquellos no eran los idiotas fans de siempre. Eran periodistas, autores de prestigio, ganadores de premios de nivel.

—Maldito mosquita muerta. Nunca conseguirás ganarme. Nunca. Nunca.

Capítulo 20.

Si todo va bien, sospecha que algo raro ocurre

—Voy ganando.

Daniela dejó el tenedor al lado del plato y miró a Alejandro. Se había puesto un viejo delantal que había encontrado en algún cajón y vigilaba a una prudente distancia los filetes que estaba friendo a un fuego demasiado fuerte.

Si comparaba el estado de la casa de la Paca antes de su llegada con cómo estaba en ese momento, debía admitir que Alejandro la cuidaba bien, mucho mejor que la propia dueña antes de mudarse. Claro que la anciana no había pasado sus mejores días antes del infarto. La muerte de su marido la había afectado y se había abandonado mucho. Por suerte, aunque todavía echaba de menos a su Manuel, había retomado sus ganas de vivir.

Con alegría, vio que Alejandro había limpiado todo a fondo y hasta había puesto platos que conjuntaban.

—¿Qué es lo que vas ganando, exactamente?

Él la miró como si fuera muy evidente.

—Todo. Lo estoy ganando todo. Voy a acabar mi novela y cumpliré mi contrato con Andrés y la productora esa, estoy recuperando mis ganas de escribir, tengo un pupilo que un día me lo deberá todo, tengo una novia guapísima y he aprendido a hacer filetes. ¿Te parece poco?

Daniela reprimió la risa. Alejandro parecía satisfecho con su vida.

—Y a ti el poder ganar a Hans, tu enemigo mortal, no te supone ningún aliciente, supongo. Y, por cierto, no somos novios.

Él fingió inocencia. Estaba guapo hasta con ese delantal de cuadritos lleno de manchas antiguas. Además, movía las caderas al ritmo de la música de una radio donde sonaban viejos éxitos del rock.

—Somos novios, digas lo que digas. En cuanto a Anselmo, porque lo de

Hans es un invento igual que ese pelo rubio de bote, no sé qué te hace pensar que humillarle en público me puede hacer feliz —añadió con una sonrisa llena de dientes—. Trae los platos, esto ya está. Y deja de sonreír así, porque no te vas a salir con la tuya.

Daniela le pasó los platos y trató de evitar su mirada. Alejandro podía ser un despistado y bastante inocente para muchas cosas, pero no era tan tonto como pensaba.

—No sé a qué te refieres.

—Acabas de hablar sin mover los labios —la acusó él—. Sabes muy bien de lo que hablo. Evitas contarme ese asunto de la sociedad con tu primo, eso para empezar. Y por otro, no quieres que hablemos de lo nuestro.

Daniela se metió un trozo enorme de carne en la boca. Estaba crudo por un lado y demasiado hecho por el otro, pero le dio igual. Haría cualquier cosa con tal de no hablar en ese momento.

—No sé a qué te refieres —repitió, tras tragar con dificultad—. E insisto en que no somos novios ni nada por el estilo. ¿Por qué no eres como la mayoría de la gente, que odia comprometerse?

Alejandro masticó su bocado con tanta lentitud que empezó a cabrearla. Su boca se movía como la de una vaca rumiando y sus ojos azules la miraban con fijeza, como si supiera algo muy importante sobre Daniela que ella misma no conocía. Consiguió ponerla nerviosa, al punto que sintió deseos de tirarle su copa de vino a la cara.

—Te gusto y no quieres reconocerlo —lo dijo con una seguridad aplastante—. La siguiente vez que te bese ya no querrás separarte de mí jamás, y lo sabes.

—Deberías dejar la novela negra y dedicarte a la romántica, Alex, porque se te da de miedo.

Daniela bebió de un trago lo que le quedaba en la copa, sabiendo que estaba quedando como una idiota y estaba delatando su nerviosismo, pero sin poder evitarlo.

Él se limitó a seguir mirándola durante unos instantes, aunque luego empezó a comer con naturalidad, como si no hubiera dicho nada especial. Comió con apetito durante un rato antes de volver a hablar.

—Come, o se te enfriará. Solo por comentarlo —añadió en tono casual—, puedes ser todo lo borde que quieras, porque te quiero igual.

El bocado que tenía Daniela en la boca saltó hasta el borde del plato de

Alejandro, masticado y convertido en una masa repugnante. Los dos lo miraron antes levantar la vista hacia el otro.

—Creo que será mejor hablar de esto más tarde —dijo él, con una sonrisa alegre.

Estaba preciosa cuando se enfadaba, o cuando fingía que lo estaba. Si de verdad estuviera molesta con él, se habría largado, pero ahí seguía, comiendo como si lo que había cocinado fuera comestible.

—Tu abuela me ha dado natillas para el postre. Dice que es el mejor afrodisíaco del mundo.

—Te diré por experiencia que la Paca y el abuelo Manuel no necesitaban afrodisíacos. Cuando dormía aquí de niña, me daban miedo los ruidos que salían de su dormitorio. Hasta que tuve la edad para saber por qué gritaban así, no me levantaba ni para mear por la noche. Desde que Manuel murió, no ha vuelto a ser la misma.

No parecía triste al hablar de ellos, más bien nostálgica. Se la imaginaba de niña allí, una cría de ciudad fuera de lugar.

—Creía que la casa donde vives era de tus padres.

—Sí, pero prefería quedarme con la Paca, y a ellos no les importaba. Deberías haber visto a Andrés jugando con las vacas y los cerdos. Le encantaba tirar mierda seca. A veces, cuando me cabrea en serio, pienso en él hundido en las bostas hasta las trancas. Me consuela. No sabes las ganas que tengo de deshacerme de esa puñetera sociedad. Seguir allí es un castigo.

Alejandro sintió que, en parte, ese dolor era culpa suya. Al fin y al cabo, él también formaba parte de todo aquello.

—Pero habrá tenido sus momentos buenos, supongo.

Supo que se le había escapado otra vez aquel maldito tono suplicante cuando la vio sonreír. Ya no tenía esa mirada lejana, sino que lo miraba a él, como no había vuelto a mirarlo desde el inicio de la noche.

—A veces una descubre cosas sorprendentes, nuevas promesas... nubes azules.

Alejandro estiró una mano y tomó la suya por encima de la mesa. Ella no lo esquivó, sino que enredó sus dedos entre los de él.

—Cuando dijiste el nombre de Adrián aquella noche casi me asusté, ¿sabes? Sonó un poco a fan chiflada. —Cogió un cuchillo y acuchilló el aire

con aire de fanático, haciéndola reír—. Pero luego pensé que, en realidad, es muy tierno. Yo no sería hoy quien soy si no fuera por ti. Te mentiría si te dijera que quiero que dejes la editorial, porque quiero trabajar contigo si sigo allí, pero te ayudaré a largarte si es lo que quieres.

Vio cómo los ojos de Dani se empañaban, aunque ella trataba de disimularlo.

—¿Y acabar de paso con tu enemigo mortal?

Alejandro adelantó los labios, imitando el mohín de Hans que tanto les gustaba a sus seguidores.

—No es que sea un requisito imprescindible, pero si pudiera ser...

Daniela sonrió y se levantó. Cuando lo besó, Alejandro supo que tenían un trato, más o menos. Ya solo le faltaba admitir que lo quería, al menos un poquito. Por suerte, tenía todo el tiempo del mundo para esperar.

Su plan de éxito a cinco años lo decía de modo expreso: evitar los conflictos en público.

Hans estaba sentado en una mesa vieja del aún más viejo bar del pueblo. Todos le miraban con cara de pocos amigos, como al nuevo sheriff guapo al que esperan pillar en un renuncio para pegarle un tiro por la espalda. Y olía a carne asada por todas partes. ¿Acaso allí nadie sabía lo que era la dieta macrobiótica?

La cobertura de su teléfono móvil estaba a punto de morir, como la última luz del día, pero estaba cabreado después de leer los miles de mensajes a favor de Alejandro. Al menos veinte personas se habían presentado ya al dichoso concurso. Autores no publicados con manuscritos en un cajón que se habían decidido a dar al fin el paso, amigos autores, incluso algunos de conocido prestigio, que iban a presentar algo para acompañarle.

Y no es que de verdad creyera que ninguno de ellos fuera a resultar competencia real, pero le molestaba ver que ese idiota tenía a tanta gente a su lado.

«Estoy acojonado ante tanta competencia. *Deseando saber quién es el ganador.* #Paz #Amor #HansGandía #Peace,loveandHans»

Sus dedos actuaron por decisión propia. El mensaje se quedó pendiente de enviar durante un minuto largo, mientras la cobertura iba y venía. Pero al fin apareció en la pantalla, con una foto suya con rostro alegre y sus dedos índice

y corazón levantados. Al fondo había salido un camarero con gesto adusto, pero le dio igual. Al instante, sus seguidores empezaron a responder con emoticonos y frases insultantes hacia Alejandro y sus amigos buenrolleros.

Aquello era la guerra.

Capítulo 21.

El arte de la guerra

—Me encanta. No sé cómo lo has conseguido, pero me encanta. Ya sabía yo que...

Daniela no les hacía ni mucho caso ni poco a las redes sociales, ni siquiera a las páginas de la editorial. Habían contratado a un becario para que las llevara. Por suerte, era un chico listo y conocía las normas gramaticales y ortográficas. Además, publicitaba las obras cada día, daba cancha a los autores con sus particularidades y evitaba polémicas.

Sin embargo, por algún motivo, cuando despertó, había una guerra cibernética montada entre Alejandro y Hans, y Andrés la estaba potenciando.

Había dejado a Alex en la cama y había escapado como una ladrona. No quería charlas intensas desde por la mañana. Aunque, visto lo visto, casi prefería ver los ojos de corderito de Alejandro que tener que aguantar las tonterías de Andrés. Y lo peor de todo era tener que enterarse de lo que estaba ocurriendo de aquella manera. Había ido a la biblioteca, aunque todavía era temprano, porque era el único lugar donde la conexión era decente.

—Somos trending topic en Twitter desde ayer. No lo habíamos sido jamás.

—Y no volveremos a serlo, así que disfruta el momento —replicó ella, con tono seco.

Dani no se molestó en decirle que no era bueno ser popular por algo ajeno a la literatura. Mientras leía los mensajes de Hans y de sus fans, y las respuestas cada vez más agresivas de los de Alejandro, supo por qué Andrés estaba tan contento. Aquello garantizaba la publicidad no solo para el premio, sino para la editorial.

Ya había cincuenta inscritos en el concurso. Contando con que enviaran sus obras la mitad, y la mitad a su vez fueran publicables, tendrían material para

una buena temporada.

Y Alejandro no había considerado necesario decirle lo que iba a hacer. Ahora entendía aquello de que iba ganando.

La campanilla la avisó de que ya no estaba sola. ¿Quién diablos podía ser a esa hora?

—No estamos abiertos —gruñó, sin levantar la vista siquiera.

—Yo siempre he considerado que el mundo en general está abierto ante nosotros, preciosa. Me han dicho que aquí tenéis internet. Mi móvil ha muerto.

Daniela miró a Hans. Tenía tan buen aspecto como siempre o incluso más. Parecía satisfecho con la que había liado, el muy capullo. Sintió deseos de echarle de allí, pero no podía hacerlo. Su deber como bibliotecaria era el de captar a todo posible usuario que pudiera. Y Hans era famoso. Con suerte, podría conseguir que se hiciera una foto y la colgara en sus redes sociales, diciendo que aquella biblioteca era estupenda y fueran todos a visitarla.

Se esforzó por sonreír y apoyó los codos en la mesa.

—Necesitaré tu DNI, por favor. Es para hacerte una ficha.

Él entrecerró los ojos, como si la viera por primera vez. De hecho, supo que le costaba ubicarla. Y a ella le costó no mandarle al carajo. Había estado en su casa, se había bebido su reserva de champán. ¡Le había hablado de una serpiente que casi le mordió en la entrepierna! Pero, al parecer, no era tan memorable como para recordar su nombre.

Con una lentitud pasmosa (evidentemente, Hans luchaba para recordar cómo se llamaba, y ella pasaba de tener la delicadeza de recordárselo), sacó su cartera y le tendió un documento de identidad donde aparecía una foto digna de un book de modelos. Aquella debía de ser la única foto de DNI favorecedora del mundo.

—Anselmo Gandía —dijo Dani en voz bien alta, deleitándose en la expresión de fastidio del rubio—. Qué callado te lo tenías. Bueno, te explicaré las normas: tienes media hora y te daré media más si...

Él dio una palmada para acallarla.

—No me has entendido, Beni... Dori...

—Daniela Sirvent. Ahora trabajas en mi editorial.

Hans no pareció escucharla. Cerró los ojos y la apuntó con un dedo largo y moreno. Su uña estaba tan brillante que parecía que la habían pulido con una esmeriladora.

—Igual no me he explicado bien, Daniela, querida editora mía —comenzó,

clavando en ella unos ojos de un azul casi doloroso, demostrando que igual sí la recordaba un poco—. Necesito internet. Todo el internet. Toda esa chorrada de la media hora no puede ir conmigo, ¿verdad?

Le recordó por un instante a un bebé pidiendo un biberón. Si se lo negaba, rompería a gritar y llorar. Imaginó lo que diría Andrés si le negaba lo que quería. Y le dio igual. Aquella era su biblioteca y todo el mundo tenía los mismos derechos.

Al menos Alejandro lo había negociado. Por un instante, comprendió por qué Alex odiaba tanto a Hans. Y es que, sin esperar una respuesta, se había colocado a su lado y estaba estirando las manos para teclear en su propio ordenador.

Le dio una palmada nada amable para que se apartase y él la miró con sorpresa, como si no pudiera creer que aquello pudiera estar ocurriendo.

—Mira, Anselmo...

—Hans.

—En este recinto es obligatorio por ley usar el nombre que aparece en el DNI —la mentira le salió de modo tan natural que se asustó a sí misma. Pero el mero hecho de ver la expresión demudada de ese idiota la compensó—. Así que Anselmo. Te diré algo y espero que te quede claro: para mí eres un autor más de la editorial, y no voy a darte ninguna ventaja, en el concurso ni en el uso de recursos de la biblioteca, ni en nada.

El rubio sonrió. Se separó un poco, pero no del todo. Quería que ella sintiera el influjo de su belleza y su poder. Y el de su colonia carísima y de aroma delicioso.

—De acuerdo, no me parece un mal trato. Pero espero que se trate del mismo modo a todos los competidores.

Daniela se esforzó por sonreír. No le gustaba que la presionaran, y menos todavía en su propio terreno.

—Claro —admitió al fin.

Él la miró durante unos instantes, esperando una duda en su mirada, una fisura. Por suerte, se largó pronto. Por lo visto, aquello era demasiado deprimente para él.

—Mierda —dijo en cuanto se supo a solas. La había cagado, pero bien.

Alejandro empezaba a querer tener un despertar normal con Daniela. Lo

malo era que ella nunca estaba cuando despertaba. Ahora comprendía lo que sentían las mujeres abandonadas, siempre mayoría, en los libros que leía o en las películas. Dolía, y mucho.

Y ella ni siquiera le había dejado una de esas notas con besitos y un *te quiero* para consolarle por su ausencia.

Miró los platos de la noche anterior, que no habían fregado, y pensó en que otra vez habían dejado miles de temas sin tratar. Se acercó a la ventana y observó el exterior, agreste y descuidado. Se preguntó cómo sería cuando aquella casa estaba ocupada por gente que la cuidaba y quería de verdad. Seguro que Manuel le habría dado un pescozón por no haber recortado las malas hierbas de la entrada ni cortar los árboles que quitaban luz a la casa. Aquel tipo debía ser un hombre estupendo si alguien como la Paca le había querido tanto.

No había fotos suyas en la casa, ni de nadie. Ni siquiera en los cajones. Reconocía que las había buscado en los primeros días, pero, quitando la vajilla y los utensilios para comer y cocinar, no había nada personal en la casa. La Paca se lo había llevado todo, como si supiera que no iba a volver.

Se preguntó si aquella alegría y aquel desparpajo no eran una pantomima para ocultar su tristeza. En el fondo, ya fuera en la ciudad o en aquel pueblo, las personas no cambiaban tanto. Nadie quería que se viera el dolor que ocultaban.

Escuchó el ruido de un coche al detenerse ante la casa. Se asomó otra vez y sonrió al ver que era Dani. Quizás sí tuviera besos de buenos días, después de todo.

Supo que algo malo había pasado cuando vio su cara y su pelo. Otra vez aquella coleta tensa. Además, no le habló al entrar, sino que se sentó y se limitó a mirarle como si hubiera cometido un crimen horrible.

Se agachó delante de ella y le tomó una mano.

—Me recuerdas a Mimí Malpica, la cantante que asesina a su mánager en *Muerte radical*. Él la explota cada día y la violó cuando era adolescente, y usa eso para presionarla durante toda su carrera, pero ella sigue sintiéndose culpable por haberle matado.

—Esa parte me pareció muy forzada. Debería haberse sentido liberada. Yo me sentiré liberada el día en que todo esto acabe.

—Ay —gimió Alejandro, llevándose una mano al corazón—. Qué cruel es la triste verdad, Rapunzel. Y ahora dime qué te hace poner esa carita de mono.

Daniela le empujó hasta hacerle caer al suelo.

—Carita de mono la tendrá tu madre, y tú la has heredado, que lo sepas.

—Pues entonces nuestros hijos tendrán cara de mono también, pero los querremos igual.

Alejandro se había acomodado en el suelo y la miraba con los codos en las rodillas. A su pesar, ella parecía más tranquila.

—Tú y yo no vamos a tener hijos, porque no somos nada, Alex. Y, cuando sepas lo que he hecho, no querrás verme más.

Se lo contó con voz seria, mientras evitaba su mirada. Miraba sus manos fijamente, retorciéndose los dedos y buscando pellejos en las yemas. Alejandro la escuchó en silencio durante unos instantes.

Si le permitía a él el uso del ordenador, tendría que hacer lo mismo con Anselmo. Era justo. Ninguno tendría ventajas. Le parecía bien. Anselmo había demostrado que no era ningún idiota, después de todo. Por otro lado, si no era para usar el ordenador y el wifi, ya no tendría excusas para bajar a la biblioteca para verla, y eso no estaba tan bien.

—¿Y a cambio de qué voy a entregarte mis diez páginas diarias ahora? —preguntó.

Daniela levantó la vista al ver que intentaba controlar la risa con todas sus fuerzas.

—No te rías de mi sufrimiento. No sabes lo mal que lo he pasado pensando que me odiarías, imbécil.

Alejandro tiró de ella y la sentó sobre sus piernas. Daniela se acomodó entre sus brazos, dejando caer las lágrimas que había estado conteniendo durante horas. Él comprendió que, en realidad, lloraba por la tensión acumulada durante días, meses, tal vez años. La acunó contra sí y la besó en la frente.

—No me río de ti, Rapunzel. No diré que no te eche de menos, pero has hecho bien. Estaremos en igualdad de condiciones y...

Ella puso un dedo en sus labios para acallarle.

—Si crees que estáis en igualdad de condiciones, es que eres más bobo de lo que pensaba o que no conoces a tu enemigo mortal —lo cortó Dani—. Está liando tal campaña contra ti, apoyada además por Andrés, que me temo que tiene algo planeado, y no me gusta nada de nada. Y eso de que me vas a echar de menos, olvídale. En mi casa tengo conexión a internet y es toda tuya, a cambio de esas diez páginas diarias, por supuesto.

Alejandro emitió una risa ronca y malvada.

—¿Y qué hay del juego limpio y de la igualdad de oportunidades?

—¡Oh, cállate, por favor! —exclamó, antes de besarle y tumbarle en el suelo para aprovecharse de él con su superioridad a todos los niveles.

—¿Te vas a ir ahora también?

Daniela estiró la cabeza y buscó el teléfono móvil, que allí funcionaba como poco menos que como un reloj. En algún momento de la mañana habían acabado en la cama y habían dejado de hablar de Hans, de Andrés, del concurso, y de todo en general.

—Son casi las once. Debería estar trabajando. O al menos en el trabajo.

Alejandro empezó a acariciarla por debajo de las sábanas. Por lo visto, ya no podía engañarlo ni a él. Odiaba aquel lugar donde nunca tenía nadie a quien aconsejar, donde no había novedades y solo venían a pedirle favores o la clave del wifi. Al menos tenía la delicadeza de no decir todo aquello en voz alta. Era el único.

—Olvida el trabajo. Aquí se está mejor.

Daniela no podía negarlo. Allí se estaba mucho mejor. Dentro de aquella casa, con él, olvidaba todas sus preocupaciones, pero aquello no era bueno. Tenían obligaciones y un plazo que cumplir. Mientras él la apretaba contra sí, Dani hundió la nariz en su cuello y aspiró hondo. La barba le cosquilleaba en la mejilla y la hizo reír.

—La barba te favorece. Sin ella pareces un crío.

Él le giró la cara para que le mirase. El pelo demasiado largo le caía en los ojos. Su peinado no tenía forma definida, y no sabía si lo tenía así por dejadez o era algo premeditado, pero le sentaba bien.

—Siempre olvido que me sigues la pista desde hace años. Y que estás colgada de Adrián, por cierto.

Daniela sintió que se sonrojaba. Le habría gustado olvidar aquel lapsus, pero era evidente que Alex no parecía enfadado, sino más bien divertido. La mano que antes la había acariciado de forma íntima, ahora recorría su mejilla roja de vergüenza y la comisura de su boca.

—Es que Adrián es muy mono y no pude evitar enamorarme de él.

—Pero no quisiste conocerme en persona.

La voz de Alejandro sonó un poco triste, aunque todavía sonreía. Sus dedos

se habían detenido sobre su labio inferior, recorriendo su forma con lentitud, como si quisieran grabarse su forma.

—No quiero joder este mágico momento, Alex, pero la mayoría de los escritores son imbéciles, aunque lo que escriban sea gloria bendita. No quería romper el encantamiento.

La sonrisa de Alejandro, lejos de apagarse, se ensanchó todavía más. De hecho, parecía encantado con su sinceridad.

—¿Sabes qué? Tienes razón —dijo, besándola con fuerza—. Somos imbéciles, arrogantes, y la mayoría no sabemos hacer la O con un canuto aparte de escribir. Pero lo mejor de todo es que, si nos hubiéramos conocido entonces, no estaríamos aquí ahora.

Daniela sacudió la cabeza con incredulidad.

—Eso es absurdo. ¿Quién sabe dónde podríamos estar?

Alejandro levantó las manos y señaló a su alrededor.

—Eso es, ¿dónde? Mi teoría es tan válida como cualquiera. Disfruta. Olvídalo todo esta mañana. Bésame y sé feliz durante dos horas.

Sonaba divertido y sencillo. Y, sorprendentemente, lo era.

Capítulo 22.

La clave es la perseverancia

—Este párrafo es superfluo y, por tanto, eliminable.

Alejandro tenía que reconocer que estaba disfrutando de un modo pecaminoso. Ayudar a aquel chaval le quitaba tres horas cada día. Tres horas maravillosas que podría dedicar a escribir, a contemplar el paisaje o, algo mucho más entretenido, besar a su novia no declarada, pero aún así, sentía una estúpida satisfacción que no admitiría jamás en bajarle los humos a Johnny.

El muchacho tenía talento, sí. Y mucho. Pero, como todos los críos con talento a su edad, estaba verde. Y lo malo era que, como todos a su edad, no quería admitirlo.

—Me costó una hora escribir ese párrafo, tío. Ni se te ocurra borrarlo o...

—Tendrás que darme un buen motivo para mantenerlo. Por ejemplo, dime qué aporta a la trama. ¿Dice algo nuevo sobre la historia o los personajes?

Johnny apretó los labios. Si seguía tensando la mandíbula de esa forma, iba a saltarse un empaste. Sabía que tenía razón, pero, por orgullo, no podía admitirlo. Muy cerca, en su puesto, Daniela fingía no escuchar ni una palabra de lo que decían. Había decidido no intervenir a favor de uno ni de otro.

Estaban sentados en una de las mesas de estudio de la biblioteca. Por culpa de Hans, no podían usar el viejo ordenador ni el wifi, así que a Alejandro le parecía que aquello tenía un punto de romanticismo.

—Esto es como trabajar a la antigua usanza. Yo no tuve mi primer ordenador casi hasta los veinticinco. Escribí todo el manuscrito de *La nube azul* en cuadernos y lo transcribí en una maquina de escribir Olivetti a la que le bailaba la T.

No dijo que ese primer ordenador se lo había comprado con el dinero del premio y que se había tenido que pelear con él durante meses hasta

acostumbrarse.

—¿Y cómo pudiste vivir hasta entonces, tío? —había preguntado Jonathan con incredulidad y horror en la mirada.

Ese crío no solo era un egocéntrico, sino que no sabía nada acerca de la vida. Solo era capaz de imaginar su propia realidad. Así no podía ser escritor. Por suerte, allí estaba él, para enseñarle lo dura que era la realidad cuando uno se las tenía que apañar con un boli y un cuaderno, y hasta con una máquina de escribir que pesaba una tonelada.

Pensó que aquella forma de trabajar no se alejaba demasiado de los viejos tiempos. Aunque, claro, a pesar de no contar con conexión a internet, el ordenador portátil de Alex era pasable y también la tableta de Johnny, aunque Alex era incapaz de teclear en aquel aparato tan sensible.

—Este párrafo simboliza el mundo interior de Emma —explicó Johnny al fin, con intensidad.

Alejandro intentó no sonreír. Cruzó los brazos y se recostó contra la incómoda silla. Casi entendía que nadie fuera a estudiar allí. Aquellos asientos eran capaces de dejar a alguien estéril después de una hora de uso.

—Pero eso lo sabes tú —dijo con sorprendente amabilidad. Señaló las líneas anteriores con insistencia hasta que consiguió que el muchacho mirase—. Fíjate, justo en el párrafo anterior es Joshua el que habla, y ahora, de pronto, según tú, es la voz de Emma la que narra. Pero tú no lo dices. No hay nada que lo indique. ¿No crees que el lector se sentirá confuso?

—Se entiende perfectamente. Yo lo entiendo.

Alex suspiró. Echó una mirada hacia Dani, que seguía sin mirar en su dirección. Desde luego, por aquel sufrimiento merecía una compensación de nivel superior.

—Te lo diré de otra manera, niño. Imagina cuando tú lees y te encuentras esos finales donde de pronto te dicen que el malo es Pepe, pero ese tío ni ha salido a lo largo de la novela, ni ha habido pistas que indiquen que él es el asesino, y además no tiene sentido, porque nadie conoce a Pepe, ni es el mayordomo siquiera. Y tú te cagas en todo, ¿a que sí? Pues su autor también lo entiende perfectamente —añadió con una sonrisa llena de dientes.

Johnny entrecerró los ojos, no demasiado convencido.

—Tú crees que te sabes todos los trucos porque eres viejo.

Alejandro le dio una palmada que estuvo a punto de tumbar al chaval contra la mesa.

—Claro, lo sé todo porque soy viejo. A ti el hecho de que mis novelas hayan vendido millones y hayan hecho una peli y hasta una serie basada en ellas no te dice que igual sé de lo que hablo. Quiero ese capítulo corregido para mañana. Y nada de mundos interiores de Fulano ni de Mengano. Piensa en lo que te he dicho. Ponte en la piel del lector.

Johnny se largó tras dirigirle un gesto nada agradable. Desde luego, ese niño no sabía lo mucho que tendría que agradecerle un día.

Con un chasqueo de lengua, se levantó de la silla infernal y se acercó al mostrador donde Daniela fingía leer con una concentración impresionante.

—¿Has hablado con el abogado?

Daniela le miró al fin. Esa mañana le había dicho que hablaría con su abogado para tratar sobre la ruptura de la sociedad. Sabía que Andrés intentaría engañarla, así que ella emprendería sus propios trámites para que no la pillara por sorpresa.

—Como siempre, todo depende de Andrés y de si decide romperla de modo amistoso —su pronta respuesta le confirmó que había estado atenta en todo momento a lo que hacían.

Parecía cansada. Ese día se había recogido el oscuro cabello en una trenza y se parecía más a Rapunzel que nunca. Con ojeras y todo, era la mujer más guapa que había conocido. Y la más lista también, salvo, quizás, al dejar que él se acercase a ella, porque era un poco gafe.

—Se supone que es lo que va a hacer si yo entrego el manuscrito a tiempo. Y te juro que voy a hacerlo. No solo por ti, también por mí. Quiero librarme de una vez de esos polis y hacer algo distinto.

Pudo ver en sus ojos la duda y se sintió incómodo.

—Te advierto que Andrés no te dejará irte sin más.

—No he dicho que quiera dejar la editorial, solo que quiero cambiar de estilo.

Otra vez aquella mirada de duda.

—La cuestión es que lo que hagas sea rentable y si Andrés te seguirá queriendo si haces algo diferente a Ortega y Gasset. —Se le notaba que no quería sonar como una maestrilla, pero aún y todo el tono que usaba era un poco irritante, sobre todo porque todo lo que decía era verdad.

—Quieres decir que ya no estarás ahí para rescatarme del montón de manuscritos desechados. Que, si no fuera por ti, él no habría publicado *La nube azul*. Joder, me alegra tu confianza en mi talento.

Alejandro sintió deseos de dejarse caer en algún sitio y mirar al infinito, pero no delante de ella, que ya había dicho que los autores en general eran inmaduros e insoportables.

—A Andrés le importa una mierda tu talento, maldita sea, le importa que lo que haces se venda —dijo Daniela, con aire cansado—. Y por millones, a ser posible. Y no me seas niño ahora y me digas que no lo sabes. Si creaste a Ortega y Gasset fue por eso, no lo niegues. Querías saber lo que se siente al ser un autor que vende. Ahora ya lo sabes. Y estás harto y quieres volver a tu esencia. Me parece bien, pero piensa que hacerlo puede acabar con tu fama, tu serie de televisión y tus ingresos anuales. Solo piensa en ello.

Alejandro suspiró. Oírlo en voz alta sonaba jodido, pero no iba a negar que era cierto. Él no estaba hecho para la fama... si es que aquello era la fama. Porque a él pocas veces le habían parado por la calle para firmar un libro. Nadie le conocía, salvo en algún congreso literario. Y solo los muy fanáticos. Porque no era precisamente popular, ni le gustaban las aglomeraciones ni acudía a saraos como no fuera por obligación. En pocas palabras, él no era Anselmo, ni quería serlo.

—Lo sé —admitió al fin—, pero quiero probar.

Daniela sonrió. Una sonrisa lenta y un poco temblorosa que tiró de la suya.

—Sí, yo también quiero probar.

Curiosamente, aunque hablaban de libros, los dos sabían que hablaban de algo muy distinto. Y sintieron miedo, curiosidad y felicidad a la vez.

—Me tenéis abandonada —dijo la Paca nada más oír el ruido de la llave en la puerta—. Y a mí no me engaños, no estáis escribiendo solamente. Si es niña, le ponéis mi nombre, aunque sea feo.

Daniela soltó todo lo que llevaba en el sofá y después se tiró ella misma en él. Estaba agotada entre Andrés, Hans, Johnny, el alcalde y Alex. En definitiva, en ese momento odiaba a los hombres. Solo quería darse una ducha y meterse en la cama a solas.

—Paca, no quieras saber todo lo que está pasando, porque te daría otro infarto.

—¿Tan divertido?

Daniela hundió la cabeza en un cojín y gruñó.

—Echo de menos mi coñazo de vida.

La vieja tuvo el descaro de reírse de ella, como si estuviera diciendo bobadas.

—No seas idiota, es la primera vez que te veo contenta en años, así que disfruta.

Dani decidió que no merecía la pena ahogarse con ese cojín, que era mejor ahogar a la Paca para que se callase. Estaba claro que no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿A qué le llamas disfrutar? Me voy a quedar calva de tanto tirarme de los pelos. Y llevo días sin comer en condiciones del estrés. Y Alex...

La Paca se sentó a su lado en el sofá, con expresión ávida.

—Al fin llegamos al tema que me interesa, el guapetón. Lo que te pasa es que ya no te acuerdas de lo que desgasta tener novio. Hay que comer bien para tener fuerzas para luego rendir bien en la cama. Mi Manuel y yo...

Daniela levantó una mano y la detuvo antes de escuchar una nueva tanda de consejos amatorios. Cerró los ojos y suspiró. Su tía abuela podía quedarse con que sus únicos problemas eran cómo aguantar en la cama con Alex, pero había otras cosas más acuciantes. La verdad era que lo que sentía por él era lo que menos le preocupaba en ese momento. Ya lo pensaría más adelante. O no. Quizás ni siquiera tuviera que llegar a pensarlo.

—Alex y yo estamos bien, gracias. Igual a ti te parece una bobada, pero es posible que tu nieto me la esté jugando y no pueda irme de la editorial.

La Paca le dio una palmada en la mejilla, no tan suave como para no dejarle una marca rojiza. Picaba.

—No me parece una bobada. Lo que me parece increíble es que tú no te hayas dado cuenta hasta ahora. Andrés ha salido a la rama paterna de la familia. No puede dejarte ir, porque sabe que el negocio se le va a la puñeta. Así que, una de dos: sé más lista que él y consigue tu libertad, o quédate y juega mejor tus cartas.

Pensó en las posibilidades. Llevaba tanto tiempo pensando en largarse que nunca se había planteado lo último. Y la verdad era que quizás fuera la única posibilidad, conociendo a su primo. De pronto sintió que perdía peso y que su alma se aligeraba. Dentro de la editorial había muchas cosas que podría hacer, otros Alejandro de alma sensible a los que ayudar.

Apoyó la cabeza en el hombro de su abuela y suspiró.

—Joder, qué sabia eres, Paca.

Sintió una palmadita en la cabeza.

—Si es que no se os puede dejar solos, criaturas.

Lo bueno de los pueblos pequeños, o eso decían, era que todo el mundo se conocía. Por tanto, no debería ser difícil saber dónde se encontraba, digamos, el alcalde. Sin embargo, a Hans le costó un día y medio localizarle. Y, cuando al fin lo tuvo frente a frente, él no se mostró nada sorprendido de que alguien de su talla quisiera su colaboración.

—Algo beneficioso para todos.

En general, una frase semejante habría hecho que su interlocutor se abalanzase a aceptar o, cuanto menos, a pedir detalles, pero Antonio Grande se limitó a mirarle con aquellos ojos claros durante unos segundos antes de bajarlos a la ración de gambas al ajillo que estaba comiendo.

El bar, claro. Había estado allí desde el principio.

Al cabo de unos minutos, como haciendo un esfuerzo, el alcalde hizo un gesto con la mano, animándole a explayarse.

Hans suspiró. Odiaba aquel pueblo. Odiaba todos los pueblos del mundo. Y odiaba, sobre todo, a la gente de los pueblos. Sin embargo, se obligó a dibujar en sus labios perfectos la más perfecta de sus sonrisas. Sabía que funcionaba, no en vano la había ensayado durante años ante el espejo.

Incluso Antonio Grande sintió su influjo, porque dejó de masticar gambas durante unos segundos.

—Imagine Venta del Agujero retratada en una novela.

—Venta del Hoyo.

—¿Cómo?

Antonio Grande se estaba limpiando las manos con una de esas toallitas húmedas que apestaban a limón sintético. El olor era tan fuerte que a Hans le lloraban los ojos, pero disimuló y mantuvo su sonrisa a prueba de bombas.

—El pueblo se llama Venta del Hoyo, señor...

—Hans Gandía, autor del bestseller *Anaconda asesina*. Seguro que lo conoce. Se habló de que Spieldberg lo llevara al cine.

El alcalde aspiró entre los dientes, haciendo caso omiso de la ansiedad en la voz de Hans. Le estaba insultando adrede, y le daba igual que se notara.

—No me suena de nada. Yo soy más de leer la *Guía para la cría del cerdo de pata moteada*. Seguro que le suena. Aquí es lo más vendido. Dígame lo que quiere, que se me enfrían las gambas.

Hans tuvo uno de esos fogonazos de inspiración que lo asaltaban a veces. Vio el interior del alcalde como en una charca de agua clara, y en su corazón pudo leer la ambición política, el ansia de poder y dinero, de reconocimiento. Y también algo de lo que adolecían la mayoría de los políticos de ese país: una honda incultura y un desprecio supremo hacia todo lo que desconocían y no podían comprender.

—Tengo entendido que ha pensado en quitar el premio literario del programa de fiestas —dijo, yendo al grano y captando toda la atención del alcalde, que pareció olvidar al fin sus gambas—. Yo de usted no lo haría. Hay miles de personas siguiendo este asunto en las redes sociales y no descarto que vengan al menos la mitad a ver el desenlace. A este paso, igual hasta salimos en las noticias. Somos famosos.

La sonrisa llena de seguridad del alcalde vaciló al fin. Pudo ver en su mirada que quería mandarle al infierno, pero que no podía. Vio que su mano buscaba el teléfono, pero que dejaba de manotear cuando notó que lo miraba. Sí, sabía que, en cuanto se fuera, lo comprobaría. Y se llevaría una buena sorpresa.

Andrés le agradecería que hubiera retomado el terreno que esa bibliotecaria había perdido. Y no tendría más remedio que darle el premio, como le había más o menos prometido.

Era una suerte que, solo por si acaso, hubiera guardado la conversación en la que Andrés le había ofrecido el contrato y el galardón.

Capítulo 23.

El león duerme esta noche

Andrés nunca había dormido tan bien como esa primavera. Por primera vez en muchos años sentía que todo funcionaba bien, que la maquinaria estaba engrasada, y que las semillas plantadas darían como fruto un jardín lleno de hermosos billetes.

Y todo gracias a su ingenio.

Había sabido controlar el carácter de Daniela para que hiciera el trabajo sucio, por fin había metido en vereda a Alejandro y tenía a una nueva estrella en cartera para cuando él estuviera de capa caída. Además, no iba a negarlo, ese conflicto que los dos acarreaban desde niños daba mucho jugo al asunto del concurso. Ni siquiera recordaba que se odiaban hasta que había visto las cosas que decían sus fans en las redes. Luego había visto las alusiones a los personajes de la novela de Alex y lo había comprendido todo.

Algunos dirían que era cruel al someter a sus autores a semejante presión, pero él lo llamaba aliciente. Seguro que de allí solo podía salir algo bueno. Ya era hora de que Alex entendiera que su trabajo como autor era escribir. Que había firmado un contrato, y que le debía un libro. Y eso solo para empezar. Que tuviera una crisis no era su problema. Cómo la superaba tampoco lo era.

En cuanto a su prima, algo se traía entre manos con Alejandro. El hecho de que estuviera demasiado callada y protestara poco era clara señal de ello. A veces le daba pena, pero debía entender que, cuando se firmaban papeles, había que leer bien todas las condiciones y cláusulas. Además, ella siempre decía que quería poner su grano de arena en el mundillo cultura. ¿Cómo pensaba hacerlo, desde una biblioteca mugrienta y desabastecida, con un pie en el cierre? Estaba bien soñar, pero era mejor hacerlo a lo grande. Y eso era algo que Daniela nunca había sabido hacer.

Volvió a mirar la página que habían creado para el concurso. Noventa y ocho inscritos ya. Sintió una excitación casi sexual al pensar en cuántos de esos serían gente desesperada por publicar sus primeros pinitos en la literatura. Con suerte, algunos serían buenos y todo. Y eso, sin contar con los éxitos asegurados de Alejandro y Hans Gandía. Aquel sería un año redondo.

Cerró los ojos e imaginó su hermoso árbol repleto de billetes. Era lo más bonito que había visto jamás.

Alejandro había estado enamorado unas pocas veces, pero, sobre todo, había leído y escrito mucho sobre ello. Y ninguna de esas cosas se parecía a lo que sentía por Daniela.

La literatura, en general, se parecía poco a la vida real. Para bien o para mal, lo que estaba escrito negro sobre blanco estaba idealizado, moldeado. Y lo que pasaba en la vida real era... real. La gente era más fea o más guapa, más o menos interesante, pero las cosas ocurrían sin guionizar y pocas veces se podían prever. Cuando uno decía que se lo esperaba, mentía. La vida, en general, era poco predecible. O, mejor dicho, lo bueno sería que fuera predecible. Porque entonces se podrían controlar las emociones y los acontecimientos.

En una novela, Alejandro podría anticiparse y decir que ahora llegaba el momento en que algo se interpondría entre ellos, porque se acercaba lo que en literatura se llamaba un giro de la trama. O a Dani le entrarían las dudas. Porque él no dudaba. Al fin y al cabo, ¿qué tenía él en su vida que lo retuviera en la ciudad? Un piso hecho un desastre. Sus cosas, que podría llevarse al Hoyo. Conexión a internet y cobertura de teléfono móvil, que también llegarían a ese pueblo algún siglo. Su familia, a la que veía cada mil años. Unos amigos con los que quedaba cada vez menos desde que se habían casado y habían tenido hijos y le miraban raro porque él no había hecho lo mismo.

No, él no dudaba.

Se giró en la cama y se tapó con la colcha, que todavía olía un poco a ella.

No podía dormir, pero tampoco venían a él ideas para la novela, como sería lo ideal.

Y tampoco podía imaginarse en el Hoyo, ni siquiera con Dani, y eso lo asustó por primera vez en semanas. Él tenía mucha imaginación, pero había cosas de la vida real que eran inaprensibles, porque podían suceder o no, y

Alejandro no las tenía todas consigo.

El café a medianoche no era la mejor de las ideas, pero era lo que le apetecía. En silencio y de puntillas para no despertar a la Paca, Dani se levantó para ir a la cocina y coger de paso alguno de los manuscritos que había dejado en el sofá esa tarde al llegar. Si no podía dormir, al menos podría hacer algo útil.

Pensó en la invitación de Alex para volver a dormir, o lo que fuera, en su casa y suspiró. Había sido mejor así. Aunque una parte malvada de su cerebro le dijo que, ya que no iba a dormir, al menos podría estar disfrutando.

Sentada en la cocina, pensó en su futuro cercano, si es que su vida cambiaba en algo. Ir haciendo planes sería una buena idea, aunque podría ser más doloroso si al final no se confirmaba nada de lo que soñaba. Lo malo de ser una persona práctica era que sabía que no servía de nada planear una vida que tenía muchas posibilidades de quedarse en agua de borrajas. Sería perder un tiempo precioso que podría usar en... algo.

La posibilidad que se le había ocurrido esa tarde no era tan mala, después de todo. Supondría una derrota, claro, y una victoria para Andrés, pero también era una posibilidad de seguir haciendo un trabajo que siempre le había gustado e imponer ciertas condiciones que hasta ese instante no había siquiera soñado. No parecía tan terrible.

Agachó la cabeza y suspiró. Le parecía increíble estar rindiéndose sin que la batalla hubiera acabado. Y sentirse satisfecha con ello era lo peor de todo.

¡Dios, había convencido a Alex de que le entregase la novela con esa condición! Si al final ella se rendía, sería lo mismo que haberle mentido otra vez. Y serían ya...

Pero él siempre la perdonaba, pensó con cierta pena. Lo haría también esta vez. Podrían seguir trabajando juntos. Hasta él mismo había dicho que era lo que le gustaría hacer.

Se odió un poco al notar que estaba justificándose sin saber lo que iba a pasar, buscando una coartada, solo por el por si acaso.

Alex volvería a la ciudad y ella seguiría en su biblioteca moribunda, esperando la sentencia definitiva, que era solo cuestión de tiempo. ¿Cuánto más le daría Antonio para cerrarla, sabiendo que no tenía usuarios? Si no lo había hecho ya, era porque al año siguiente había elecciones y no le convenía

como publicidad ser el alcalde que había cerrado la única biblioteca del pueblo, aunque nadie fuera allí.

De algún modo, había dado por sentado que lo suyo tenía fecha de caducidad, y eso la tranquilizó. A pesar de ese momento de complicidad que habían compartido en la biblioteca, estaba claro que su relación no podía ser. Alex no tenía nada que hacer en el pueblo, se moriría si tuviera que trasladarse al Hoyo para siempre. O eso era lo que se decía una y otra vez para convencerse.

Sí, era mejor pensar eso que plantearse siquiera la posibilidad de intentarlo. Aquello supondría un esfuerzo, y ella estaba demasiado cansada.

Hans realizó su rutina de ejercicios de yoga y meditación y escribió sus cinco páginas nocturnas como dictaba el programa que se había establecido. Después no releía lo que había hecho. De corregir se encargaban los profesionales. Él era un creador, un maestro de las letras. Para el trabajo sucio ya estaban los empleados de las editoriales.

Al acabar, bajó a cenar al bar y pidió una ensalada aliñada solo con aceite de oliva, aunque la camarera hizo caso omiso y le echó dos litros de vinagre de Módena. Se la comió igual. No tenía sentido protestar. Además, estaba buena y tenía hambre. Era el hambre que provocaba el triunfo.

Al volver al dormitorio, se fumó un pitillo a escondidas, como si alguien pudiera verle. Era algo que solo se permitía en contadas ocasiones: después de acabar una firma de libros, alcanzar un número concreto de ventas o seguidores en Twitter. Esta vez celebraba una victoria casi segura.

Al acostarse, se durmió casi al instante, como un animal satisfecho.

—¿Cuánto crees que te falta para acabar?

Alejandro se detuvo en el umbral de la biblioteca. Las campanillas todavía sonaban encima de su cabeza. Había dormido mal y lo último que quería era hablar de trabajo. Esa mañana quería que Dani le tranquilizase y asegurase que todo iba a salir bien, aunque fuera mentira.

Había reconocido los síntomas incluso antes de levantarse. Los sentía cada vez que estaba a punto de acabar una novela o cuando la tenía bien enfilada. Era una especie de debilidad o de inseguridad, como si fuera incapaz de reunir

fuerzas para terminar o de llevar a término lo que tenía en la cabeza. Hasta ese momento siempre lo había superado, pero esa vez era distinto. Nunca había trabajado en equipo y con tan poco tiempo de margen.

—Hola a ti también, bruja bibliotecaria. Te echaba de menos.

A ella no pareció hacerle gracia su broma, porque le señaló con un dedo y no era el índice. Ella tampoco parecía haber pasado una buena noche. Lo acreditaban su prieta coleta y sus ojeras, que rondaban las comisuras de los labios. En otro momento se habría acercado para besarla, pero leyó en su expresión que no debía tentar a la suerte.

—No es por meterte presión, pero queda un mes de plazo.

—Llegaré a tiempo, tranquila.

Su voz quería sonar calma, pero sintió un nudo en algún lugar entre el estómago y la garganta. No había sentido aquello desde que se había presentado a la selectividad, o al carnet de conducir... o nunca.

Sabía que Daniela pretendía animarle, que ella misma se jugaba mucho, pero le estaba acojonando.

Sin una palabra más, se sentó en una de las duras sillas y abrió su portátil. En ese momento deseó tener conexión a internet, porque sentía unos enormes deseos de comprar. Comprar lo que fuera, en cantidades ingentes. Cuando el ordenador se encendió, comenzó a rebuscar entre sus archivos hasta dar con una vieja carpeta de música abandonada. Hacía siglos que no la actualizaba, porque siempre usaba aplicaciones cuando tenía conexión, pero en ese momento necesitaba cualquier cosa que le distrajera, y allí tenía cosas buenas, por eso no la eliminaba jamás.

El archivo con la novela siempre podía esperar un poco más. Había tiempo todavía.

El campanilleo y el aroma dulzón podrían haber anunciado una visita angelical, pero Daniela supo que era Hans porque entró hablando a gritos por el teléfono móvil. El tema era él mismo, como no podía ser de otra manera.

—Tenemos que celebrar mi nuevo premio y el lanzamiento de mi nueva novela en cuanto vuelva, aunque todavía no es oficial. Te ruego que guardes el secreto...

La risita que siguió a estas palabras fue tan irritante como el ruido que hizo al arrastrar una silla para sentarse en medio de la sala para seguir hablando.

Él, más él, siempre él.

Daniela no le hizo callar. Sabía que era absurdo. En todo caso, el otro único usuario del establecimiento tampoco dijo nada.

Alejandro seguía cabeceando con los auriculares puestos, ajeno a lo que le rodeaba. De vez en cuando canturreaba para sí con voz inaudible. Y no tecleaba.

Hans tampoco traía nada visible que pudiera utilizarse para escribir. Sintió una leve esperanza cuando le vio sacar una pluma y una libreta del bolsillo interior de la chaqueta de marca, pero se le cayó el alma a los pies al ver que empezaba a practicar su firma con trazos extravagantes.

Aquello no era una biblioteca, aquello era un centro social.

Un nuevo campanileo le puso los nervios de punta. ¿Qué podía empeorar? Solo la entrada de Johnny podía mejorarlo todo, pensó con ironía. ¿Aquel chaval nunca tenía clase?

—Hola, preciosa flor —saludó el crío, guiñándole un ojo sin pizca de vergüenza—. He venido para que leas lo que tengo y se lo pases a Alejandro. Sigue pareciéndome que queda todo demasiado flojo, pero como se puso tan pesado...

Daniela carraspeó. Al parecer, no había visto a su maestro al entrar, ni tampoco a Hans. Pero este sí a él, y también le había escuchado.

—Perdóname si me meto, pero espero haber oído mal —dijo, sin dejar de hacer florituras con su cara pluma, a cuál más rebuscada—. Dime que no le estás pidiendo consejo a ese —añadió, señalando a Alex con desprecio—, y menos aún para algo relacionado con la escritura.

Jonathan de Jesús miró al rubio con sorpresa. No era solo que Hans tuviera un aspecto impresionante, con aquella chaqueta negra con pinta de costar lo que el sueldo de varios meses de todos juntos y sus zapatos hechos a mano, o que su seguridad fuera insultante. Su sonrisa y su mirada, así como su pelo, parecían sacados de un catálogo de perfumes. Desentonaba tanto en Venta del Hoyo que parecía un espejismo.

—Mira, tío, no sé quién te ha pedido tu opinión, así que vete en tu Ferrari por donde hayas venido. Cuando el GPS te diga que en la rotondaaaa es a la derechaaaa, ni puto caso, que se vuelve majara. Sigue recto y no vuelvas. Adiós.

Daniela esperaba los «pero tú sabes quién soy», pero Hans no tuvo capacidad de reacción. Estaba demasiado sorprendido. Además, Johnny ya le

había dado la espalda, desechándole con su chulería adolescente.

Junto a Hans, que boqueaba como un pez fuera del agua, Alejandro se mordía la comisura de los labios, como si no quisiera que nadie supiera que lo había visto y escuchado todo. En sus ojos vio un nuevo respeto por su alumno.

Capítulo 24.

La tontería se cura con natillas

—He invitado a cenar a mi inquilino. Que si no lo hago yo, no le veo el pelo.

Daniela asintió sin mirar a la Paca. Acababa de llegar del trabajo y solo quería tirarse en un lugar oscuro y silencioso. Lo último que le apetecía era tener que cocinar y aguantar a Alex también allí. Aunque no era que en la biblioteca le diera mucha guerra. Porque Alejandro no hacía nada. Nada de nada.

—¿Y cuándo le has visto?

—He ido hasta mi casa. Le he pillado cortando leña. Decía que los árboles quitaban luz a la casa, fijate qué bobadas se le ocurren al muchacho. Si ves qué estilo —dijo con un cabeceo a medio camino del cariño y de la lástima—. Pero está tremendo sin camisa y no me lo habías dicho, niña. Ya le están saliendo hasta pelos en el pecho como a un hombre.

Daniela no pudo evitar reírse.

—Creo que ya los tenía al llegar.

La Paca apretó los labios, que desaparecieron casi por completo en su rostro arrugado.

—Cuando lleve unos añitos aquí y pierda la piel de ciudad, será el mozo más guapo del pueblo. Yo de ti no me seguiría haciendo la loca y le echaría el lazo, que la voz corre pronto y a lo mejor se acerca alguna de los contornos a ojearlo.

—¿Por qué hablas como en una película de los años 40? Ni es tan guapo como para que las mozas se peleen por él, ni se va a quedar, ni tengo que cazarlo para que nadie me lo robe. Ni que fuera un conejo, coñe.

La Paca esbozó una sonrisa que no tuvo nada de inocente.

—Un conejito muy mono y que da mucho calorcito por las noches.

—¡Paca!

La vieja se encogió de hombros y comenzó a sacar utensilios de un armario de la cocina.

—Yo solo digo que, si os gustáis y os va bien juntos, no sé para qué marear la perdiz. Que esas cosas no pasan tan a menudo como uno cree. Que luego viene la muerte sin avisar y ya no hay vuelta atrás.

A Daniela se le encogió el corazón al ver su expresión de tristeza.

—No hace falta ponerse tan dramática. Las cosas serán si tienen que ser, abuela. Ya tenemos una edad, no somos tan tontos como crees. Además, ves cosas donde no las hay.

La Paca tosió de forma exagerada y Daniela le lanzó un trapo, ofendida.

—Sigue pensando que todo se solucionará por sí solo, sigue. Mientras tanto, yo voy a hacer natillas. No hay tontería que no curen unas buenas natillas.

No tenía sentido hablar con esa mujer. Pensaba que lo sabía todo por ser vieja. Y podía ser cierto, pero no sabía que había muchas cosas en juego. No todo en la vida era amarse y disfrutar, sin pensar en las consecuencias. Ojalá fuera todo tan sencillo.

Olía a natillas ya desde la calle. La tarde estaba muriendo y la casa azul destacaba entre las demás, brillante entre la abundancia de blancos y cremas.

Alejandro pensó que no debería sentirse nervioso. Ya había estado en esa casa varias veces. Había hecho el amor allí, lo que no podía decir de la mayoría de las casas donde había estado. Pero algo había cambiado en los últimos días entre Daniela y él, y ni siquiera habían hablado de ello. Y solo eso ya hablaba mucho del nivel en el que se encontraba su relación. Él, que había pensado que tenían algo especial, y no eran capaces de hablar de por qué no hablaban.

En su película de sobremesa mental, habían llegado a ese momento en que todo estaba a punto de irse a la mierda. Iban a cortar. Lo sabía. Y no sabía cómo había ocurrido. O cortarían si tuvieran una relación, algo que, según Dani, no tenían.

Si hubiera tenido la oportunidad, se habría dado la vuelta sin llamar, porque en el fondo siempre había sido un cobarde, pero la Paca estaba alerta y abrió la puerta antes de que tuviera tiempo de escapar.

Le estrujó, le besó y le sobó, pero él se dejó hacer como siempre. Si la denunciara por acoso, nadie le creería. Además, era la única que le quería de verdad allí.

—Tienes la misma cara que tendría un cristiano a punto de ser devorado por los leones, guapito. Ánimo.

Si no fuera porque la dentadura postiza le daba miedo, Alejandro se habría sentido consolado por sus palabras. Aunque no eran solo sus dientes. En los ojos de la Paca había también algo que no era alegría. Sabía que las cosas no iban bien.

Levantó una mano y gruñó como un felino, usando la mano como una zarpa. Su gesto la hizo reír. Al menos con ella sus monerías funcionaban.

—Los leones me darían menos miedo que vosotras, señoras.

—Dejaos de bobadas y sentaos a la mesa, que la cena ya está lista.

Daniela no se dignó saludarle. Parecía atareada en cualquier cosa que fuera no mirarle a la cara, ya fuera colocar los platos o servir la ensalada. No paró hasta llegar al postre. Cuando colocó las natillas ante él, Alejandro retuvo su mano.

—Gracias.

Ella no respondió. Se limitó a asentir con un gesto de la cabeza. Habían sido él y la Paca los que habían llevado todo el peso de la conversación. Cuando habló, fue para decir generalidades acerca del tiempo o sobre lo bueno que estaba todo. Había llegado un punto en que había resultado incómodo para todos.

Quizás debió contenerse, pero no pudo hacerlo. Incluso le dio igual que estuviera su abuela delante.

—Si no querías que viniera, puedes decirlo —su voz sonó dolida, como la de un niño castigado, y se odió por ello. No quería sonar como un crío enamorado, pero no pudo evitarlo.

Ella pareció sorprendida. Dejó su cuenco con natillas ante ella con torpeza y lo miró un instante antes de bajar la vista. Era evidente que había notado su tono y también su mirada. Era imposible no hacerlo.

—No me importa que estés aquí. Solo estoy cansada. Y me duele la cabeza. Mentía, como siempre. Era experta en maniobras de evasión.

—¿Qué pasaría si no te entregara el manuscrito a tiempo?

Lo dijo con toda la naturalidad que pudo reunir. Incluso se las apañó para sonreír un poco. A él no se le daba tan bien el disimulo, pero fue suficiente.

Fue un tiro al aire, pero dio en el blanco.

Daniela debería haber saltado, llorado, gritado, mandarle al infierno... pero se limitó a sonrojarse y a evitar su mirada otra vez.

Podía ser idiota, pero no tanto. Llevaba días sin entregarle ni una sola página y ella no había dicho nada, cuando antes le tenía escribiendo a golpe de látigo. Algo había ocurrido y, para variar, él era el último en enterarse.

—Creo que puedo conseguir una prórroga. Andrés lo entenderá si le digo que la novela es buena.

Alejandro suspiró. No sabía si sentirse feliz por saber al fin por qué ella era incapaz de actuar con normalidad o triste por saber que le había manipulado otra vez.

Tomó una cucharada de natillas. Estaban deliciosas, como siempre. Felicitó a la Paca, que los miraba sin hablar, seria.

—Podrías habérmelo dicho. No soy lerdo del todo. Si te quieres ir, bien. Si no te quieres ir, bien también, tú sabrás los motivos para una cosa u otra. Soy yo el que tiene un contrato. Creo que no hacía falta tanta parafernalia para hacerme cumplir. Y si no quieres que seamos novios, puedes decírmelo también, no pasa nada. Somos mayorcitos. No voy a ponerme a llorar aquí ni nada.

Se acabó el cuenco y se levantó. Le dio un beso a la anciana y salió de la casa sin decir adiós. Tenía que salir de aquella casa cuanto antes si no quería hacer justo lo contrario de lo que había dicho.

—¿Qué diablos ha pasado?

Daniela no supo que había hablado en voz alta hasta que escuchó a la Paca reír con voz queda.

—Creo, niña, que el guapito acaba de mandarte al carajo, aunque no acaba de quedarme claro el motivo.

La vieja se la quedó mirando y Dani sintió deseos de hundirse en la silla, hondo, hasta que el magma terráqueo la devorase sin dejar nada de sus huesos.

—Iba a decírselo poco a poco...

La Paca no le ofreció ningún tipo de consejo. Más bien al contrario. Había sacado una botella de licor de algún rincón y, aunque lo tenía prohibido, estaba sirviéndose una generosa copa.

—¿Decirle qué? Porque hasta donde yo he entendido, después de quejarte

durante años de mi Andresito, ese canalla explotador, negrero y desgraciado, al final has decidido quedarte con él, aunque tu libertad estaba al alcance de la mano. Habías convencido al guapito de ciudad de que su manuscrito te la pondría en bandeja y ahora que él se ha esforzado por ti, se siente un idiota al enterarse de que no te vas. ¿Era eso o no te gusta cómo lo he resumido?

Oírlo así, en crudo, era horrible. La Paca no comprendía las ventajas que ofrecía el trabajo en la editorial. El trabajo que suponía, lo mucho que le gustaba su labor, lo estancada que estaba en aquel agujero. Diablos, si hasta ella misma se lo había sugerido.

—¿Por qué nadie me pregunta mis motivos?

La vieja se encogió de hombros y bebió un sorbo. Hizo una mueca que arrugó aún más su rostro y chasqueó la lengua contra el paladar.

—Tal vez porque la cara de pena que ponías cuando hablabas de lo terrible que era todo hace que no comprendamos que ahora quieras quedarte, a no ser que Andrés te esté torturando y extorsionando. —De pronto, sus ojos claros se clavaron en ella con agudeza—. ¿Es así?

Dani sintió que se sonrojaba. Unas lágrimas de frustración brotaron de sus ojos sin que pudiera contenerlas.

—En mi cabeza sonaba genial, Paca —dijo, entre hipidos—. Se suponía que me quedaba para ayudar a los autores con auténtico talento como Alejandro. Sin mí, ninguno de esos manuscritos saldría a la luz. Y podríamos trabajar juntos también. Pero la verdad es que ahora suena todo muy mezquino y repugnante. Y resulta que soy una cabrona y he dejado que Andrés me maneje como quiera. Tendrá sus manuscritos, y muchos más del concurso, y yo tendré la mierda de siempre.

La Paca la miró en medio de un silencio reprobador durante unos instantes, como si se mereciera un castigo. Luego puso una copa ante ella y le sirvió un poco de licor.

—Al menos eres consciente de lo que has hecho, y eso ya es algo. Solo te falta dar los pasos necesarios para solucionarlo. Y más te vale que los des, porque ahora te has quedado siendo la esclava de Andrés y sin novio.

La anciana no la miraba mientras hablaba. Había cogido un cuenco de natillas y se las comía con aire filosófico.

Daniela se sorbió los mocos y pensó en lo poco que le gustaba pedir disculpas y admitir que estaba equivocada y en si sería algo heredado.

—No éramos novios —dijo, o lo intentó, porque apenas le salía la voz entre

el tapón de mocos y la angustia.

Dejó caer la cabeza contra la mesa y trató de pensar. Ojalá todo se solucionase como en un libro o en una película. Ella había leído cientos de historias, algo debería ocurrírsele.

Notó cómo algo tocaba su codo. Levantó la cabeza y vio un cuenco de natillas a su lado. No había nada comparable a las natillas de la Paca. Ni siquiera su madre las hacía iguales.

—No hay tontería que no curen unas buenas natillas, niña. Come.

Capítulo 25.

Crusoe

Alejandro era vago por naturaleza y lo admitía. Odiaba madrugar, los horarios establecidos y, en general, cualquier tipo de disciplina. Si lo pensaba bien, las pocas veces que había tenido un horario laboral normal en su vida había sido cuando era estudiante, y era impuntual y perezoso. Cuando estudiaba la carrera había trabajado en restaurantes de comida rápida o de camarero para pagarse los estudios, le costaba un esfuerzo sobrehumano llegar a todo. Todavía hoy se preguntaba cómo había acabado la carrera de Filología Hispánica en el tiempo establecido y sin suspender ni un solo curso. Cada vez que recordaba sus prácticas dando clases en un instituto se le ponían los pelos de punta. Aquello le había dejado claro que ser profesor no era su vocación.

Sin embargo, había acabado, como siempre que se lo proponía. Tal vez era porque, llegado el momento de estudiar, acabar un proyecto o poner la colada, lo veía como un desafío. Adoraba que le retasen. Cuando tenía un desafío delante, era capaz de cualquier cosa.

En sus mejores tiempos había hecho locuras como tirarse desde un puente con los pies atados a un arnés, solo porque sus lectores le habían retado a ello. También había participado en juegos literarios o había acudido a encuentros con los fans, donde siempre había ocasiones para hacer todo tipo de tonterías, como disfrazarse como alguno de sus personajes. Si hasta había hecho sus pinitos con la pintura solo para saber qué podía sentir Adrián en su dichosa búsqueda del azul perfecto para su nube.

Esta vez el desafío era distinto.

Había estado tentado a largarse sin más. Lo que iba a hacer podía hacerlo en su casa, con sus cosas alrededor, y su maravillosa conexión a internet de máxima velocidad, pero algo le detuvo cuando ya estaba preparando la maleta.

Estaba encabronado y decepcionado, pero tenía un contrato, e iba a cumplirlo. Y, por suerte, allí no había más distracciones que las vacas y los pajaritos. Y alguna tormenta torrencial de vez en cuando que le ayudaría a aislarse todavía más del mundo. Era el lugar ideal para acabar su novela.

Esa vez el reto era acabar lo que él mismo le había propuesto a Andrés, solo porque su editor estaba convencido de que no era capaz de hacerlo. Sí, Andrés había hecho lo imposible para obligarle a trabajar: meterle en aquella casa medio en ruinas, enviar a la caballería en forma de bibliotecaria chantajista, y hasta se había inventado un concurso para tentarle. Y todo ello había funcionado a su manera, aunque no del modo en que él hubiera pensado.

Daniela le había sacado de su cascarón para demostrarle que había una vida más allá de su piso en la ciudad. Era una lástima que hubiera creído necesario mentirle para convencerle, porque su sola presencia había bastado para hacerle trabajar.

Sacó su abandonada libreta y garabateó un calendario. Era algo que solía hacer con cada novela, aunque sus plazos nunca eran tan ajustados. Quedaban veintitrés días para la entrega del manuscrito. El tiempo era tan justo que sintió que se le encogían los huevos. Nunca había trabajado con tan poco tiempo. No podría revisarlo como le gustaba, pero tendría que bastar.

Pensó en lo que tenía escrito y en lo que faltaba según su esquema. El cálculo mental nunca había sido lo suyo, pero metiendo horas podría hacerlo. Por sus pelotas. Y para demostrarles a Andrés y a Dani que no era tan idiota como pensaban.

Cortó esa línea de pensamiento tan rápido como había surgido. Una parte de su cerebro lloraba a mares y no quería relajarse, porque temía que, si lo hacía, empezaría a...

Bueno, él nunca había sido de los que destrozaban casas en un ataque de ira. Más bien se imaginaba encogido en un rincón, deprimido, mirando al vacío. Pero no tenía tiempo. Dentro de veintitrés días, quizás. Si seguía vivo.

Se desnudó, puso la alarma del teléfono para levantarse a las siete de la mañana y, sorprendentemente, se quedó dormido casi al instante.

En un documental que había visto una vez decían que hacían falta veintiún días para crear un hábito. Era una suerte que él tuviera mucho oficio, porque solo contaba con veintitrés para acabar con lo que tenía entre manos.

Solo recordaba dos cosas de aquel documental: la primera, que era todo ridículo, y la segunda, que el primer día era el más duro. En eso estaba de acuerdo. En su caso lo era el doble porque tenía que mantener a raya los pensamientos y las ganas de respuestas.

Era una suerte que su teléfono estuviera prácticamente muerto, porque así se evitaba el tener que estar mirando todo el tiempo si tenía algún mensaje o llamada perdida. De todas formas, no sabía si Daniela le escribiría para disculparse. Para eso tendría que estar arrepentida de lo que había hecho.

Mandó a la bibliotecaria a un departamento especial de su cerebro, equipado con barrotes y una ventanita muy pequeña desde la que poder observarla a ratos, y se sentó ante la mesa de la cocina con un café.

El objetivo del día era asequible. Era una suerte que ya llevara tanto adelantado y que Ortega y Gasset fueran como sus hermanas feas. Meterse en sus vidas era como leer sus diarios. Solo costaba dos minutos meterse en faena. Lo jodido era que a veces esos dos minutos podían ser dos horas.

Volvió a levantarse y se preparó un bocadillo de chorizo. La grasa siempre le ayudaba a concentrarse. A falta de pizzas de cuatro quesos, el chorizo de pueblo se estaba convirtiendo en un buen sustituto.

Releyó los últimos párrafos, allí, de pie, sin importarle llenar el suelo de migas.

—Siempre pensé que en el campo todo el mundo era buena gente —dijo Gasset casi con resentimiento, mirando el cadáver con el rostro destrozado que había a sus pies.

Dio un paso atrás al ver que estaba a punto de rozar la sangre coagulada con la punta del zapato. No era asco, era cansancio.

—En el campo hay tantos desgraciados como en cualquier otra parte, amigo.

Alejandro frunció los labios. Dejó la taza junto al ordenador y volvió a sentarse.

—Sí —murmuró—, en el campo hay tantos desgraciados como en cualquier otra parte, chicos, es un hecho.

Comenzó a teclear y pronto olvidó su café, ya tibio, y el resto del mundo.

Al final, el primer día no había resultado tan duro, después de todo. De vez en cuando se permitía asomarse a la ventanita desde donde podía contemplar a la Daniela de su mente, pero solo eran vistazos breves. Tenía mucho que hacer.

—¿Cuántos días hace que no le ves?

Daniela había evitado las llamadas de Andrés durante una semana. Estaba tan desesperado por la información que el muy sinvergüenza había llamado a la Paca para averiguar si había ocurrido algo extraño. Por suerte, la vieja le había dado largas, diciéndole que estaban todos muy ocupados con el concurso. Pero, de algún modo, su primo se había enterado de lo que pasaba, por supuesto.

—No mucho, unos días. Dijo que necesitaba tranquilidad para crear. Ya sabes, autores.

El silencio al otro lado de la línea fue atronador. Tanto, que Daniela pensó que había colado.

—¿Por qué me mientes? Puedo oler tu sonrojo desde aquí, prima. Quiero saber qué cojones ha pasado y si mi manuscrito peligra. Hace un rato me han llamado los de la productora y no están nada contentos de no tener noticias de Alejandro, ¿sabes? Si rescinden el contrato, vamos a tener que vender hasta las bragas de la abuela para pagarles.

Dani suspiró. Por primera vez en muchos años, las amenazas de Andrés no le sonaron vacías, básicamente porque el que amenazaba no era él. Tenía razón en lo de la productora de televisión. No había dinero en el mundo para pagar a aquella gente.

—Tuvimos una diferencia de pareceres. Pero está escribiendo, la Paca fue a visitarle y le vio manos a la obra. Según ella, tuvo que abrir con su llave porque ni oyó la puerta de lo concentrado que estaba.

No le dijo a Andrés que tenía un aspecto horripilante, aunque al menos no olía a bicho muerto, y eso significaba que todavía se duchaba de vez en cuando. Desde ese día la abuela se había encargado de llevarle comida cada mediodía para asegurarse de que al menos comiera caliente. Y, de paso, se aseguraba de que no mataba a nadie a hachazos.

—¿No se supone que eras tú la encargada de velar por su salud? Era nuestro acuerdo. Tu libertad a cambio de ese manuscrito, entre otras cosas. ¿O lo has pensando mejor?

—Ya te he dicho que discutimos —lo cortó Dani. Lo último que quería en ese momento era decirle a Andrés que se estaba planteando quedarse en la editorial. Quizás. O quizás no—. De todas formas, aunque fuera, no creo que me abra la puerta.

Otro nuevo silencio al otro lado de la línea la alertó de que había hablado de más.

—¿Te lo has tirado? Apostaba por Hans, que es mucho más guapo, pero sobre gustos no hay nada escrito. —La risa de Andrés la cabreó—. Siempre tuviste algo rarito con los autores sensibleros. Lo que no pensé era que te pusieran cachonda. De haberlo sabido, te lo hubiera presentado antes.

Daniela apretó los dientes. Sintió deseos de mandarle al diablo, pero eso le confirmaría lo que pensaba, que no era otra cosa que la verdad.

—Hablando de Hans. ¿Le prometiste el premio a cambio de venir a amargarle la vida a Alex? Porque si no es así, quiero decirle yo que no va a ganar. Por favor.

La risa de Andrés se cortó de golpe. Tocado y hundido. Si había algo con lo que siempre se podía contar, era con que Andrés tenía algún trapo sucio del que se podía tirar.

—¿Y quién dice que no va a ganar? Es un concurso limpio, todos tienen las mismas posibilidades.

Daniela sintió que una sonrisa se le formaba en los labios. No sabía muy bien si lo que su primo quería decir con eso era que no había hecho esa promesa o si no pensaba cumplirla, pero, para el caso, daba lo mismo. No creía una sola palabra.

—No te preocupes por Alejandro. Tendrás tu manuscrito.

Mientras lo decía, sintió que era cierto. Otra cosa era cuánto le iba a costar al escritor el entregarlo.

—Y tú tendrás tu libertad, chata.

Dani colgó sin decir adiós. Se dio cuenta de que con Andrés siempre era así, nunca se decían nada cariñoso y nunca se despedían. Aquello no podía ser bueno.

Miró a su alrededor. La biblioteca estaba tan vacía como siempre. Podría morir allí mismo y no encontrarían su cadáver hasta la noche, cuando la Paca diera el aviso de que no había ido a cenar. Con suerte. Eso si no pensaba que había quedado a cenar con alguien y a pasar la noche por ahí. Los milagros también existían.

—Joder, qué triste —dijo para sí.

Capítulo 26.

No se admiten visitas

—Y pensar que mi musa adorada escogió a un tipo como tú en lugar de a mí, hay que joderse, macho.

Alejandro estuvo a punto de cerrar la puerta en las narices de Jonathan de Jesús, que le miraba a medio camino de la repugnancia y la conmiseración. El muchacho, en cambio, tenía una pinta impoluta, teniendo en cuenta que había caminado dos kilómetros por el monte hasta llegar allí. Ni siquiera parecía haber sudado el mamón.

—Hola a ti también. No sé a qué has venido, pero no deberías insultarme si piensas quedarte.

—Es que no sé si te has mirado a un espejo últimamente, tío, pero... —No necesitó completar la frase, su mirada fue suficiente para que Alejandro se sintiera un andrajoso indigente.

Se rascó la barba, que no se había retocado desde que se había encerrado en la casa de la Paca, y se sorprendió de su largura. En cuanto al pelo, ni siquiera recordaba si se había peinado al salir de la ducha esa mañana. Aunque no sabía de qué se quejaba ese crío: al menos se había duchado.

—¿Puede saberse a qué debo este honor?

El niño tuvo el descaro de sonreír y volver a mirarle con aires de triunfo.

—Solo verte así es un aliciente, colega. Tanta lección sobre la escritura y la vida para encontrarte así al mínimo contratiempo. —Lo vio sacudir la cabeza con lástima burlona—. Si te viera mi musa ahora mismo, seguro que no te daría la razón como siempre. «Hazle caso, Johnny, es un maestro de las letras». Y mírate, das grima.

Alejandro se sirvió un café y le dejó hablar. Él también se había burlado de sus mayores en otro tiempo. Le había sentado de maravilla ver que eran

personas normales, como todos. Pero no por ello eran menos listos.

—Siempre puedes ir a pedirle a Hans Gandía que te aconseje sobre personajes. Es un genio creando mujeres florero que se dejan follar y matar en el capítulo tres para que el protagonista tenga alguien a quien vengar. Además, siempre usa el mismo guion, así que sus lecciones no serán largas. Tendrás horas de sobra para intentar ligarte a la bibliotecaria.

Johnny entrecerró un ojo y apretó los labios, como si estuviera pensando mucho y muy fuerte.

—Estás jodido de verdad, tío, no puedes negarlo.

Alejandro se encogió de hombros y volvió a sentarse en el mismo lugar donde había pasado medio día. Había escrito mucho y estaba cerca del final. Jamás lo reconocería, pero hablar con alguien, aunque fuera ese niño, le sentaba bien. Cuando se quedaba a solas aquella casa era demasiado silenciosa. Solo le quedaban sus pensamientos, y eso no era bueno. Todavía faltaban trece días para poder tomarse tiempo para pensar.

—No lo niego, estoy jodido —admitió, encogiéndose de hombros—. Y ahora, dime a qué vienes o lárgate, estoy ocupado.

Sin pedir permiso, Johnny se sentó frente a él y sacó su tableta de última generación. Por primera vez pareció vulnerable y avergonzado.

—La he acabado, Alex.

Era, que él supiera, la primera vez que le llamaba por su nombre. Alejandro sabía lo que se sentía en un momento así, de modo que intentó no reírse. Era lo más cercano a estar en pelotas delante de un grupo de personas, con tu madre, tu abuela y tu profesora favorita incluidas. Y todas ellas llevaban gafas y una regla en la mano para medírtela.

—¿Es la primera vez?

El chaval se sonrojó, aunque dudaba que entendiera el doble sentido de la frase. Había dejado la tableta en la mesa y la había empujado hacia él. Al no tener conexión de internet, era imposible que leyera la novela de otra manera, como no fuera imprimiéndola, aunque dudaba que a él se le ocurriera siquiera hacerlo de un modo tan arcaico. Y era posible que hacerlo le diera pudor, además. Era algo así como hacerla más real.

—¿Puedes?

No iba a pedirselo bien, ni por favor, ni con educación, estaba claro. Y él no iba a preguntarle si Dani la había leído antes. Sabía que cualquier gesto le haría escapar, así que se limitó a asentir, sin tocar nada.

—¿Aceptarás consejos si veo... cosas?

Ahora no había tiempo para muchas filigranas, pero después del concurso ese joven con talento podría ser un buen autor. Solo tenía que darse unas buenas hostias por el camino y seguir aprendiendo.

Tuvo que dolerle, pero asintió.

Solo entonces los dos sonrieron.

—Eres un buen tío, Alex, pero tus pintas espantarían a una ciega. Y mi musa no lo es.

Alejandro trató de que su sonrisa no se borrara hasta que Johnny se fue, pero no pudo evitar correr a un espejo en cuanto se largó.

—Joder —gruñó al verse.

La verdad era que el crío había sido educado por una vez en su vida.

No lo hacía por Daniela, se dijo, sino por higiene.

Se afeitó y se recortó el pelo como pudo, y miró con pena los mechones en el suelo. Con lo que abrigaba el pelo en invierno. Pero, desde luego, estaba mejor así. Hasta parecía humano.

—Cualquier otro novio habría preguntado qué tal está ella.

Alejandro estaba terminando de fregar los platos que habían usado la Paca y él. La frase fue como un puñal. Básicamente porque no se la esperaba. No ese día, cuando ya hacía dos semanas que le visitaba cada mediodía. El primero sí, el segundo, el tercero. Pero ella no había dicho nada, no había preguntado nada. Se había limitado a sacar platos de la alacena y le había obligado a comer. Y así cada día, hasta que se había acostumbrado a su presencia. Pero ahora era cuando tenía la guardia baja y estaba a punto de caramelo, así que era el momento ideal para el golpe de gracia. Jodida vieja.

—No somos novios y nunca lo fuimos, como seguro que ella te ha dicho. A mí me lo dijo varias veces y no quise oírla, y mira cómo estamos. Así que, para qué te voy a preguntar cómo está mi novia si no tengo de eso.

La Paca le habría echado el humo de su cigarro en la cara si fumase. Y también le habría dado una colleja de haberle tenido a mano. A todos los efectos, la mirada que le echó causó el mismo efecto. Se había colocado junto a él para secar los platos, aunque no lo hacía, siempre se limitaba a hablar sobre esto o aquello, sin centrarse en un tema concreto. Al final, siempre hacía él todo el trabajo, pero le daba igual. Ahora sabía que le había llevado dos

semanas llevarle a su terreno. No podía echarla de su propia casa, era evidente, así que tendría que esquivar el tema como pudiera.

—Desde luego, pocas veces he visto a dos personas más idiotas que vosotros. Que no digo yo que Daniela sea una lumbreras, pero tú no eres mucho más listo, guapito —dijo la Paca con un tono de resignación casi doloroso—. La escena fue bonita aquella noche, no voy a negarlo. Fue como en esas pelis cutres de sobremesa, que no sabes cómo te las apañas, porque son una mierda, pero al final te das cuenta de que te has tragado seis seguidas y tienes el culo cuadrado de tanto estar sentada. Y a ti te quedó genial el discurso, pero no sirvió de nada si luego te quedas aquí rascándote las pelotas, esperando a que todo se solucione solo.

Alejandro acabó de secar los platos y los colocó lo mejor que pudo en la alacena llena de carcoma. Apenas recordaba lo que había dicho aquella noche, pero dudaba que hubiera sonado como en una película. Si fuera así, Daniela estaría allí, secando los platos con él, o preparando dos copas de vino para tomarlas sentados en el porche al anochecer mientras espantaban mosquitos. Eso si tuvieran porche y fuera casi de noche, claro.

—No me rasco nada —respondió con toda la calma que pudo reunir. ¿Acaso nadie entendía que aquello era un retiro de trabajo y no un berrinche?—. Estoy acabando la novela, como todo el mundo quiere. Y estoy de maravilla en tu casa. Desde que no bajo al pueblo a entretenerme con el internet, tengo hasta tiempo para afeitarme.

La Paca le echó un vistazo a su nuevo look, aunque no pareció demasiado convencida por el cambio.

—¡Oh, sí! Ya he visto el desastre que has hecho con tu pelo. La próxima vez déjale las tijeras al ciego que vende cupones en la esquina de la iglesia. Seguro que te hace buen precio y te deja mejor. Y hablando de ese dichoso libro, todo el mundo quiere esa novela, hasta los de una productora que llaman a Andresito día sí y día también. Fíjate que hasta se ha dignado llamarme a mí para que averigüe qué tal vas con lo tuyo. Tiene que tenerlos como canicas para que se haya acordado de mi número.

Alejandro había olvidado a la productora. Sintió que lo que había comido se le subía a la garganta. Cuando pensaba en la novela, solo pensaba en Andrés y en Daniela, en el fin de su contrato, pero olvidaba que había mucho más en juego.

—Mierda.

—¡Sí, una mierda como una catedral de grande, con perdón de la mesa! Digamos que cuando Daniela te presionaba, no era por sus ganas de verte, aunque eres un encanto, y todo eso, y seguro que no se te da mal lo de los revolcones, con esas manos tan grandes que tienes. Porque ya sabes lo que dicen de las proporciones —añadió la Paca con un guiño pícaro—. Así que, ya sé que no te interesa cómo está mi sobrina nieta, pero digamos que preocupada es un término que se queda corto. Y además te echa de menos, pero creo que eso a ti te da igual. Aunque, si me preguntan, jamás admitiré que te lo he dicho yo. Por cierto, solo por si Andrés vuelve a llamarme, ¿qué tal llevas lo tuyo?

La Paca lo miraba con tal aire de inocencia que Alex podía fingir que solo le preguntaba por la novela.

—Me he afeitado y me he cortado el pelo —repitió, sintiéndose muy idiota—. Estoy la mar de tranquilo, ¿no es evidente?

La vieja sonrió y le dio un beso tierno en la mejilla.

—No dejes pasar demasiado el tiempo. Ella es más cabezota que tú, no cederá.

Alejandro asintió. Le estaba pidiendo que se rindiera él primero. Y la verdad era que no le importaba hacerlo. Lo de hacer que el otro viniera primero le parecía una chorrada en ese momento. Si Daniela estuviera a su lado en ese instante, le daría igual quién había dado el primer paso.

Había calculado el tiempo para la entrega del manuscrito casi a la perfección. De haber seguido los consejos que decían que había que dejarlo madurar para poder ver los errores con frialdad, le habría sido imposible llegar al plazo. Dadas las circunstancias, nada más acabar el borrador, se tuvo que poner a corregirlo.

Quedaban tres días para la entrega del premio.

Y no tenía provisiones.

—Las malas lenguas dicen que has muerto. He venido a comprobar si es cierto. Pelear contra un muerto no es divertido.

Anselmo estaba igual de guapo y elegante en el marco de la ventana de la Paca que en el salón del Ritz. El viento había alborotado su pelo rubio teñido y había dado un brillo saludable a sus mejillas. Tenía justo ese aspecto que triunfaba entre sus fans. De haberlo sabido, seguro que se habría hecho unas

cuantas fotos para colgarlas en las redes sociales en lugar de decir sandeces desde su ventana.

—¿Quién sabe lo que te divierte, Anselmo? Siempre has sido un tío raro, desde niño.

Le vio poner aquella expresión que tanto usaba y le irritaba. ¿En serio pensaba que poner esos morritos le hacía más atractivo? Aunque, pensándolo mejor, lo más probable era que sí, o no lo haría. Anselmo no hacía nada que no tuviera un éxito asegurado.

—¿Sabes que eres el único que me sigue llamando así? Hasta mi DNI dirá Hans dentro de poco. Anselmo es mi padre.

Alejandro se encogió de hombros y volvió a la lista de la compra. Era breve, por fuerza. Solo necesitaba lo básico para unos días. Muy pronto regresaría a su casa.

—Es que soy incapaz de asociar un nombre tan guay contigo, macho. Cada vez que te veo recuerdo al niño con gafas y aparato que se chivaba de todos en clase y que me dejó tirado en la cueva para que me comieran los murciélagos. Y debo decirte que, por mucho que digas lo que quieras, ese rubio no parece natural.

Anselmo no se inmutó.

—Yo al menos no era feo e imbécil. En mi vida he visto cosa más inútil. Que siendo yo como era, fueras tú al que más arreaban, tiene mérito. Yo me lo haría mirar, Alejandro. Por mucho que hagas, siempre seré mejor que tú. Y, por cierto, no te dejé tirado en la cueva. Les dije a los profesores dónde estabas. A ver si te crees que alguien te iba a buscar.

Lo decía con aquella sonrisa indefinida que le hacía dudar de si mentía o no. Sin embargo, decidió creerle, porque era lo único que tenía sentido. Como había dicho, qué sentido tenía pelear contra un muerto.

Alejandro pensó en todas las veces que había llorado por culpa de ese cretino. De niño, y no tan de niño. Se había llevado golpes físicos y en el alma por su culpa y ahora se daba cuenta de que, en realidad, nunca le había envidiado nada. Así que, ¿por qué le odiaba?

Escribía mejor que él y era muy consciente de ello. Y vendía más. Sus libros eran mucho más apreciados, tanto por la crítica como por el público.

Anselmo era más guapo, de acuerdo. Pero, aparte de aquello, ¿qué tenía que él no tuviera? Un coche con chófer, un cuerpo perfecto, pelo rubio teñido, un estilo innegable a la hora de vestir... ¿y...?

—Si te pregunto algo, ¿me responderás con sinceridad? Sin insultos, sin mierdas de divo, ni nada de eso.

El rubio adelantó los labios, como si previera una trampa.

—¿Lo estás grabando?

Alejandro levantó el dedo corazón en su dirección.

—Sí, con la cámara tan bonita que tengo en este dedo. Venga, dime algo. ¿Tú por qué me puteabas tanto en el colegio, si puede saberse?

La pregunta pareció pillar por sorpresa a Anselmo. Le vio erguirse y ajustarse la chaqueta, sin saber muy bien adónde mirar ni qué decir.

—Pues... porque... en fin... necesitaba que mirasen en otra dirección para no comerme yo las hostias. Y luego ya vino lo de don Facundo, para rematar.

Alejandro se esperaba lo primero, casi lo comprendía. En su lugar, quién sabe si no hubiera hecho lo mismo de haber sabido que funcionaría.

—¿Don Facundo, el profesor de literatura que decía que tú tenías talento? —preguntó, con amargura, a su pesar. Recordaba todas las redacciones que había escrito, intentando superarse, para recibir siempre la misma respuesta: la de Anselmo era mejor.

—¡No jodas, si él me decía que tú eras mejor que yo!

Los dos se miraron en la distancia. De pronto, su rivalidad pareció muy absurda.

—Supongo que quería que nos superásemos a nosotros mismos y todo eso que suele decirse —dijo Alejandro, sintiéndose muy tonto.

Toda su vida, vista en perspectiva, parecía ahora manejada por un profesor aburrido que se divertía a costa de dos niños que se odiaban. Cierto que los dos habían sacado lo mejor de sí mismos e incluso se habían dedicado a escribir como habían soñado, y habían triunfado en ello. Pero podría haber salido todo tan, tan mal...

—Sigues cayéndome fatal —dijo Anselmo, incapaz de mirarle.

Fue un consuelo que se fuera, tras dedicarle una mirada incómoda. Sabía cómo se sentía. Además, Anselmo siempre había vivido su rivalidad de un modo mucho más... Él siempre lo vivía todo más, era un hecho.

¿Qué iba a hacer ahora sin su odio ancestral?

Sonrió para sí con tristeza y miró la lista de la compra. Supuso que podía sobrevivir un día más sin hacer patatas fritas y sin queso. En ese momento no le apetecía ver ni hablar con nadie más.

Capítulo 27.

No eres tú, soy yo

Los últimos días habían sido una locura y no había tratamiento mágico para ello. Solo quería que todo pasara y volver a la normalidad, por aburrida que fuera.

Durante toda la semana habían estado lloviendo manuscritos para el concurso de *rural noir*, muchos más de los que había esperado. La batalla cibernética entre Alejandro y Hans había hecho que el concurso llegase a lugares inesperados y gente de lugares tan remotos como la Pampa Argentina se había animado a participar. Era increíble. Por el momento tenían más de cien manuscritos y todavía quedaban unas horas para cerrar el plazo.

Lo malo era que, entre pelea y pelea, los susodichos no habían entregado todavía sus obras. Ni tampoco Johnny. Y eso que no contaba con que ninguno de los tres le fallara, por diferentes motivos.

Daniela sentía que no le quedaban uñas. Si seguía mordiéndoselas, llegaría al hombro. Si hasta juraría que había adelgazado, aunque llevaba tres días alimentándose a base de pestiños y dulces del obrador, porque era incapaz de comer nada en condiciones.

Escuchó el sonido del mail anunciando la llegada de otra obra participante, pero eso solo le sirvió para maldecir una vez más. Las que más le interesaban solo podían ser enviadas desde esa biblioteca. O desde la copistería.

¿Era posible que hubieran ido allí y a ella se le hubiera pasado por alto la llegada de sus correos?

Imposible, impensable.

Por si acaso, volvió a revisarlo todo por enésima vez. No supo si sentirse más triste o más cabreada al ver que estaba en lo cierto.

Esos tres la iban a matar de un disgusto.

—Dios, ya hablo como la Paca —gruñó, dejándose caer sobre la mesa.

El sonido de la campanilla le hizo levantar la cabeza de golpe.

No era que vinieran del brazo y sonrientes, pero venían juntos, y eso ya era una novedad. Además, era evidente que algo había ocurrido entre esos tres, porque no volaban los cuchillos entre ellos ni se miraban entre sí como machos alfa, compitiendo por ganarse sus miradas de admiración.

Cada uno de ellos llevaba entre manos un ordenador portátil o una tableta electrónica y la miraban como pistoleros a punto de desenfundar.

Sintió deseos de sonreír, pero el mal rato que le habían hecho pasar no tenía ni puta gracia, así que se limitó a señalar a Johnny para que pasase primero.

—Te dije que era su favorito —le lanzó el crío a Alejandro con aire triunfal, antes de desaparecer entre las estanterías para encender el vetusto ordenador de la biblioteca.

Alejandro no se molestó en responder. Se limitó a saludarla con la cabeza antes de ponerse a silbar bajito, evitando su mirada en todo momento. Hans, por su parte, se acercó y la saludó con aquel aire rapaz tan característico en él.

—Hola, nena. ¿Qué tal van las apuestas a mi favor? ¿Cenarás conmigo cuando gane? Habrá champán del bueno, de ese que solo se prueba una vez en la vida.

Daniela carraspeó ante la alusión a lo que habían bebido en su casa la noche de su llegada. Sin duda, no era del bueno del todo, pero no era pis de vaca, como parecía insinuar ese cretino.

—Le preguntaré a mi corredor qué tal va el asunto. En cuanto al champán, yo de ti esperaré para comprarlo. Dicen que no se puede guardar mucho tiempo, ¿sabes? Sería una pena comprarlo y no poder bebérselo.

Johnny apareció antes de que el rubio pudiera responder. Sin esperar a que Daniela le dijera que era su turno, Hans se perdió entre las estanterías para enviar su novela.

—Lo más duro ya está hecho, tranquilo. Has sacado lo mejor que tenías —le dijo Alejandro a Johnny en cuanto lo vio aparecer. Se le veía emocionado y cansado.

El adolescente le abrazó y le dio una palmada fuerte y sonora en la espalda.

—Gracias, tío. Sin ti no lo habría conseguido a tiempo.

Daniela los miró, asombrada. Hacía semanas que no sabía nada de ninguno de los dos, pero podía ver que ellos sí habían estado en contacto. ¿Era posible que hubieran trabajado juntos en la novela de Johnny?

—Venga, déjate de sentimentalismos. A ver si me voy a tener que sentir orgulloso de ti. Y te juro que no me gustaría, porque eres un pedorro con talento y preferiría no tener que aguantarte cerca.

Hans volvió de pronto y se marchó sin decir nada.

—¿Qué le pasa a la Barbie aventurera, ha perdido el rímel? —preguntó Daniela, incómoda ante la situación. No quería interrumpir a Alex y a Johnny, así que pensó que lo más seguro era preguntar por Hans.

Se sorprendió al oír la risa de Alejandro. Sabía de su vida por la Paca, hasta de su cambio de apariencia, pero verle tan cerca y no poder tocarle era duro. Una cosa era pensar que le echaba de menos y otra era ser consciente de ello de una manera tan física. Ni siquiera le había dicho hola, el muy capullo.

—Me temo que hemos descubierto, para nuestra vergüenza, que no tenemos motivos para odiarnos. Lo está llevando un poco mal, el pobre. Creo que es mi turno.

Desapareció sin más como lo habían hecho antes los otros dos y Daniela no tuvo tiempo de decir nada.

—Es un gran tío. No veas la de trucos que tiene —dijo Johnny, con sorprendente admiración—. No le digas que te he dicho esto, porque te juro que me jode, pero me cae bien para ti. No es que diga que haya un tipo lo bastante bueno para mi musa, pero este no está mal del todo hasta que yo tenga la edad legal para ser tu novio.

Mientras Alejandro enviaba su manuscrito al concurso, el chaval le contó cómo le había pasado su obra a Alex y cómo este le había robado horas al día y a la noche para leerlo y sugerirle cambios allí donde fallaba. Incluso habían trabajado en ello el día anterior, aunque Alejandro no había acabado con el suyo.

—Ni siquiera sé si ha acabado su novela —admitió Johnny.

Daniela esbozó una sonrisa nerviosa.

—Seguro que la ha acabado, tranquilo.

Johnny no podía saber que allí había mucho más que un concurso en juego. Los tipos de la productora habían enviado un último aviso esa misma mañana. Al fin y al cabo, ese día se cumplía la fecha de entrega del manuscrito de la tercera parte de la serie de Ortega y Gasset. Por el bien de todos, esperaba que estuviera acabada.

Alejandro envió el dichoso manuscrito a Andrés y sintió que perdía diez kilos de golpe. En el último momento había decidido no enviarlo al concurso. Sería una pérdida de tiempo y, de todas formas, no era el objetivo de la editorial. Él tenía un contrato y lo iba a cumplir.

Dejaría al concurso a gente como Hans, que quizás lo ganara, si es que Andrés se lo había prometido, o a nuevas promesas a descubrir, que se lo merecían más que él. Alejandro ya tenía una carrera hecha, un premio justo por esa novela le obligaría a seguir trabajando con Ortega y Gasset. Y él había decidido tomarse un descanso de ellos. Un día tal vez regresara a las manchas de sangre y a los asesinatos, pero, por el momento, necesitaba algo distinto.

Permaneció en la silla destroza traseros durante unos minutos, despidiéndose casi de aquel lugar. A lo lejos oía las voces de Daniela y de Jonathan, aunque no podía escuchar lo que decían. Tampoco lo necesitaba. Sabía que hablaban de él, de lo que había hecho por el chico.

Con un suspiro, levantó los brazos para estirarse. Estaba hecho una mierda. No había dormido para poder acabar la corrección y le dolían los ojos hasta el punto que tendría que tomarse cinco cafés antes de poder coger el coche para volver a casa. A su casa, la de verdad.

Ya no quedaba nada que hacer allí. Ni siquiera haría falta que regresara a la entrega de premios, porque no se jugaba nada.

Una sensación de incomodidad se instaló en sus tripas. Él mismo se había encargado de dinamitar la última posibilidad de reconciliación con Daniela al cambiar la dirección de envío en el último momento.

Era tan gilipollas...

Se suponía que tenía que ser él el que debía dar el paso, se lo había prometido más o menos a la Paca. Solo que estaba cansado y veía doble. Y era incapaz de pensar con claridad.

—Andrés acaba de mandarme un mensaje diciéndome que le ha llegado la obra. No le gusta el título. *¿Muerte letal?* Estarás de coña.

No la había oído llegar. Pero con ella nunca se enteraba de nada. Era lo habitual en él.

—Lo copié de una película de sobremesa. Si a ellos les funciona, a mí también.

La oyó suspirar. Dani parecía tan hecha polvo como él. La verdad era que tenía ganas de darse la vuelta y abrazarla, pero no quería ceder tan rápido.

—Ahora que lo pienso, seguro que a los de la productora les encanta. Han

pedido un giro «a la americana», y eso suena muy yanqui. A esta hora deben de estar devorándolo y anulando la orden de los matones que iban a partirnos las piernas. Y a ti las manos, dedo a dedo.

Alejandro se giró hacia ella y la miró con los ojos entrecerrados. Daniela se había apoyado contra una de las estanterías y se esforzaba con todas sus fuerzas por aparentar normalidad. A lo lejos se oyó la campanilla de la puerta cuando Johnny se fue con sus cosas.

—Luego dicen que yo tengo imaginación.

—Es que he leído mucho y al final todo se pega.

—Menos lo bueno, según dicen.

Daniela se apartó de la estantería y cogió una de las sillas para sentarse junto a él. Llevaba una de sus trenzas prietas y le recordó al primer día que la había visto, tan relamida y seria. Y pensar que no le había gustado nada... Él y su instinto infalible con las mujeres.

—Venga, dilo de una vez. Ni que fueras el primero que... —Se calló y apartó la mirada, aunque luego volvió a mirarle, como dispuesta a agarrar el toro por los cuernos—. La cagué y varias veces, lo admito, pero me gustas, me gustas de verdad. Podríamos hacer muchas cosas juntos, si quisieras. Y ya sé que dije que Andrés es imbécil y un explotador, y lo es, y que estaba deseando largarme, pero si me quedo en la editorial puedo ayudar a chicos sensibles con cosas interesantes que decir como tú fuiste en otros tiempos. ¡Imagina a Johnny en las manos de Andrés! De solo pensarlo me pongo mala. —Volvió a callar, apretando los labios por la tensión—. Joder, di algo.

Alejandro no podía apartar la vista de su boca, de sus ojos. Entendía lo que decía, y mucho más. Sabía lo que suponía para ella el trabajo que hacía y el que Andrés no le dejaba desarrollar. Y además había confesado que le gustaba. Ahogó su sonrisa y procuró mantenerse serio. Al fin y al cabo, por una vez, era ella la que hablaba de más.

—Diré algo —dijo al fin, con toda la seriedad que pudo reunir, mirándola fijamente, hasta que ella no pudo hacer otra cosa que mirarle a su vez—: no eres tú, soy yo.

Daniela abrió la boca, pero luego la cerró de golpe. Se levantó y se quedó allí, de pie, como si no supiera muy bien qué hacer. O como si estuviera decidiendo si largarse sin más o arrearle con la silla antes de irse.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó, con voz ahogada—. Vete a cagar, imbécil.

Alejandro suspiró, como rindiéndose a lo evidente.

—Siempre quise decir eso, no exactamente como lo dicen en las películas, algo parecido, pero no ha funcionado como esperaba. Aunque la verdad es que sí es lo que quería decir —dijo Alex, suspirando, como si ella no hubiera dicho nada—. No eres tú, a pesar de que me haya jodido que no me contaras desde el principio todas tus dudas. Seré tonto, pero creo que se puede hablar conmigo. Habría bastado con decírmelo todo y lo habría hecho igual. A veces me cuesta entender las cosas, pero una vez en ello, soy capaz hasta de tirarme por un puente, hasta mis lectores pueden atestiguarlo. Mira que solo el hecho de que me hayas usado, varias veces incluso, que me hayas metido en ese agujero pensando que sin distracciones trabajaría más, y que no me dijeras que habías sido tú la que escogió *La nube azul* en lugar de Andrés, a quien consideré un amigo por ello durante años, podría haber hecho que te odiase un poco, pero no ha funcionado. Porque sí, así soy yo de bobo, que te quiero igual.

Daniela volvió a sentarse, más que nada porque las piernas no la sostenían.

¿Cómo podía decirle todo eso y seguir sentado ahí con esa cara de idiota, como si estuviera hablando del tiempo?

Porque era cierto que le había usado, varias veces, con premeditación y alevosía, y era mejor que no supiera nada de las charlas que había tenido sobre él a sus espaldas con la Paca y con Andrés, que había dejado la casa de la Paca bajo mínimos a sabiendas, que hasta se había llevado el televisor a su casa para que no tuviera distracciones, que no le había informado de que la biblioteca tenía internet hasta que él había preguntado, y que había cambiado mil veces de idea acerca de salir o no de la editorial sin decírselo, sabiendo que eso podía afectar a su trabajo.

—Sí, que eres bobo, sí —respondió, levantando una mano para tomar la suya—. Pero lo cierto es que no podría quererte de otra manera. Porque, a pesar de que hemos hecho de todo para manejarte, tú has hecho lo que debías, cariño. Y no sabes lo orgullosa que estoy de ti.

Alejandro sonreía y ella no podía evitar hacer lo mismo.

—Reconoce que tú también sales ganando con esto.

Daniela se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Digamos que mi plan es no hacerle las cosas sencillas a mi primo, aunque

él no lo sabe todavía. Dejémosle disfrutar de este día. —De pronto calló y le miró, seria—. Me has preocupado y asustado estos días. Si vuelves a hacerme algo así...

—¿Algo como qué? Te recuerdo que vine aquí a escribir, e hice eso. Vosotros queríais que lo hiciera, para eso me alojasteis en la casa de la Paca. Lo de desaparecer y trabajar y trabajar como un ermitaño era vuestro plan desde el principio, que yo sepa. Además, podrías haber venido, nada te lo impedía.

De algún modo, Alejandro estaba cada vez más cerca. Ahora su frente rozaba la suya, aunque no la tocaba. Solo sus manos y sus rodillas estaban en contacto. Dios, cómo añoraba sus besos.

—Eres un capullo cruel y vengativo, maldito seas. Sabes que no podía ir. El plan, como bien dices, era que acabaras la novela a tiempo.

—Y tu orgullo te impedía venir, reconócelo.

—Sí, mi orgullo me impedía ir —admitió ella al fin, sintiendo que sus defensas caían una a una. Ya no tenía sentido luchar. Había conseguido lo que quería, todo, o casi todo. Admitir una debilidad era una victoria en ese caso—. No quería que supieras lo mucho que te echaba de menos. Conociéndote, me lo restregarías por la cara durante años, o siglos.

Ahora sí la tocó. Un beso suave y breve en la mejilla, que no llegó a tocar su boca.

—Yo no soy así. En todo caso, me vengaría por escrito. Es más mi estilo. —Su boca rozó ahora la mandíbula, mientras su mano subía por su pierna para acercarla más a él—. Estoy pensando en alquilarle la casa a tu abuela por temporadas. El olor a caca de vaca es estimulante para mis neuronas. No veas las ideas que me inspira.

—Con un pequeño arreglo sería un buen sitio para vivir.

Alejandro se apartó un poco y la miró. Había adelantado los labios en una mala imitación de Hans Gandía.

—Nena, igual sueno presuntuoso, pero eso suena a proposición decente.

Daniela le acalló con un beso. No había duda, estaba mucho más guapo calladito.

Capítulo 28.

Si nadie pierde, es que es domingo

El día grande de las fiestas patronales de Venta del Hoyo era el domingo. Ese día todo el mundo se las arreglaba para regresar al pueblo, por lejos que viviera. Era cuando los nietos se reencontraban con los abuelos y los viejos amigos se tomaban una copa en la taberna del pueblo. Por la noche el consistorio gastaba una cuarta parte del presupuesto de todo el año para contratar la mejor orquesta posible y en un espectáculo de fuegos artificiales que se oía en varios kilómetros a la redonda. Hacer las cosas de un modo sencillo no cuadraba con Venta del Hoyo. Había que ser de allí para comprenderlo.

Ese año, además, había un aliciente adicional, aunque a los del pueblo tampoco es que les quitara el sueño. Después de la misa mayor se fallaría el premio literario de *rural noir* que se había convocado hacía varios meses. Últimamente el asunto se había desinflado bastante, sobre todo desde que uno de los dos autores favoritos hubiera dejado el lugar, aunque se rumoreaba que había regresado, y con él, la polémica.

Por el momento, no se había visto a ninguno de los dos famosos contrincantes que habían incendiado las redes sociales con su pelea cibernética, aunque varios pelanduscos y gente rara de la que rondaba la iglesia y el pilón, fotografiándolos como pasmarotes, tenían pinta de ser literatos, porque tomaban notas y se ensimismaban, como si buscasen palabras que rimaran con «piedra».

Los parroquianos los evitaban como la peste, no fuera a ser que tuvieran que responder a alguna pregunta. En todo caso, los extraños tampoco hacían nada por integrarse. Se movían como en manadas, cual ovejas asustadas, excepto algún valiente que se adentraba en los puestos de comida, como quien

osa probar manjares exóticos y potencialmente mortales.

—¿Todos estos tolays de dónde han salido? —preguntó el alcalde por lo bajini a Daniela.

Ella procuró mantener una expresión imperturbable, aunque estaba lejos de estar tranquila. Entre todos esos tolays, como el alcalde los llamaba, debería estar Hans. Había hablado con él el día anterior y le había asegurado que acudiría.

—Claro que iré, nena. Y recibiré un besito de tu dulce boca junto con el cheque de ganador.

Daniela había suspirado y le había repetido la hora de la entrega de premios, que él debía de saber de sobra.

—No quiero escenas, Anselmo, por favor. Sé un buen chico por primera vez en tu vida.

El rubio le colgó el teléfono sin decir una palabra, al más puro estilo andresiano, aunque pudo imaginar su expresión al hacerlo. Hans siempre tenía que tener la última palabra, era un hecho. Aunque no hablara.

A su lado, Alejandro se partía de risa. Ahora se preguntaba si no había tentado demasiado a la suerte al cabrearle. Sabía de sobra lo voluble que era Hans Gandía, aunque en los últimos dos meses se había moderado. El encontrarse de pronto sin nadie a quien odiar debía de ser descorazonador para alguien como él, que necesitaba un depredador natural.

—Son los concursantes —le dijo al alcalde, que seguía rezongando, como si estuviera rodeado por hippies en lugar de gente normal, aunque algo excéntrica—. Sé amable con ellos, Antonio. Los autores son gente sensible. Y están dejando dinero en el pueblo. Recuérdalo. Y recuerda también a la prensa —añadió, señalando a un cámara de la televisión regional y a un periodista de un periódico a quienes casi había tenido que sobornar para que acudieran. Les había prometido la presencia de Hans. Si no acudía, le mataría.

Antonio le dirigió una sonrisa de tiburón en honor a ellos, aunque a Dani no le resultó nada tranquilizadora. Solo esperaba que, al entregar el premio, no le dijera algo desagradable al ganador.

—Por cierto, hablando de gente sensible, ¿dónde está ese novio tuyo? ¿Ha salido otra vez al campo a inspirarse? Espero que no tengamos que volver a mandar a ninguna cuadrilla de rescate como la última vez.

Daniela se preguntó cuántas veces iba a recordarle el alcalde que Alex se había caído en un pozo mientras caminaba por el monte. Podría haberle

ocurrido a cualquiera. De hecho, que ella supiera, otras dos personas se habían caído allí mismo, pero seguro que solo se lo restregaban por la cara cada dos días a él.

Prefirió callarse y mirar su reloj. No era solo que Hans no hubiera aparecido. Tampoco su primo del alma lo había hecho. Y era él quien traía el cheque y lo que fuera a dar como premio, ya fuera copa o trofeo. Empezaba a pensar que Andresito los había engañado a todos. Y si era así, allí estaba ella, sola, para dar la cara.

¡Alegría!

A esas alturas, carecía de importancia si el premio estaba amañado o no. Solo quería que todo acabase de una vez y bailar muy pegado con Alejandro. Y ver después los fuegos artificiales. Luego se irían a su casa y podrían hacer lo que quisieran hasta que acabasen las vacaciones.

Mientras esperaba a que el cataclismo estallase ante sus ojos, pensó en lo fácil que había resultado todo.

—Podemos probar —había dicho Alejandro, con la maleta hecha, a punto de montar en el coche—. Cerraré el piso de la ciudad y traeré mis cosas. Pongámonos un tiempo de plazo...

—Sin plazos —le había cortado ella—. Demasiada presión.

Él había sonreído.

—De acuerdo, sin plazos. Iremos viendo qué tal se nos da el aguantarnos el uno al otro.

Estaba sujetando la puerta del lado del conductor. Tenía los nudillos blancos de la fuerza que hacía, pero sonreía como un crío.

Daniela se había acercado y le había besado.

—Si no te vas ya, te pillaré la lluvia. Y ya sabes lo que pasa cuando llueve aquí. Esto es un agujero infernal.

Alejandro había asentido. Había cerrado la puerta del coche, olvidando las maletas dentro. Al final les había pillado una tormenta más en la casa de la Paca, pero les dio igual. Un día más, o dos, o tres, no cambiarían las cosas. Alejandro se iría y volvería para quedarse. Probarían, y el destino diría si lo suyo era definitivo o no.

—¡Oh, mira! Parece que nos ahorraremos el dinero del contribuyente esta vez.

La voz del alcalde era tan burlona que Daniela sintió deseos de arrearle con su bastón de mando, que ese día llevaba consigo a todas partes.

Alejandro se acercaba a ellos entre la multitud, en efecto, aunque dudaba que llegara pronto. Por el camino se detenía con casi todos aquellos tolays a los que Antonio había despreciado. Y también, para su sorpresa, con muchos de los habitantes del pueblo, que lo saludaban con afabilidad.

—Yo de ti me andaría con cuidado, Antonio —le susurró al alcalde—. A este paso, el idiota de mi novio todavía te quita el bastoncillo ese.

Le dejó con la palabra en la boca y se acercó a Alejandro, que la recibió con un beso cálido. Desde que vivía allí su piel había tomado un agradable color tostado y su cabello se había aclarado por el sol. Juraría que hasta estaba echando músculos donde antes no los había.

—Dime que sabes dónde están Andrés y Hans. Si no aparecen pronto, voy a tener que inventarme algo. Y no le va a gustar a ninguno de tus amigos, créeme.

—¿Por qué nos mira el alcalde con esa cara de estreñido, si puede saberse?

Daniela le arrastró al otro lado de la plaza, lejos de todos, cerca de la torre románica de la iglesia. Allí hacía casi frío, o ella lo sentía. O quizás era solo que empezaba a estar acojonada.

—No le hagas caso a Antonio. Solo responde, ¿los has visto?

Alejandro parecía tan despreocupado como siempre, pero sabía por experiencia que eso no quería decir nada.

—Vienen de camino juntos en el coche de Hans. Es posible que estén dando vueltas como gilipollas en la rotonda de las vacas.

...en la siguiente rotondaaaa, gire a la derechaaaaa...

—Si vuelvo a escuchar a esa tía decir lo mismo, te juro que le pego un tiro.

Andrés odiaba el campo y, en particular, odiaba Venta del Hoyo, motivo por el cual hacía casi veinte años que no lo visitaba. Odiaba el olor a mierda de vaca, a los catetos y la fea iglesia a la que le obligaban a ir cada domingo si quería recibir la paga de su abuela Paca.

Odiaba muchas cosas. De hecho, lo odiaba todo. Pero lo que más odiaba era esa puta rotonda en mitad de ningún sitio.

Hans, en cambio, parecía muy tranquilo, teniendo en cuenta que llevaban más de media hora dando allí vueltas como idiotas. A esas alturas, las vacas tenían que conocerlos a los tres de sobra. Hasta les habían dado el culo, de aburridas como estaban de tanto verlos.

—¿Qué hora es? —le preguntó Hans al conductor, dándole una palmadita en

el hombro.

—La una y media, señor.

Hans volvió a recostarse en el asiento, satisfecho.

—Todavía queda tiempo para una charla, entonces.

... en la siguiente rotondaaaa, gire a la derechaaaa...

Andrés abrió la boca para cagarse en la rotonda y en la tipa del GPS, pero se dio cuenta de lo que acababa de pasar ante sus ojos y la cerró de golpe.

—¿Me has secuestrado, mamón?

Hans hizo un gesto con la cabeza. Como todo lo que hacía, resultó elegante y sensual. Andrés, que perdía pelo a marchas forzadas y notaba el vientre más grueso cada día, le odió por ello.

—Yo no lo llamaría secuestro. Llamémosle charla pendiente, Andrés. Porque antes de llegar al pueblo tú y yo tenemos que hablar de un par de asuntos pendientes, y es mejor que los aclaremos ahora.

Andrés pensó en grabar aquella conversación, o en hacer una llamada a la policía, que lo oiría todo y vendría a buscarle para rescatarle de las manos de ese loco. Estaba claro que había perdido la cabeza. A la larga se demostraba que todos los escritores estaban como cabras.

—¿Pendiente? Tú y yo lo tenemos todo arreglado. Te di lo que me pediste. Y te juro que tu contrato es mejor que el de ninguno de mis autores. Si lo supieran, me demandarían en masa.

Hans pareció satisfecho durante unos segundos, pero por lo visto aquello no era suficiente.

—Por si acaso, quiero recordarte que me prometiste, más o menos, que iba a ganar el concurso.

Andrés se sintió enrojecer. Era cierto que había prometido aquello, pero el solo hecho de pensar en hacerlo ante luz y taquígrafos hacía que se le pusieran los huevos por corbata. Sería un escándalo. La gente se le echaría encima, joder. Ya bastante polémica había en los concursos en general, por eso él quería una editorial limpia.

Hans le escuchaba hablar con aquella peculiar expresión suya, la que siempre usaba para las fotos de promoción, adelantando los labios y guiñando un poco los ojos. Era guapo, el cabrón, y lo sabía.

—A mí me importa una mierda la polémica y lo que digan los demás. Quiero ese premio —sentenció—. Y además quiero otra cosa.

—Joder, te parecerá poco.

Hans amplió su sonrisa. Le dio un toquecito en el hombro al conductor, que arrancó, cogiendo la rotonda de modo correcto esta vez. Las vacas los miraron pasar, con indiferencia. Sin duda estaban hartas de idiotas como ellos.

—Pues la verdad es que no pido más que lo que tú me ofreciste, Andrés, pero lo otro que quiero no es para mí, sino para esa bibliotecaria tan amable. ¿Te suena? Creo que sois parientes y todo...

—Ahí están. Sujétame para que no les mate.

Alejandro rio. Daniela parecía furiosa de verdad. Le tomó una mano y se la apretó, para obligarla a mirarle.

—Yo de ti me prepararía para correr, por si acaso. No creo que la gente se tome demasiado bien lo que va a pasar.

Ella bufó. Los participantes en el concurso habían abandonado los corrillos y se habían girado hacia la entrada del pueblo. El coche de Hans no era de los que pasaban desapercibidos, al igual que él. Era tan negro y brillante que no desentonaría en una gala de los Oscars, en contraste con el cabello dorado de su dueño.

—¿Te refieres a que no canta nada que vengan juntos en el mismo coche? Seguro que, cuando le den el premio, nadie sospecha que ha habido tongo —comentó ella con ironía.

Alejandro pensó que no había nada que decir a eso. Lo que Anselmo y Andrés se traían entre manos era indefendible. De todas formas, debían asumir que cosas así sucedían cada día en el mundillo literario. Si les molestaba, era porque les afectaba en persona.

—Yo también preferiría que ganase alguien bueno y que se lo mereciera, pero más vale malo conocido. Además, Hans no es tan horrible —añadió, encogiéndose de hombros.

Daniela se giró hacia él, enarcando una ceja.

—¿En serio? ¿Lo dices tú, que le considerabas lo peor de lo peor? ¿Tienes fiebre? ¿Te ha picado una serpiente y te estás muriendo? Suenas como esos moribundos que quieren aliviar su conciencia para palmar con el alma limpia. Solo te falta decir que es buena persona, si rascas a fondo.

Alejandro le dio un empujoncito.

—Ya vale con tanto cachondeo. Ya sabes que ahora somos amigos... o algo parecido —dijo, sorbiendo entre los dientes—. Leí su libro y podría apañarse

con algo de trabajo.

La miró de reojo, esperando su reacción. A ella le costó entender a qué se refería. Cuando lo comprendió, se puso colorada, aunque trató de controlarse, porque su primo y Hans ya caminaban hacia ellos. Andrés parecía furioso, aunque el rubio sonreía como siempre.

—Me has hecho una jugada digna de Al Capone, prima —dijo Andrés, besando el aire junto a su mejilla—. Y reconozco que no lo vi venir ni de coña. ¿Dónde está mi abuela, por cierto? Pensaba que no se perdería este sarao por nada del mundo.

Hans se puso un dedo sobre los labios, instándola a guardar silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer, si no entendía nada de lo que ocurría?

Alejandro la empujó al estrado de madera donde habían montado un par de micros. Se suponía que ella no iba a decir nada y Alex solo iba a entregar el premio, como eminencia que habitaba en el pueblo, así que no entendía a qué venía tanta parafernalia. En cinco minutos, si no los linchaban, todo habría acabado.

Y nadie habría perdido.

—De modo que esto es un premio corrupto —murmuró Johnny, que no podía negar su decepción tras escuchar que Hans Gandía era el ganador del I Premio de *Rural Noir* de Venta del Hoyo, con su novela *Sangre coagulada*.

En el fondo, había sentido cierta esperanza, aunque no quería admitirlo ni ante sí mismo. Saludó a Alex y a su musa al pasar. Se les veía bien juntos, y eso le jodía un poco, porque estaba esperando a que él se largara para consolarla. Pero era joven, podía esperar.

—Si quieres, puedes venir a cenar con nosotros esta noche. La Paca ha hecho natillas —dijo ella al pasar.

Johnny había negado con la cabeza. Tenía planes con sus colegas. Una cosa era ser el rarito del pueblo, pero también tenía vida social. Además, ese era el día grande de las fiestas, el día ideal para ligar con las chicas de otros pueblos.

—Otra vez será —le dijo Alex, con una palmada en el hombro—. Los premios no lo son todo.

Y la verdad era que tenía razón. Lo supo al ver pasar a Eva junto al pilón. Se había puesto uno de esos pantaloncitos tan cortos que no dejaban casi nada

a la imaginación y una camiseta de tirantes que dejaba ver su ombligo y la mitad de su abdomen. Estaba tan buena que le costaba pensar cuando la miraba. Y además le estaba mirando.

Le hizo un gesto para que se acercase. Sus amigas, junto a ella, rieron como bobas, pero Eva seguía con su mirada fija en él.

Johnny intentó pensar en las rimas que había compuesto para ella, aunque aquellas no le salían tan bien como las que hacía para Daniela. Cuando intentaba recitarlas, siempre se ponía nervioso y no daba una.

Estaba empezando a sudar, y Eva repitió su gesto, más imperioso esta vez.

El muchacho pensó que las rimas, con una chica así, eran lo de menos. La literatura podía esperar.

Capítulo 29.

Tenerlo todo es posible

Daniela tuvo que esperar todo un día para poder enterarse de lo que había sucedido ante sus propias narices.

Una ceremonia de entrega de premios, muy corta, por suerte. Un revuelo, también corto, al ver que el ganador era un famoso. Por fortuna, la gente estaba acostumbrada a esas cosas.

Al final, los participantes que habían acudido allí se conformaron con la vaga promesa de que sus manuscritos serían valorados de modo adecuado y que los que tuvieran calidad suficiente serían publicados. La mayoría se conformaron. De hecho, muchos de ellos participaban para eso.

Unas pocas fotos, un reportaje que saldría en la televisión local. Una entrevista del alcalde y el galardonado, todos encantados con la iniciativa en un pueblo donde la cultura, aseguraba Antonio Grande, era lo primero.

La fiesta, tras ellos, continuaba como si nada.

En los puestos comenzaron a vender comida caliente que les atrajo como la miel a las moscas. Fueron pocos los que no se quedaron a comer y beber con los del pueblo. Incluso por la noche se les veía bailando en la verbena y aplaudiendo con los fuegos artificiales.

—Un éxito.

Daniela se giró hacia Alejandro, que traía dos copas que le sonaban de un modo sospechoso.

—¿Has estado en mi casa?

—La Paca me las ha prestado, siempre y cuando se las devuelva. Dice que pertenecían a su ajuar de bodas. Anselmo ha traído champán del bueno y no podía desperdiciar esta ocasión. Pruébalo, está de miedo.

Ella tomó la copa y probó un sorbo. No pudo negar que Hans tenía un gusto

exquisito para todo, pero tanta parafernalia no le haría olvidar que habían estado manejando algo a sus espaldas.

—Tienes cinco minutos para contármelo.

—¿Y si no te lo cuento?

Alejandro no parecía demasiado preocupado por su amenaza. De hecho, se había sentado junto a ella en el suelo de piedra y miraba al cielo iluminado por los fuegos artificiales.

—Ya lo pensaré. Y te juro que será algo muy gordo.

—Ummm. Suena terrible.

Daniela levantó la copa y bebió otro sorbo. Pequeño, como si temiera que se acabase. Por un lado, quería saber lo que había ocurrido y, por otro, tenía miedo de saberlo.

—¿Te estás vengando por todas las veces que te mentí? Porque, si es así, te diré que funciona.

Alejandro la miró con sorpresa. La luz de los fuegos artificiales era tenue, pero suficiente como para que pudiera ver su expresión vulnerable.

—Ni se me había pasado por la cabeza, ahora que lo dices. La verdad es que tal vez debería, pero se me ocurrió algo mejor, y Hans era la persona ideal para llevarlo a cabo. Entre lo teatral que es y que se la tenía jurada a tu primo por, según él, alojarle en el peor hotel en el que ha tenido la desgracia de pernoctar, debe de haber tenido un orgasmo en el coche.

Daniela le dio un golpe en el brazo.

—No seas vulgar y suéltalo ya, garrulo.

—Casi me tiras el champán, y lo vas a necesitar para brindar, cariño.

Ella bufó, desesperada.

—O para tirártelo a los ojos si no me lo dices en dos segundos.

A su alrededor, la gente prorrumpió en aplausos. El espectáculo de fuegos artificiales había terminado sin que ellos se dieran cuenta, pero les dio igual.

—Pensaba esperar al final de las vacaciones, pero ya que insistes...

—Alex, te estás jugando dormir en el suelo un mes.

Alejandro sonrió.

—Igual, ahora que lo pienso, ya no te interesa. —Miró su copa, como si fuera la mar de interesante—. Imagina que nos hayamos precipitado y ya no quieras ser la editora jefe de La joya de papel, responsable de todos los proyectos que se aprueben.

Lo dijo en un tono tan casual que Daniela no comprendió al principio lo que

estaba diciendo. ¿Editora jefe? ¿Responsable de todos los proyectos de la editorial? Tomó un sorbo del champán, y otro más, hasta que se dio cuenta de que no quedaba nada en la copa.

Debería sentirse feliz, ¿verdad? Aquello era lo que había soñado, y más. Podría trabajar en lo que quería, con más proyectos de los que había deseado, podría escoger no solo lo más comercial, sino también lo que era bueno.

Pero no lo había logrado ella. Habían sido Hans y Alex los que lo habían logrado por ella. Hans, que ni siquiera era su amigo. Y Alex, que la quería, pero no le había preguntado si era eso lo que deseaba.

Se levantó y le tendió a Alex su copa.

—Gracias, cariño, pero igual sí deberías haberme preguntado. Voy a hablar con Andrés.

A Alejandro le costó comprender lo que ocurría. Se suponía que en ese momento deberían estar revolcándose de felicidad, aunque estuvieran rodeados de gente.

¿Acaso no habían conseguido todo lo que querían y más?

Él había acabado su condena con Ortega y Gasset, con los que, curiosamente, se había encariñado y a los que, lo sabía, volvería un día, pero a su ritmo. Y Dani... pues no tenía ni idea de lo que había pasado.

Se suponía que ella quería ese puesto. Llevaba semanas hablando de lo que haría si tuviera el poder de manejar las publicaciones de la editorial, de escoger a su gusto. ¡Si hasta sonreía como un genio del mal cuando lo hacía!

Se levantó, recogió las copas y la siguió. Si no quería ese puesto, no había más que hablar. Se quedarían en el pueblo, y no pasaría nada. A él le gustaba el Hoyo. Si hasta le saludaban las viejas cuando iba a comprar el pan, como a uno más.

Al llegar a la casa azul, la Paca le miró con cara de pocos amigos.

—Ahora que ya estaba preparando el ajuar, me vienes con estos disgustos, niño.

—¡Pero si no he hecho nada!

La vieja le gruñó como un perro de presa y le dio la espalda. Vio que estaba preparando natillas para el día siguiente. No le ofreció la cuchara para chupar, así que estaba cabreada de verdad.

Escuchó la voz de Dani al fondo del salón, donde estaba el teléfono.

Parecía seria pero tranquila. Al menos no había montado ningún drama.

Se preguntó si debía ir con ella o esperar como un buen novio.

—A la mierda —murmuró, caminando hacia el salón.

Daniela estaba sentada en el brazo de un sillón y le daba la espalda. Vio cómo erguía la espalda al notar su presencia, pero no se giró para mirarle.

—Entonces, quedamos así. Gracias, Andrés. Y no te cabrees con ellos, ha sido una idea de escritor. Ya sabes cómo son.

Alejandro pudo escuchar la risa de Andrés incluso desde el otro lado del salón. Debería haberse cabreado, pero pensó que el hecho de que riera era buena señal. ¿Cuándo les había visto hablar sin gritarse e insultarse?

En silencio, se sentó junto a ella y le tomó una mano. Entonces ella le miró y sonrió. No parecía enfadada, sino cansada. Había sido un día duro para su Rapunzel.

Alex le besó la mano y ella se recostó contra él, agotada.

—Ahora soy yo el que tiene que pedirte que me ilumines, oh, musa divina.

Ella rio sobre su pecho. Calló durante unos minutos, haciéndole sufrir, como él a ella un rato antes.

—No seré la editora jefe —dijo al fin, aunque su voz no sonó triste en absoluto.

Alejandro le levantó la barbilla y la miró a los ojos. De hecho, parecía tan satisfecha como un gato que acababa de robar un bote de crema.

—¿Por qué tengo la sensación de que te has salido con la tuya como querías desde el principio?

Daniela volvió a acurrucarse contra él y suspiró.

—Ser jefa no es lo mío. Demasiada responsabilidad y demasiado trabajo. Siempre he querido desarrollar proyectos pequeños, sin que un idiota me hable de comercialidad y ventas, aunque algunas veces tengan razón. Fíjate, si hubiera escuchado a Andrés en su momento, hoy no estarías aquí.

Alejandro suspiró, fingiendo lástima hacia sí mismo.

—¿Dejarás algún día de restregarme que fuiste tú la que escogió *La nube azul*?

Daniela coló una mano templada debajo de su camiseta, hasta colocarla sobre su corazón.

—Me asusta pensar que otro podría haberla visto antes que yo, o que podría haber cedido ante Andrés. No quiero que eso vuelva a pasar. No quiero que nadie con talento pase por mis manos y su libro no se publique solo porque

alguien piense que no venderá. Hay cosas que, simplemente, deben ser. Y si fuera editora jefa no tendría tiempo para leer con atención, Alex. No quiero ese puesto.

Alejandro sintió cómo se estremecía contra su pecho. Si había alguien que podía entender cómo se sentía, ese era él.

No necesitó decírselo. Se limitó a abrazarla con fuerza y a cerrar los ojos.

Pensó en el personaje de su novela, Adrián, que buscaba un imposible tono de azul para su nube. Y pensó en el color de esa casa. La verdad era que se semejaba bastante.

Agradecimientos

Cada nueva novela es, en un sentido figurado, una aventura. Unas son más sencillas y otras más complicadas. Esta fue de las sencillas. Y rápida como pocas. Quizás porque necesitaba algo divertido y en apariencia ligero. Aunque, como todo lo que parece tonto, tiene un trasfondo que a algunos podrá interesarles y a otros menos. No hay problema, pueden quedarse con las peleas de los protagonistas. Y con las natillas, por supuesto.

Dicen que lo más fácil es escribir acerca de lo que uno conoce. Para mí, escribir acerca de escritores es divertido y algo así, como dice Alejandro, como leer el diario de una hermana fea: nunca se sabe qué es real y cuánto hay de exagerado. Aunque, qué duda cabe, la realidad supera siempre a la ficción. El mundo literario inspira que da gusto y hay material de sobra para miles de historias.

Quiero dar las gracias, como siempre, a los lectores que siempre han estado ahí, a los que han llegado con los años y han decidido quedarse, en especial a Paz Fernández, alguien que nos apoya como pocas lectoras lo hacen, sin pudor incluso, con sus fotos, comentarios y ánimos. Y gracias a los que puedan llegar, claro.

A todo el equipo de Harlequin por su apoyo.

A los proveedores de galletas con mantequilla, chocolate, té y caramelos con pica pica que alimentan mis neuronas.

No quiero marcharme sin nombrar el GPS de María, que nos amenizó un viaje a Bayonne e inspiró, con sus vocales alargadas, a los GPS de esta

novela.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio...El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

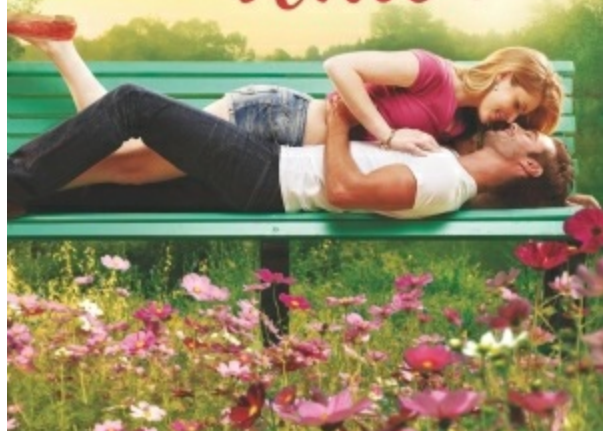
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

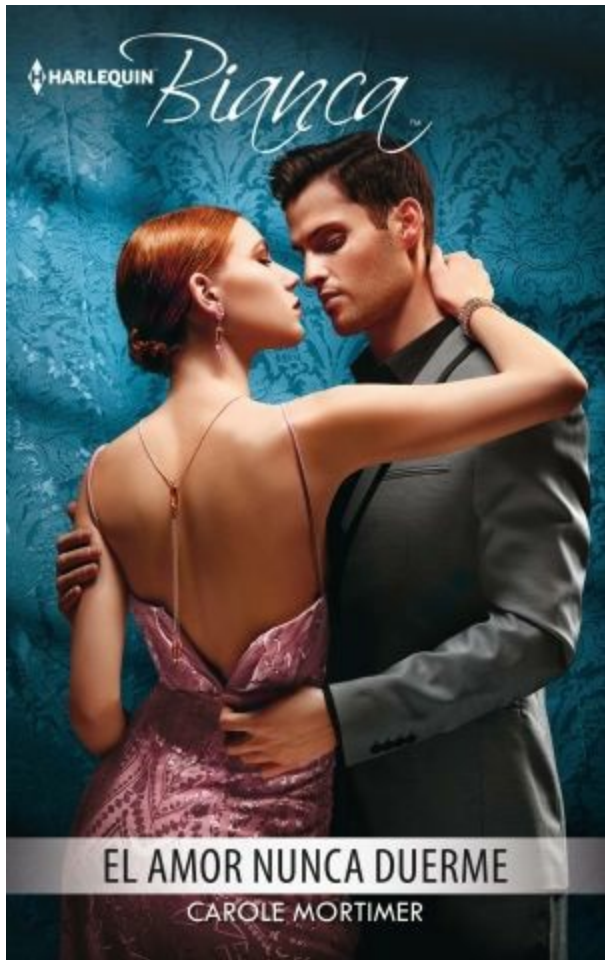
Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperar el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

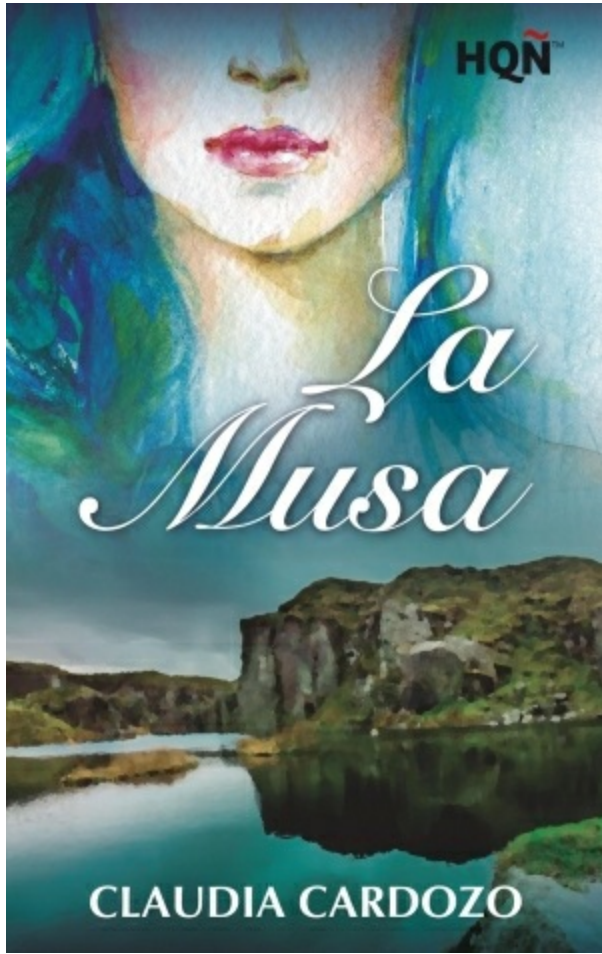
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HQN™

*La
Musa*

CLAUDIA CARDOZO

La musa

Cardozo, Claudia

9788413072500

442 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

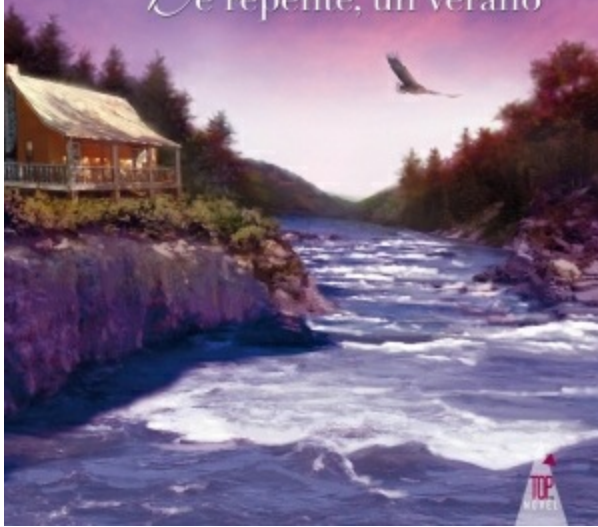
Christopher Wandsworth, un renombrado artista, no ha vuelto a pintar desde que una tragedia enlutó su vida. Viaja a Brighton, donde espera dejar atrás todo lo que lo atormenta. Sin embargo, se topa con Katherine Lifford, la bella y misteriosa ama de llaves de la mansión en que se hospeda. Katherine guarda un secreto terrible que podría arruinar su vida y la de aquellos que ama. Se creía a salvo en aquel rincón del mundo, pero con la llegada de Christopher deberá tomar una decisión: continuar huyendo o enfrentarse a sus miedos para sellar su destino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

New York Times
Bestselling Author

ROBYN CARR

De repente, un verano



De repente, un verano

Carr, Robyn

9788468738192

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces, el amor echa raíces en lugares inesperados... si se le deja crecer. Colin Riordan llegó a Virgin River para recuperarse de un espantoso accidente de helicóptero que le había dejado cicatrices por dentro y por fuera. Su familia era un apoyo maravilloso, pero era en la pintura donde hallaba verdadero consuelo para su alma atormentada. Herida en lo profesional y en lo personal por una desastrosa aventura amorosa, la publicista Jillian Matlock había alquilado una vieja casona victoriana en Virgin River. La casa tenía un huerto prometedor y Jillian quería dedicarse a cosechar algo que no fueran simples beneficios. Los dos buscaban simplificar sus vidas, no complicarlas, pero cuando Jillian encontró a Colin pintando en su jardín entre ellos surgió una atracción inmediata. Y, en Virgin River, a veces el amor era el camino más fácil de tomar... Carr ha acertado de lleno con esta serie cautivadora. Library Journal Creo que no ha habido ni un libro de esta serie que me decepcione. Colin es uno de los hermanos Riordan, que ya conocemos de antes y que me encanta aunque no comprendo sus ansias de aventura, pero claro, yo nunca he sido muy aventurera. Jillian me gusta por su manera de ser, por cómo decide lo que quiere y se lanza con todo su ser. Y me encanta que salgan todos los personajes que han hecho que esta sea una de mis series favoritas, casi como mis vecinos. El Rincón de la Novela Romántica Me encanta esta autora, para mí ha sido un descubrimiento total su serie Virgin River es genial, desde su primera novela te hace partícipe de esa gran comunidad, sus historias tratan temas de gran actualidad, siempre tratadas de forma magistral, historias con las que te puedes sentir partícipe, que son cotidianas, entrañables, dulces y a la vez con momentos duros, que hacen que se te salten las lágrimas, para mí una autora buenísima. El Rincón de la Novela Romántica Una nueva serie televisiva, basada en las novelas de la saga Virgin River de Robyn Carr, se

emitirá en Netflix.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

Créditos

Capítulo 1. El ultimátum

Capítulo 2. Inspiración inesperada

Capítulo 3. Una propuesta que no podrás rechazar

Capítulo 4. Paraíso televisivo vs. realidad

Capítulo 5. Un hoyo muy oscuro

Capítulo 6. Prueba de vida

Capítulo 7. El tiro por la culata

Capítulo 8. El maquiavélico plan de Andrés

Capítulo 9. Lo más parecido a la civilización

Capítulo 10. El pacto

Capítulo 11. Nunca cantes victoria antes de tiempo

Capítulo 12. La no disculpa

Capítulo 13. La tregua

Capítulo 14. Deshonor y ruina sobre esta casa

Capítulo 15. Desenmascarada

Capítulo 16. El arma definitiva

Capítulo 17. Primero la mala noticia

Capítulo 18. Sana rivalidad

Capítulo 19. Un plan como los de las pelis

Capítulo 20. Si todo va bien, sospecha que algo raro ocurre

Capítulo 21. El arte de la guerra

Capítulo 22. La clave es la perseverancia

Capítulo 23. El león duerme esta noche

Capítulo 24. La tontería se cura con natillas

Capítulo 25. Crusoe

Capítulo 26. No se admiten visitas

Capítulo 27. No eres tú, soy yo

Capítulo 28. Si nadie pierde, es que es domingo

Capítulo 29. Tenerlo todo es posible

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...